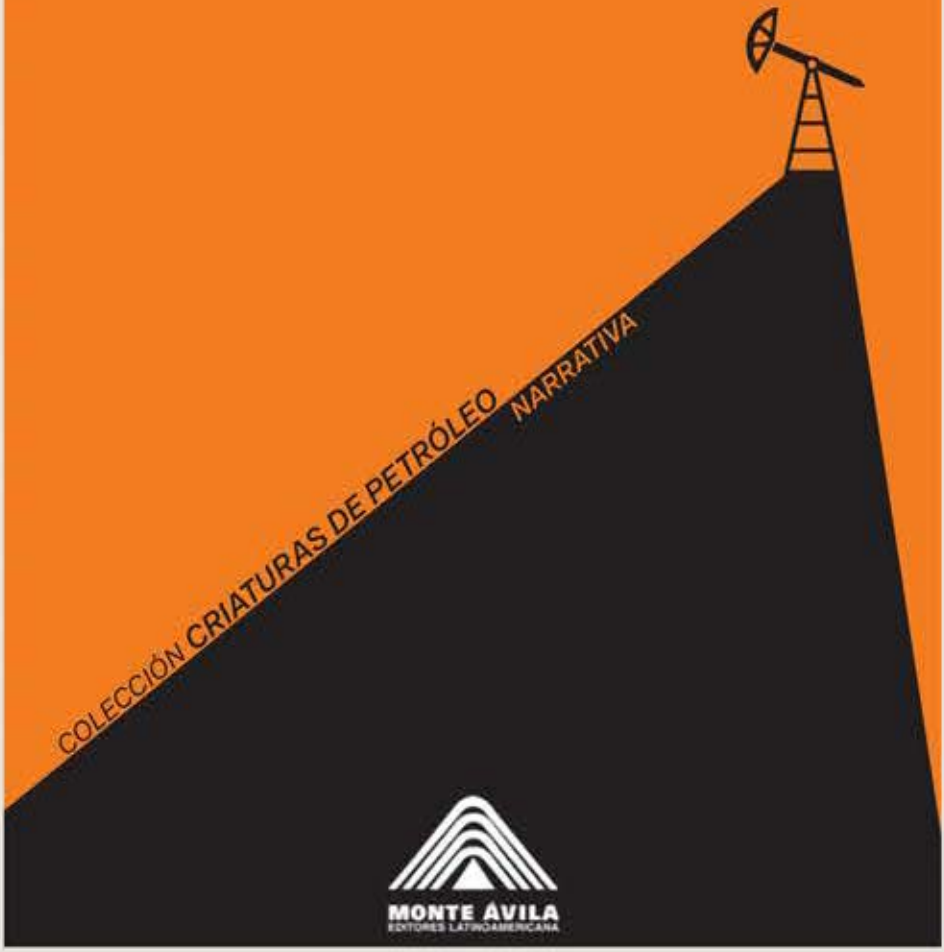
LUIS LIRA

Pluma negra



COLECCIÓN CRIATURAS DE PETRÓLEO NARRATIVA

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

OTROS TÍTULOS

CASANDRA
Ramón Díaz Sánchez

QUÉ MOLLEJA DE HUELGA
Domingo Alberto Rangel

MEMORIAS DE UNA ANTIGUA PRIMAVERA
Milagros Mata Gil

GUACHIMANES
Gabriel Bracho Montiel

LAS GENERACIONES DEL ZUMAQUE
Daniel Bendahan



LUIS LIRA

Pluma negra



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



1.ª edición en Koeyú, 2024
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Pluma negra
© Luis Lira

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, El Silencio,
Caracas, Venezuela, 1010.
Teléfonos (+0058 212) 4828989
www.monteavila.gob.ve

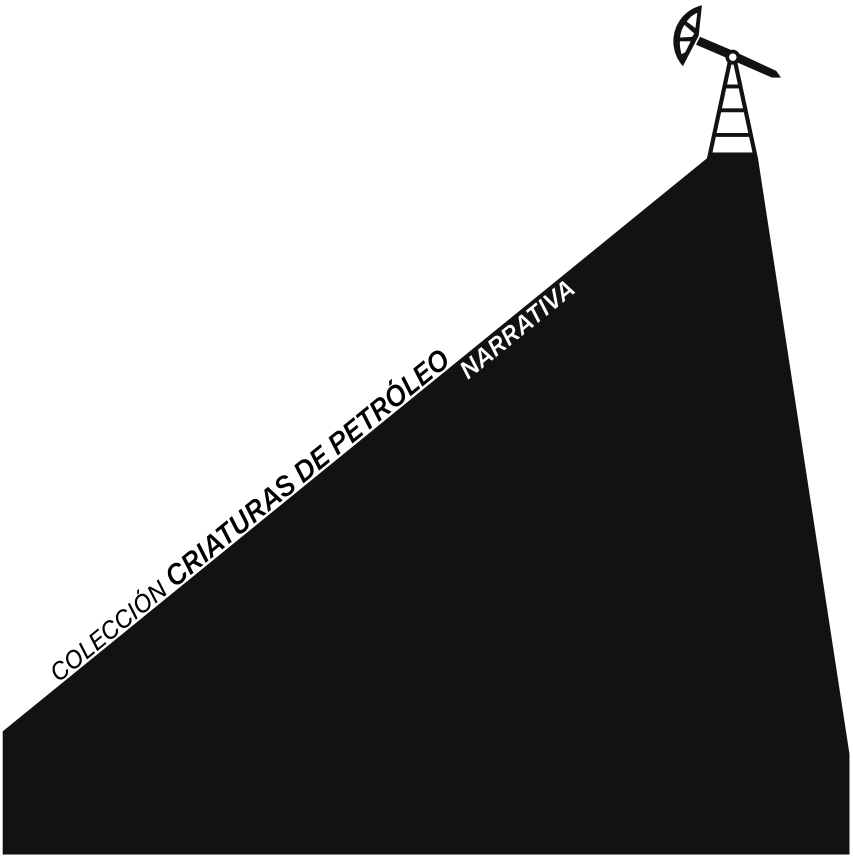
Corrección
Nagdy Guevara Valecillo

Diseño de portada y diagramación
Mónica Piscitelli

ISBN: 978-980-01-2637-0
Depósito legal: DC2026000589

LUIS LIRA

Pluma negra



PRÓLOGO

Pluma negra, primera novela de Luis Lira Ochoa, recorre con nuevos bríos varios caminos conocidos.

El primero de esos caminos conduce a una ruralidad poco común en nuestra literatura actual, tan pagada de su carácter urbano. Haciendo acopio de memoria y vivencias, Lira Ochoa ubica a sus personajes en un ambiente pueblerino que recuerda el escenario de algunas de nuestras novelas más aguerridas del siglo pasado, empeñadas en la denuncia de la pobreza, el abuso gubernamental y el avance de las compañías petroleras.

El motivo de las peleas de gallo, de tanta fuerza idiosincrásica, se convierte en estas páginas en alegoría de una conflictividad social expresada por medio de un lenguaje que, a consciencia, promueve una novedosa manera de asumir la oralidad.

El relato de *Pluma negra* lo lleva un narrador omnisciente cuya voz, sin embargo, se acerca mucho a una forma de discurso interior, que no es necesario asimilar al famoso monólogo interior de James Joyce. El discurso de esa voz que habla en *Pluma negra* es mucho más lineal, homogéneo y coherente que el del monólogo interior, pero, aun así, no le es fácil al lector escapar de la sensación de que al tiempo que nos habla, ese narrador se habla a sí mismo: lo que se hace evidente por medio de ciertas estrategias sintácticas recurrentes de principio a fin del relato.

Algunas de esas estrategias se asocian con el discurso oral por medio de un uso particular de la reiteración y por la

abundancia de ciertas frases enfáticas que no suelen aparecer en el discurso escrito. Frases como «así dijo Ella» o «así pensó Eduardo» hacen que el relato oscile permanentemente del interior al exterior de la consciencia que narra, a la vez que adquiere las características propias del discurso oral en el cual la economía del lenguaje pasa a un segundo plano.

Estos juegos verbales apuntan a una saludable experimentación formal que se cuida mucho, a un tiempo, de no romper con el discurrir de la anécdota que fluye sin alteraciones temporales o espaciales.

Pluma negra incluye, además, personajes y peripecias que, aunque con conocidos antecedentes en nuestra literatura, se presentan aquí con claras diferencias en el desempeño de sus roles. Basta con pensar en la humilde y honesta campesina que, frente a la indecisión de su pretendiente, en vez de esperar indefinidamente por un amor irresoluto, opta por el mejor partido del pueblo.

Otro tanto puede decirse de la figura de El Gringo, un personaje al que nos acostumbró la novela de tema petrolero. Si bien el asunto del petróleo es aquí tangencial, se actualiza periódicamente a lo largo del libro gracias a la presencia de este Gringo. Aunque sabemos que su interés en adquirir la mayor cantidad de tierra posible está relacionada con la existencia del bitumen, no se explicita en ningún momento su pertenencia a una compañía en particular; antes bien, sus actos parecen responder a un interés particular que lo lleva a involucrarse a fondo en ambientes tan populares como las peleas de gallos.

En contraste con las anteriores novelas de tema petrolero, hay en *Pluma negra* un final no exento de ingenuidad, donde los campesinos expoliados por El Gringo recuperan sus tierras gracias a la oportuna intervención de la justicia. El asunto resulta poco verosímil, pero, de otro lado, a nadie le hace daño un poco de optimismo.

Se dice que Hernán Cortés, antes de quemar las naves, salvó de ellas sus armas y sus gallos. Aunque el dato no está confirmado, puede dar una idea bastante precisa de cuándo inició el furor por las peleas de gallos en nuestro continente. Ese mismo entusiasmo habrá privado en Luis Lira Ochoa para hacer de este animal el verdadero protagonista de su novela *Pluma negra*.

Elegir el gallo como elemento central de cualquier relato debe considerarse de alto riesgo. Al fin y al cabo, se trata de un ser cargado de tan nutrido simbolismo que ha hecho posible que, a lo largo de siglos, el arte y la literatura hayan explotado su presencia representándolo de muy diversas maneras y adjudicándole una casi infinita variedad de significados e interpretaciones.

Tal parece que Colón no traía gallos en su primera expedición, pero cuando le toca dar cuenta del colorido de los peces que encontró a su llegada a La Española no dio con mejor referente, al describirlos para sus reyes, que el colorido plumaje de los gallos. De allí en adelante, cronistas, novelistas y poetas no se dieron descanso a la hora de hacerlos parte de sus creaciones.

Sus incontables simbolismos, en especial el que lo asocia con el sol, ha hecho del gallo un motivo que se repite una y otra vez en la poesía.

De la presencia del gallo en la narrativa latinoamericana tenemos un poderoso ejemplo en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez. La larga anécdota de esa novela tiene como punto de partida una pelea de gallos, después de la cual José Arcadio Buendía asesina a Prudencio Aguilar. El gallo es, igualmente, una presencia protagónica en *El coronel no tiene quien le escriba*.

En una función recurrente en la narrativa, el gallo encarna la esperanza de salir de la miseria. Sucede con José Gabino, en el cuento de Uslar Pietri titulado, precisamente, «El gallo». Pero José Gabino tiene todo en contra: el gallo es robado, no lleva

encima un centavo que le sirva para apostar y tiene además la certeza de que será reconocido como ladrón si se atreve a presentarse en la gallera. Su única ganancia, al final, es comerse el gallo.

Con todos esos antecedentes, y muchos otros que sería largo enumerar, queda claro que Lira Ochoa ingresaba en aguas movedizas cuando decidió escribir *Pluma negra*.

Su primer hallazgo, literariamente hablando, es hacer del gallo una presencia absoluta que se mantiene sin mengua a lo largo de toda la obra. No hay capítulo de *Pluma negra* donde el gallo no aparezca y donde no tenga, además, un rol esencial en la conducción de la anécdota. Dicho de otro modo, no se trata de una presencia transitoria, anecdótica o momentánea, sino que el animal, representado por una verdadera cuerda de gallos, se convierte en eje vertebral de los distintos acontecimientos que nutren la historia.

Esa presencia constante tiene, además, características particulares. Por ejemplo, no se trata de animismo, es decir, de personajes que asumen la forma de animales, pero siguen siendo humanos en cuanto a sus capacidades de expresión, desempeño y psicología. Los gallos de *Pluma negra* son simplemente gallos y no otra cosa.

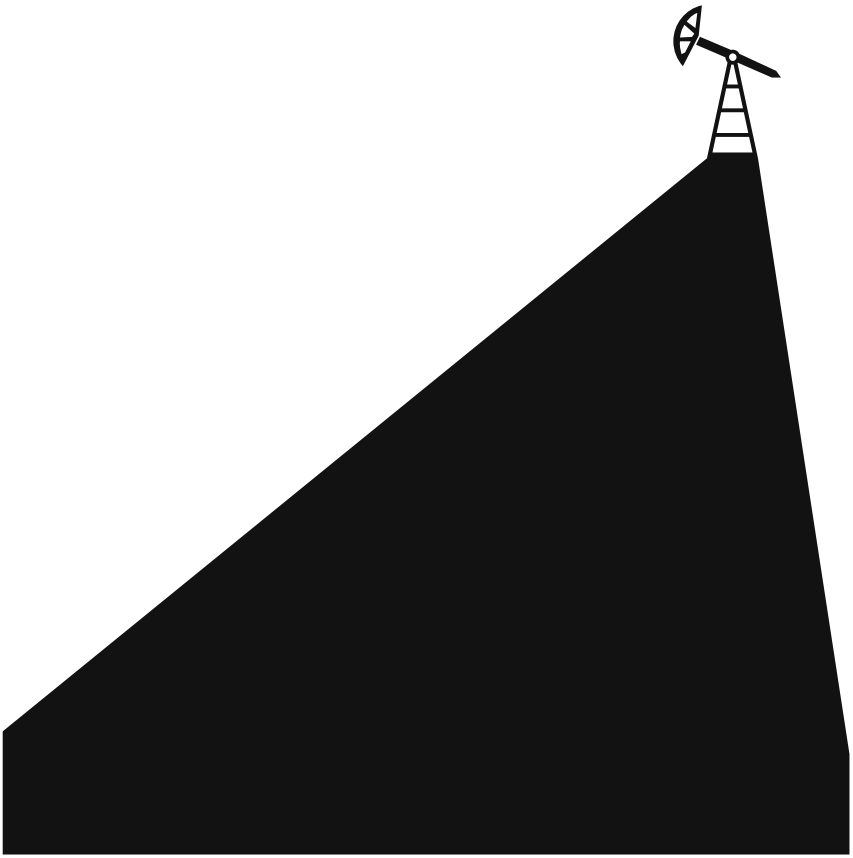
Pero, a pesar de que la existencia de los gallos parecería transcurrir en paralelo a la de los humanos, lo cierto es que en *Pluma negra* estos animales por un lado acarrean y por el otro hacen viable el desarrollo de los acontecimientos entre humanos que conforman la trama de la novela.

Los gallos son el repositorio de todas las pasiones y de toda la violencia que esas pasiones son capaces de generar. Más allá de los múltiples antagonismos sobre los cuales se mueven los personajes, lo cierto es que toda violencia se transpone a las peleas de gallos; así como toda contradicción propia del andamiaje social descrito en la novela parece afianzarse o resolverse solo el redondel de la gallera.

Los conflictos amorosos, las diferencias sociales y económicas o las estrategias de expoliación de las petroleras, todo se filtra a través del mundo catártico del gallo, lo que parece prevenir una siempre inminente violencia social.

CÓSIMO MANDRILLO

Pluma negra



Temporada de gallos I

Capítulo I

Cuando se paró delante de la jaula y vio la estampa del Gallo Zambo por primera vez, supo que con él ganaría todas las peleas.

Era el menor de seis hermanos, se crio dando vueltas en el patio de la casa montonera detrás de su papá, un campesino fornido con el cuerpo quemado por el sol del campo y los músculos moldeados por el trabajo duro de todos los días.

El Zambo era hijo de un gallo Sweater traído por un Gringo que trabajaba en los campos de San Tomé. Eso decía el papá, Eduardo lo repetía a todo el mundo: es un gallo descendiente de un catire; pero es oscuro, un negro, pues. Y se reía.

Sweater era el nombre de una de las ocho mejores razas de gallos de pelea; los adversarios siempre tuvieron la duda de si esa historia de El Viejo era cierta, o El Zambo era otro de los tantos patarucos que acostumbraban a tener en sus cuadras los campesinos de aquel pueblo y de todos los otros pueblos y caseríos de por ahí. Los manchones anaranjados en las plumas de las alas y las patas amarillas eran detalles que lo unían con el Sweater gringo, decía El Viejo; lo rápido al levantarse, lanzar y lo agresivo cuando alguien se le acercaba. Pero, aunque El Viejo lo asegurara, Eduardo tenía la misma duda que los envidiosos del pueblo, quienes también sabían que, aunque era muy joven aún, algún día ese Zambo iba a ganar todas las peleas.

Un grito repentino sacó a Eduardo de su letargo y lo hizo volver a este mundo. Mira, muchacho, deja la soñadera, le dijo

el padre. No pienses que vas a andar por esta senda, mira que es oscura y culebrera. Tu vida tiene que ser distinta; tú tienes que ser un abogado. Nada de botiquines ni galleras, olvida eso.

El pueblo era puro polvo, con un montón de casas muertas penando y acumulando fantasmas. Las matas de mango salvaban los estómagos en las horas del hambre y las piedras se encargaban de traer el manjar a tierra que se repartía entre el montón de guarichos saltarines que después desfilaban a sus casas a terminar de saciar los estómagos.

Ese polvo me va a enfermar el gallo, pensaba El Viejo. No hay manera que no le agarre un moquillo, esos carajos no dejan de levantar polvo corriendo tras esos mangos. Bueno, es que el hambre a esa edad no se controla, pensaba. Riega un poquito al frente, Eduardo, échale bastante agua al patio y aplaca ese polvo como sea; mira que El Zambo te va a pagar la universidad, gritó como siempre El Viejo.

Eduardo no era amigo de las letras, poco le gustaba la escuela y este sexto grado le parecía interminable. Lo único bueno que tenía era mirarla a Ella a la distancia en la hora de la entrada y la salida. Era bueno en matemáticas y entendía bien la historia, que le gustaba por los cuentos escondidos sobre Páez y sus lanceros; pero lo demás era como estar frente al Padre Pedro todos los domingos inventando una confesión decente.

En cambio, el cuatro, su sonido en las noches de luna llena y las tonadas de algún cantador enamorado, eso sí le llamaba la atención. Siempre pensaba que si su papá lograba ganar con El Zambo, lo único que le pediría sería que comprara un cuatro y lo enseñara a tocar.

No lo hizo luego de ganar con el Gallo Zambo. El Viejo, el día que Eduardo cumplió años después de haber salido del sexto grado, llegó con un cuatro usado y le dijo: mira, muchacho, con lo que me pagaron una apuesta pendiente. El Viejo tenía ese recuerdo guardado y Eduardo también se acordaba de ese

momento cada vez que tocaba un joropo, una tonada o un pasaje de los que aprendió a acompañar de oído, como decía él. Así decía a todo el mundo: aplauda y felicíteme, que eso lo aprendí a tocar de oído. Eduardo decía eso y sonreía, porque él se sentía bien con saber tocar el cuatro y haberlo aprendido solo. De oído, se repetía Eduardo.

Capítulo II

Ella caminaba a la escuela flanqueada siempre por Néstor y Alcides. Los tres, prácticamente de la misma edad, un año de diferencia, si quisiéramos escudriñar esos detalles en la memoria. India piel cobriza y pelo negro liso hasta la mitad de la espalda. Los ojos castaño claro llamaban la atención por lo abiertos y saltones que siempre los tenía y que atravesaban a cualquiera que mirara. Bonita, sin duda, pulcra en el vestir y altiva, a pesar de no medir más de un metro y medio.

Ni lo pienses, Eduardo, le dijo Néstor. Vimos cómo la miras, cierto, Alcides, preguntó a su hermano. Sí, así es; los campurusos son así, hacen como que no matan una mosca y andan con la escobilla en la mano, respondió irónicamente Alcides, quien prácticamente no hablaba nunca. Esta vez hablaban entre ellos en voz alta para que Eduardo los escuchara. Pero él andaba volando cual abejorro, porque percibió en esa mirada de reojo un guiño a su corazón. Esta pelea la gané yo, pensó.

Ella era, además de bonita, inteligente y muy aplicada. La maestra Nieves siempre le pedía que ayudara a las otras niñas que se retrasaban en lectura y escritura. Además, era capaz de hacer sus tareas y ayudar a terminar a alguna de las que se quedaban dormidas del hambre y no finalizaban sus deberes.

En la escuela, que no era más que una casona colonial vieja con techo de caña amarga y paredes de bahareque que prestó a El Jefe Civil algún señorón del pueblo, no podían recibir clases

juntos las niñas y los niños. Pero cuando la crisis económica se acrecentó, mucha gente debió migrar a la ciudad y los maestros fueron los primeros en irse, por lo que la maestra Nieves era la única que había quedado preparada para dar el sexto grado y hacer el examen a los muchachos para ser promovidos al bachillerato. La Señorita Nieves, que era como debían llamarla, tuvo que romper esa norma y convertirse sin querer en la celestina de un montón de adolescentes a los que empezaban a movérseles las hormonas en el cuerpo. Un día miércoles, después de regresar de las fiestas de Carnaval, se paró frente a la formación que se hacía en el patio central de la casona y dijo: ahora el salón de sexto grado será mixto, ya no puedo andar corriendo de un cuarto a otro para dar clases simultáneas y andar callándolos para que hagan las lecciones en silencio. Tendrán que acostumbrarse a trabajar juntos, hacer equipo y sobre todo respetarse; sí, sobre todo respetarse, eso dijo la maestra Nieves cuando terminó de dar las instrucciones de ver clases juntos niños y niñas por primera vez en el pueblo.

Ella se sorprendió cuando la maestra Nieves la llamó para decirle que, por favor, fuera a ayudar a Eduardo. Él, apenado, intentó leer de la mejor manera posible, pero cuando Ella se le sentó al lado y sintió el aroma real de su piel tan cerca, comenzó a sudar frío y a tartamudear de tal manera que Ella le preguntó si la arepa del recreo le había caído mal. No, para nada, atinó a responder. Mi malestar es por usted allí tan cerca. Ella se llevó las manos a la boca para evitar que notaran su sonrisa, pero las mejillas enrojecidas ya la habían delatado y Néstor voló hasta el lado de la silla y dijo en voz bajita, casi susurrando al oído: ni lo pienses, Eduardo.

Capítulo III

Cuando los niños del pueblo se alistaban para ir a la escuela a las siete de la mañana, ya los padres tenían rato en sus jornadas de trabajo, que comenzaban por lo menos a las cuatro y media antes de despuntar el alba. Los hombres iban a diario hasta las puertas de las petroleras norteamericanas instaladas en San Tomé para tratar de lograr algún trabajo de obrero. La respuesta era siempre la misma: estamos completos, estate pendiente. Las mujeres se quedaban más cerca del pueblo y las que no hacían solo labores de hogar trabajaban en casas de vecinos o cumplían labores agrícolas en el conuco. Las hijas de la gente de mejor posición ejercían trabajos como maestra, secretaria en la Jefatura Civil o enfermera en la Medicatura. Pero esos cargos eran contados y, por lo general, con malos sueldos y mucho trabajo. El Viejo contaba que lo de él fue un golpe de suerte y gracias a ese trabajo fue que pudo comprar el gallo.

Un día que pasaba por allí una comisión del Ministerio de Agricultura y Cría se los topó de frente y le preguntaron si sabía dónde quedaba la finca La Cascada y si allí todavía había ganado. El Viejo supo señalar con precisión hacia dónde les quedaba la finca, pero además pudo informarles que a Don Gabino aún le quedaban más de doscientas cabezas de ganado y que seguro estaba él de que no estaban vacunadas. Agradecidos, los hombres se disponían a seguir su camino cuando de pronto uno de los veterinarios se regresó y le dijo: señor, y usted no quiere

trabajar como baquiano o como auxiliar y así se gana algo de plata, que nunca sobra. Además, puede aprender cómo es que se vacuna contra la fiebre aftosa y queda entrenado para una próxima vez, qué le parece. Para después es tarde, les respondió El Viejo, y se enfiló con los de la comisión hacia la finca de Don Gabino.

Una vez al año en todo ese campo a las riberas del Orinoco, el gobierno de turno hacía campañas de cuarenta y cinco días para vacunar el ganado y prevenir enfermedades como la fiebre aftosa y la brucelosis. Generalmente era algo sencillo y rápido; sin embargo, esta vez todo se complicó cuando, luego de unos días de jornada intensa en la finca La Cascada de Don Gabino y las otras cercanas, los veterinarios no pudieron decir que no a la invitación que les hicieran para pasar un rato comiendo carne en vara y escuchando cantadores en un caney cercano, a donde, como manadas salidas de una madrugada oscura, llegaban repentinamente muchachas de lo más coquetas con sus cintas de colores, faldas floreadas y blusas blancas dispuestas a lo mejor del baile y el amor. El Viejo prestaba más atención a las tonadas de la bandola, el cuatro y permanentemente estaba atento de los cantadores, su calidad vocal y sobre todo si eran afinados. Mire, Doctor, si el cantador es afinado, seguro es buen ordeñador; así como usted cura las vacas con esas vacunas, un cantador afinado las cura del miedo con sus tonadas y aunque usted no me crea, le puedo asegurar que se vienen tranquilitas y se ponen mansas para el ordeño y regalan más leche de la que uno se podría imaginar.

La parranda estuvo buena y más de uno salió de allí borracho de caña clara y pasión. Justamente eso fue lo que le pasó al auxiliar conductor de la comisión del Ministerio de Agricultura y Cría. La borrachera no le permitía estar en pie, parecía que iba a vomitar hasta el alma esa madrugada; en el apremio, los veterinarios, también borrachos, decidieron dar las llaves del

vehículo a El Viejo, para que su baquiano manejara y los regresara al pueblo. No se percataron ellos de que El Viejo nunca en su vida había manejado ni siquiera un tractor, que suponían era cosa natural en todos los hombres del campo. En la primera curva ya el rústico estaba patas arriba al fondo de una cuneta y solo se escuchaban gritos de dolor y maldiciones. Como El Viejo apenas pudo avanzar a baja velocidad, no más de quinientos metros, la desgracia no fue peor y las lesiones no pasaron de aporreos generalizados y costillas rotas, como fue el caso de él mismo. Mientras los rescataba y trasladaba a la Medicatura, El Jefe Civil no perdía oportunidad para reprender a El Viejo por osado y pendenciero, repitiendo a cada rato el lío en que lo había metido, por lo difícil que sería explicar al Gobernador ese accidente de la comisión en un vehículo conducido por un chofer analfabeto y sin título para manejar, pero además en una carretera tan ancha como el mismo río.

Hasta allí llegó el trabajo de El Viejo como vacunador contra la fiebre aftosa, pero a pesar de los aporreos y el dolor en el costado cada vez que respiraba, solo pensaba que con esa plata que le pagaron, luego de agradecerle en voz baja por las muchachas y la buena música, él podría comprar el pollo de raza que le había mostrado aquel Gringo en las puertas del campo petrolero al que alguna vez fue a buscar trabajo en San Tomé.

Capítulo IV

Cómo está El Zambo, le preguntó El Viejo a Eduardo. Espero que no lo hayan descuidado mientras estuve por fuera. No lo mataron de hambre, verdad, preguntó El Viejo. Tranquilo, papá, le respondió Eduardo. El Viejo había comprado el pollo Zambo a El Gringo apenas le pagaron y se sintió recuperado, lo llevó a la casa y de inmediato lo pasó a la cuadra. Yo hice lo que usted hace, recuerda Eduardo que iba respondiendo: tempranito abría la jaula y lo ponía en el piso a caminar, limpiaba la jaula y todos los días le cambiaba el agua. Le debe a Don José el maíz de esta semana, estaba al mismo precio. El Zambo comía bien, lo vi picoteando tierra, papá; pero comía bien. Las plumas no se las toqué, ahí las ve brillantes porque lo rocié con aguardiente por encima y por debajo de las alas. Yo veo que ya tiene espuelas de gallo y las patas amarillas se le ven más firmes. Está bien si hiciste eso, hijo, entonces está bien. Así hablaban ellos después del regreso de El Viejo aquella vez. El Viejo mandó a sacar una vara larga de guayaba como de un metro. A dos centímetros en cada una de las puntas estaba tallada una zanja en círculo como de diez milímetros que servía de canal. Era una talla perfecta, hecha con la navaja cacha blanca barrilito que siempre cargaba en un bolsillo y que asemejaba los cortes de un drémel para esculpir; denotaba una habilidad que habría de heredar uno de sus once nietos, que luego hasta llegó a exponer en un importante museo. Alrededor de ese canal se ataba el mecatillo

que permitía sostener la vara de guayaba como una especie de columpio. Allí montaba al gallo, que se agarraba con firmeza, y aunque las patas se veían temblorosas, nunca se soltaba. El Viejo comenzaba a balancear el palo de guayaba y de esa manera se le iban endureciendo los muslos al gallo. A medida que pasaba el tiempo, el balanceo era más seguido y más intenso. Tienes razón, Eduardo, las patas y las espuelas ya parecen más fuertes y más largas que las de un pollo. Pasó el tiempo y creció como vas creciendo tú, decía El Viejo a Eduardo mientras preparaban al gallo.

Busca el maniquí, Eduardo, que ya es hora de probar pico y espuela, le gritó el papá. Eduardo salió corriendo y se detuvo frente a la cortina de tela raída que servía de puerta a la que había sido la habitación donde por un montón de años durmieron juntos su mamá y su papá. Bendición, mamá, no me vaya a salir, que yo la quiero, decía el mozo, más grande ya. Se hizo la cruz y luego de persignarse entró a la habitación con olor a humedad y alcohol, que se desprendía de la botella de la morrona que el papá tenía en un rincón. Arrimó el baúl donde guardaban las tres mudas de ropa y otras pocas cosas y sobre él se montó para alcanzar un muñeco de trapo con la cabeza roja como de gallo, con alas y cola de plumas reales que pertenecieron al Gallo Giro que hacía un tiempo le habían matado al papá en una pelea con un Marañón de Papito, que era como le decían a Don Salvador. Ese maniquí lo elaboró a mano; su mamá cosió las telas de la mejor manera que pudo con la vieja máquina Singer y con nailon a mano le pegó las alas y la cola. Igualito a un gallo, se dijo Eduardo mientras salía del cuarto.

Se acordó de que esa culebra viejita que estaba dentro de la botella entró a la casa un día de lluvia y su mamá le dio un golpe certero en la cabeza con el palo del rastrillo. Y allí quedó quietica, mientras los seis muchachos la veían asombrados y ella les decía que se quedaran tranquilos porque no era venenosa;

mírenle la barriga blanquita, ven que no se completan los anillos por la parte de abajo. Inmediatamente la convirtió en medicina para curar los dolores de las articulaciones y la hinchazón de los tobillos después de trabajar.

Apenas El Viejo le acercó el maniquí, el Gallo Zambo demostró por qué pensaban que podía ser de buena raza. Seguía con fiereza la cabeza roja del muñeco, no se distraía con las vueltas que la mano hacía alrededor de su cabeza, picaba la pluma cercana al cuello sin soltar, y sin que nadie se diera cuenta ya se había levantado para dar con la espuela. Este gallo es muy rápido, decía Eduardo. Papá, es una fiera; mira, mira, es una fiera.

El Viejo, según contaba Eduardo, nunca estuvo muy contento con su gusto por los gallos. Yo creo que a él no le gustaba que yo también fuera un gallero. Él me decía que cuidara al gallo; pero no era para que yo fuera gallero, sino pensando en que con ese gallo estaríamos mejor y que yo fuera un abogado, no un gallero. El Viejo no quería que yo estuviera pendiente de la cuadra y de cuidar a El Zambo. Él quería que fuera abogado, no que me enamorara de los gallos; yo creo que se dio cuenta de que ya eso sería imposible.

Capítulo V

La gente de Santa Clara y El Pilón creía que vivía en la ciudad. Eso parecía ser cierto si se comparaban con otros pueblos cercanos como el pueblo llamado Los Pobres, donde vivía Eduardo. Ella, bajo los cuidados de Papito, ya estaba asistiendo al liceo y extrañaba la compañía de los varones, que estaban trabajando en algún sitio como jornaleros, así como se había enterado de que trabajaba Eduardo, a quien tampoco había visto más. Néstor y Alcides le dijeron que, al regresar de sus clases, a lo mejor no se encontrarían porque irían con Papito a ver si compraban un gallo del que todos estaban hablando mucho en el pueblo. A Ella se le iluminó el rostro y preguntó que si era el del papá de Eduardo y, en ese momento, le relampaguearon los ojos de una forma rara. Alcides se aclaró la garganta como si fuera a decir algo, pero, como siempre, fue Néstor quien dijo no creas que puedes ir. Los gallos son cosas de machos, entiendes.

Alcides —blanco, gordito, bonachón y divorciado de las palabras— solo alcanzó a decirle tranquila y le dio una palmada en el hombro. Néstor, más fornido, de piel cobriza y los ojos de águila, sí habló. Le recordó a su hermana que la gente de esos caseríos como Los Pobres no era de fiar y que debía recordar que ya era una señorita de su casa. Ella pensaba que le gustaría discutir en algún momento con su papá, su mamá —si volviera a verla algún día— y sus hermanos, sobre esas supuestas diferencias entre ellos, que decían vivir en un pueblo, y los otros seres

que, según decían sus hermanos, eran distintos por vivir en un caserío. Ella los veía iguales a todos: un montón de pobres.

Cierto era que Don Salvador, a quien llamaban Papito, había sido capataz del fundo El Rincón, que abarcaba todas esas tierras, y antes de que las petroleras empezaran a comprar, los dueños lo premiaron dejándole una parcela con una casa de buenas fundaciones y unas diez reses con las que se supo abrir camino. Vivían menos alcanzados y podían tener las tres comidas del día, y cuando la cosa iba bien y se vendía todo el queso y todo el cuero, hasta celebrar algún cumpleaños podían; además, era uno de los pocos de El Pilón que podía jactarse de andar en carro propio, un carro rústico, viejo, pero en buen estado, que ayudaba en las actividades del trabajo y el transporte personal.

Fue justamente ese carro rústico el que vio llegar Eduardo al solar de la casa donde entrenaban al gallo. Papá, mire, allí llegó la gente de El Pilón, le gritó a El Viejo. Hacía ya tiempo que El Viejo y Papito no se veían porque ambos se habían alejado de las galleras de Santa Clara.

En otros tiempos de buenas cosechas, todos tenían trabajo y los hombres recibían un buen ingreso después de la recolección y la venta, y no tenían que mendigar para que los explotaran las petroleras. Los domingos eran para los desafíos; y, más jóvenes, Papito y El Viejo asistían a la gallera, donde más de una vez se enfrentaron. El Viejo recordaba con amargura que solo una vez en cinco desafíos él había salido airoso, y eso hacía que quien ya lo miraba por encima del hombro se encumbrara más y se vanagloriara por tener los mejores gallos de la zona. Algún día, decía para sus adentros, algún día tendré que reír yo. Esa desazón en el alma y esos sentimientos de rabia no impedían para nada que El Viejo conservara la compostura ni que dejara de tratar con respeto a Papito y lo llamara Don Salvador. Y así le dijo en tono firme esa tarde al verlo bajar del viejo rústico

azul marino. Caramba, Don Salvador, qué lo trae por estos lados, le preguntó. Muy buenas, respondió Papito y fue directo al grano: vengo de comprarle a El Gringo un Gallo Giro y quería saber si usted me vende a El Zambo. Estoy armando la cuadra de nuevo y he escuchado que ese gallo suyo es bueno, aunque creo que puede ser un cuento de camino porque nadie lo ha visto pelear. Néstor y Alcides, que también bajaron del rústico, escuchaban con atención y en postura altanera lo que Papito le decía al papá de Eduardo, quien a su vez permanecía agachado agarrando a El Zambo por los costados. Don Salvador, perdóneme, de verdad, pero yo no vendo el gallo, respondía El Viejo justo en el momento en que, como si alguna energía acumulada en la tierra hubiera hecho explosión, se escuchó el aleteo fortísimo del Gallo Giro que se le escapó de las manos a Alcides, y Don Salvador solo alcanzó a decir muchacho pendejo cuando Eduardo de manera nada inocente dejó que a él también se le escapara el Gallo Zambo, y en menos de lo que dura un estornudo, ya los dos animales estaban frente a frente en aquel solar.

Ella se había quedado en la casa, pensando que apenas tuviera oportunidad, iba a intentar coincidir con Eduardo cuando llegaran el papelón y el casabe a la entrada de Santa Clara para hablarle y preguntarle si le había agarrado miedo.

Cuando el Gallo Giro adelantó la cabeza, ya El Zambo le había picado dos veces la pluma, y en la tercera se hizo con las del collar del cuello y el lanzazo le vació el ojo derecho al Gallo Giro, que al momento de intentar retirar la cabeza sintió la otra lanza directo en el pescuezo y cayó abatido con la mirada ciega, arrastrando el cuello contra la tierra ennegrecida por la sangre, mientras daba vueltas como un trompo. Esta pelea la gané yo, pensó sonriendo Eduardo. El silencio fue sepulcral cuando El Viejo levantó a El Zambo, quien seguía buscando y buscando plumas en el aire, y Papito tragó grueso para dar dos pasos y levantar al Gallo Giro ensangrentado y muerto. Qué

desgracia perder una inversión así en patio ajeno por un descuido. Imagino que se habrá dado cuenta de la imprudencia de su muchacho; fue con intención que dejó que se liberara ese Zambo, dijo Don Salvador, sin ocultar su molestia. Le pido disculpas de nuevo, Don Salvador, y ruego a Dios que mis palabras no lo ofendan, pero, quien entró a mi solar fue usted, y quien puso a ese Gallo Giro en mi patio fue la bobería de su muchacho, a quien usted mismo le gritó pendejo al soltar a su gallo, recuérdelo, Don, respondió con temple El Viejo. Tiene razón en eso, y creo que está bien si como arreglo de este desagradable rato usted me entrega a El Zambo, y así quedamos tablas, agregó Papito. Me disculpo una vez más, Don Salvador, pero ya le dije yo no vendo mi gallo, y mucho menos lo voy a regalar. Así fue ese intercambio de palabras entre Papito y El Viejo. Sí que fue tenso, sí, así fue.

Ella seguía pensando que algo no había hecho bien, porque sabía que le gustaba a Eduardo y, sin embargo, él no había hecho el más mínimo esfuerzo por encontrarla. Seguramente andaba de pavo real por allí paseando con otras muchachas. Él era alto, blanco y con los ojos que parecían haber rozado el cielo, manchándose de azul. Además, era de carácter firme pero muy divertido para las parrandas y buen conversador, le habían dicho. Ella sabía que era buenmozo, pero lo demás tenía que explorarlo todavía.

Papito, que no estaba acostumbrado a un no por respuesta, miró de frente a El Viejo, y le dijo, bueno, nos veremos; arrieros somos y en el camino andamos. Empezó a caminar y se montó en su carro rústico viejo, y al cerrar la puerta, miró cómo Néstor apuntaba con el dedo a Eduardo mientras le decía a Alcides, esto no se va a quedar así.

El Viejo apenas tenía sexto grado y siempre había trabajado en esos campos, pero era un hombre curioso que se preocupó por leer algún trozo de periódico o algún libro que le cayera en las manos.

Mi sexto grado no es como esos de tu escuela, le decía él a Eduardo; no soy un abogado, pero algunas cosas sé. Eduardo recordaba que El Viejo le decía: tienes que aprender a leer para aprender a conocer, leer hasta para saber bien de gallos. Sí, Eduardo recuerda que El Viejo decía que había que estudiar hasta de gallos.

Nunca había sentido una humillación tan grande; Don Salvador iba realmente molesto y lanzando maldiciones. Pensaba en cómo había sido posible que le sucediera aquello en la casa de uno de los galleros a los que más fácilmente había derrotado en varios desafíos. Pasó directo al cuarto y escuchó detrás de él un rumor parecido al del río cuando venía creciendo. Ella le preguntó si quería un poco de café, y él, de manera seca y poco cariñosa, le dijo que no, mejor no me des nada que me amargue más la bilis. Se quedó dormido y no paraba de sudar. Cuando Ella preguntó sobre lo que había pasado, Alcides le respondió que mejor dejara de preguntar, y cuando insistió en saber, Néstor, como siempre, le respondió de manera directa, explicándole que El Viejo y Eduardo le habían matado malamente un gallo recién comprado a Papito. Eduardo, repitió Ella en voz alta, y luego preguntó, vieron a Eduardo, de forma agitada. Néstor estuvo tentado a empujarla, pero se contuvo, alzó la voz para advertirle que tuviera cuidado de no acercarse a ese muchacho, que por lo visto hasta ahora solo traía problemas. Alcides los llamó de repente, y dijo vengan rápido, yo creo que Papito no está respirando. Lo vieron orinado en la cama y salieron corriendo a la Medicatura mientras Ella buscaba compresas de agua fría, creyendo que se trataba de una fiebre alta. El Doctor Andrés dijo al entrar un poco más tarde, lamento mucho su pérdida, y salió inmediatamente diciendo: fuerza y resignación, señorita. Esa fue la primera vez que se miraron.

En el cementerio, mientras daban la sagrada sepultura a Don Salvador, en vez de llantos se escuchaba solamente el

cuento de cómo Eduardo había hecho morir de rabia a Papito, por haberle matado malamente un gallo de raza. Cuando El Viejo se presentó a dar el pésame a los familiares, aprovechó para reclamarle a Néstor, recordándole que ya no era un mocoso, y que debía aprender a medir las palabras, y no mentir. Ya usted tiene que saber que es responsable por lo que diga, y sabe bien que El Zambo mató a ese Gallo Giro en menos de dos minutos. El Viejo se lo repitió de manera enfática y rompiendo la solemnidad del entierro, casi gritando le dijo: recuerda, eso fue una pelea limpia en un solar, pero limpia, y mi gallo lo mató en menos de dos minutos.

Ella interpretó lo que pasó como una señal divina, y aprovechó la confusión por la muerte del padre y la presencia de toda la gente para acercarse a Eduardo a la salida del cementerio y decirle que estaba segura de que lo que había pasado no era su culpa y que sabía cómo era de inventador su hermano Néstor. No creas que yo no sé que mi hermano no te quiere, pero lo importante para ti debería ser descubrir si yo te quiero o no. Acaso me agarraste miedo, le preguntó mientras se alejaba bajo la mirada de rabia de Néstor y los guiños de ojo de Alcides.

Eduardo sabía que ahora debía cuidarse más, porque todos decían que había comenzado una guerra, y aunque él quisiera negarlo, su papá le había dicho que era cosa juzgada en la historia que las guerras comenzaban por el orgullo de los hombres, disfrazando eso de supuesto honor y peor aún si detrás andaba cabalgando alguna mujer.

El Gringo llegó esa mañana de sábado muy temprano, y le preguntó a Ella si sabía del paradero de sus hermanos. Seguramente andan buscando algo en el conuco, o en el río por los lados de los dos brazos, le respondió. Él aprovechó la ausencia de los muchachos para preguntarle a Ella cómo se sentía, y si no había pensado en salir de ese infierno cubierto de polvo. Le pareció rara esa visita, y también el tono de la conversación, por

eso, Ella empezó a pedirle al Ánima del Taguapire que mandara rápido a sus hermanos, y como siempre, El Ánima le cumplió, porque del camino del río vio que venía subiendo Néstor con pescados ensartados en una vara, y a su lado, Alcides con un racimo de topochos, que seguramente había cortado en el camino.

Buenos días, Míster, a qué debemos el honor, preguntó Néstor. Si tú me permites, quiero hablarte por allá por las matas de mango, le dijo El Gringo. Sabes que se viene el desafío en Santa Clara, y yo sé que tu papá estaba preparando la cuadra. No te va a dar tiempo, Néstor, pero yo te quiero ayudar, y te puedo fiar un marañón que es hermanastro de Dos Minutos, porque la mamá es una marañona bravísima que me traje de La Florida; la gallina da la raza, tú sabes. A Néstor le pareció raro el ofrecimiento, pero se apartó y llamó a Alcides para consultarle. Es mejor que no tener nada, le dijo Alcides, y fue entonces que Néstor caminó hasta donde estaba El Gringo, y le preguntó si además estaba dispuesto a pagar las apuestas, a lo que El Gringo le respondió que sí.

Eduardo no entendía por qué podía ser tan hostil una persona joven. Ellos eran contemporáneos, en la escuela siempre se ayudaron; pero además jugaron de todo juntos, papagayos, trompos, metras, sobre todo a romper zarandas. Fueron tiempos distintos, en los que los adultos andaban regocijados con sus cosechas y ellos felices con sus padres y sus juegos, que era prácticamente todo lo que tenían. Ahora, a los catorce años y un poco más, andaba flotando en el ambiente un viento tormentoso de odios, que racionalmente era difícil de comprender. Eduardo no lograba entender, pensaba siempre en esa rabia que cargaba Néstor.

Es cierto que cuando aclaraba mejor sus pensamientos, veía como en un sueño la bravura de Néstor, la rabia que le daba cuando se le ganaba una partida de barajas; no le gustaba perder en las barajas. Él decía que era experto en barajas, si uno

más chiquito, si alguno menor que él le ganaba, se ponía como un perro bravo. Una vez que le partí un trompo jugando por mangos, el que ganaba se quedaba con el mango que cada quien ponía para jugar, bueno, le partí el trompo, por lo que Néstor empezó a maldecir. Nos apartamos y nosotros empezamos a decirle que así no debía hablar, que recordara al Padre Pedro, quien decía siempre en las clases de catecismo: los niños no deben decir groserías, los niños no deben maldecir; pero fue peor recordarle al Padre Pedro; resultó mucho peor. Néstor gritaba, todos nos apartábamos, de pronto cayó y empezó a retorcerse en el suelo y a botar mucha saliva, una saliva espesa; parecía un perro con rabia. Así tenía fija la imagen en la cabeza. Desde esa vez, le teníamos una especie de miedo a esa rabia de Néstor, porque era una forma rara de ponerse bravo.

Amaneció pensativo, eso lo aprovechó para empezar a preparar, en calma y apartado, las espuelas que montarían a El Zambo el día que lograran casarlo con algún buen gallo al que valiera la pena ganarle. Tú como que andas enamorado, le decía El Viejo. No es normal que se te olvide ir a buscar el maíz y al mismo tiempo no pruebes bocado. Sabes que todo ese cuento se aclaró y la gente dice que fue una pelea limpia.

Ella entendió con la muerte de Papito, lo que trataba de explicarle Eduardo cuando le decía que la pérdida de un ser tan querido como la madre o el padre provocaba zozobra y que se inundara el alma. Sentía que había un vacío inmenso, a cada rato estaba pensando alguna escena de los intercambios diarios con su papá, se arrepintió de tanta desobediencia y de tanto llevarle la contraria. Ella sabía que ni rodeada por mil conocidos o vecinos se iba a sentir acompañada, solo Eduardo le hacía tener esperanzas de poder sentirse en comunión con otros seres humanos.

Esos pensamientos llenaban el cerebro de Ella cuando apareció El Gringo con una jalea de mango y una torta de casabe, que insistía que aceptara. Ella, de forma respetuosa, lo

rechazaba, y cuando ya sentía que le flaqueaban las piernas apareció Néstor, diciendo ni lo pienses, Gringo, e inmediatamente se lo llevó al fondo del solar, hacia las matas de mango.

Néstor recordó alguna vez que se llenó de valor y le dijo a El Gringo que dejara de acercarse a su hermana. Él tenía en su pensamiento esas palabras con las que El Gringo quiso aclararle que no fuera mal pensado, porque él solamente estaba buscando una muchacha para que ayudara a su esposa en la casa. Sí, eso fue lo que pasó, así se lo dejó claro El Gringo a Néstor, debajo de las matas de mango, y Eduardo lo supo tiempo después, cuando Ella se lo contó en los raudales.

Capítulo VI

Cuando El Viejo salía al patio, ya había gente pegada al portón haciendo cola para que le dejaran pasar a ver el gallo. Se organizaron de tal manera que Eduardo tuvo que cobrar un real para que entraran de cinco en cinco y pudieran mirarlo mientras terminaba de sacudirse en la jaula, caminar por el patio, mientras se le recortaba la cresta o le limpiaban las plumas; pero lo más caro, y por lo que la gente llegó a pagar hasta real y medio, era verlo frente al maniquí. Era sorprendente y una verdadera delicia ver a Dos Minutos buscar la cabeza de su adversario de tela para picar, o ver cuando, de forma rapidísima, se alzaba; y en esos segundos que se mantenía en el aire, daba la puñalada en el cuerpo con las espuelas y, sin terminar de caer, ya había lanzado de nuevo. Muchos galleros inexpertos se fueron con heridas en el dorso de la mano, por haber metido mal el maniquí ante Dos Minutos, luego que pagaban un extra para que les permitieran instantes para participar del entrenamiento. La algarabía terminaba cuando Sultán, el perro de la casa, comenzaba a ladrar al ver la sangre que caía de alguna mano, para potenciar la leyenda del Gallo Zambo.

Uno de esos días de más cola y revuelta de gente llegó El Gringo, quien quiso hablar con El Viejo.

Claro que vamos al desafío, Míster, le dijo: como ve, ya encontramos la forma para reunir la plata y vamos a poder pagar las apuestas. Y si pierdes, Viejo, El Marañón de Néstor es

hermanastro de éste, te lo digo, es un fenómeno; ya ha ganado dos peleas. Muy bien, Míster, entiendo lo que dice, entonces El Zambo le empatará el récord, no se mortifique. No me preocupo, dijo El Gringo, lo que quiero es ofrecerte una oportunidad para que no gastes, mantengas un ahorro y puedas estar tranquilo un tiempo con los tuyos. Se lo agradezco, créame, pero nos vamos a ver en Santa Clara, repitió esa vez El Viejo.

Cuando se retiraba, El Gringo vio a Eduardo recolectando el dinero de los que pagaban por entrar, le puso medio dólar de plata en la mano y le dijo: apuesta eso por mí y vamos a medias; por cierto, bien bonita tu novia. Eduardo, que normalmente andaba mirando el suelo, o esquivando los rostros, alzó su cara, lo vio a los ojos con esa mirada de hombres que ponían los muchachos del pueblo cuando los confrontaban y le dijo: debe estar confundido, Míster, no tengo ninguna novia. Sí, seguro, entonces debe ser otra leyenda de esas de por aquí lo que cuentan de tus escapadas al río con la hermana de Néstor, eso debe ser otro cuento más, dijo El Gringo entre dientes.

Eduardo se quedó parado, tieso y sintiendo un frío que le recorría el cuerpo al pensar que alguien podía haberlos visto en alguna de sus excursiones furtivas al río.

Néstor y Alcides se aplicaban cuidando a El Marañón tal como les explicaba El Gringo; sin embargo, muchas veces se perdían tratando de saber dónde andaba Ella, en muchas ocasiones la gente encontraba la casa sola y la cuadra sin ninguna vigilancia. Don Salvador había tenido el cuidado de apartar un cuarto al fondo del patio cerca de los mangos, donde en sus mejores tiempos tuvo quince jaulas llenas de gallos que había elaborado él mismo con madera de acapro y alambre de gallinero. Las construyó cuidadosamente con el espacio suficiente para que los gallos no se malograran. Allí estaban hoy todas vacías, menos aquella del medio, en la que estaba El Marañón. El Gringo les dijo: es mejor que Martincito los ayude con los

cuidados del gallo, es menester que presten mucha atención a sus cuidados, los de Los Pobres no se descuidan ni un segundo, he visto picando a esa fiera. No podemos confiarnos, porque lo de dos minutos no es ningún cuento.

Martincito también había sido criador de gallos, trabajaba como chofer en la Medicatura y conoció a Papito. Le dio mucho gusto incorporarse a los cuidados de El Marañón y enseñar a Alcides, que era el más responsable y tranquilo de los dos; empezó a mostrarle cómo había que cuidar a un gallo de pelea. Le decía: lo del entrenamiento se va a dar y ellos naturalmente están preparados para pelear y cuidar su territorio; pero antes de eso están los cuidados del gallo, la higiene que hay que tenerles y sobre todo la forma en que debemos alimentarlos, pensando en no engordarlos mucho y a la vez que no se vayan a enflaquecer. Es un arte, pero hay que tener paciencia y disciplina para que todo salga bien. Así le hablaba Martincito a Alcides, quien siempre lo escuchaba con atención.

Los curiosos, espías y apostadores iban de un lado a otro, y ahora los solares más visitados eran la casa del finado Papito y la casa de El Viejo. En general, no había secretos, lunes, miércoles y viernes ambos gallos eran movidos para entrenarlos. Ejercicios de resistencia en el colgadero, movilidad y fintas con la mano, voltearlos boca arriba para que aprendieran a levantarse rápido, confrontarlos con otros gallos; pero con el pico vendado y las espuelas embotadas para evitar heridas y pérdidas de plumas. Todo eso era similar y a la vista de la gente; pero cuando se trataba de rociar al animal con aguardiente, frotarlo con limones picados en cruz, pasarle por la cara la esponja húmeda y recortar el plumaje, allí sí empezaban los misterios. Ningún gallero dejaba que le vieran sus rituales.

Otra actividad de cuidado —que en general también se sabía, pero ellos no permitían que se viera— era cómo cuidaban las espuelas naturales o el tipo de espuela de carey que habían

adquirido y la forma como las iban afilando. Los galleros eran muy celosos con todo lo que tenía que ver con las espuelas.

Eduardo pensaba, viendo a El Zambo, si sería verdad lo que había dicho El Gringo; además, en qué interés podría tener ese Míster en alertar a su papá, se decía. En todo caso, yo creo que lo mejor es bajar un poco esta llama. El Viejo le decía: yo creo que es buena esa idea, porque los gallos no son para enemistarse, son para divertirse. Eduardo le dijo a El Viejo que pensaba disculparse con ellos y preguntó si por eso le dirían cobarde. Para nada, hijo, si tú crees que debes disculparte por algo, es bueno que lo hagas y les des una explicación, le respondía El Viejo.

Néstor vio llegar a Eduardo y le puso a Ella la mano en el hombro. Buenos días, dijo desde la entrada, si me das permiso, yo entro, Néstor; hola, Alcides, tú cómo andas, dijo Eduardo. Pasa, pasa, le dijo Néstor, que para algo debes haber venido; me vas a vender a El Zambo, le preguntó de forma irónica. No juegues con eso, Néstor, que ya sabes cómo es mi papá con ese tema, dijo Eduardo. Ella estaba paralizada de la emoción, no dijo nada. Buen día para usted también, dijo Eduardo inclinando la cabeza mirando directo a los ojos de Ella, que sonrió y entró rápido a la casa desde donde preguntó: quiere un poquito de guarapo, y escuchó la respuesta relancina del muchacho desde el patio: no se moleste, señorita, gracias. Pa qué somos buenos, interrumpió Néstor. Yo he venido para ofrecer mis disculpas, quiero que sepan que mi intención jamás fue ofenderlos, ni causar malestar a Don Salvador, que en paz descanse, se los juro; pero soltaste el gallo, no, dijo Néstor. Le repito, Néstor, no con mala intención, recuerda Eduardo que dijo apurado. Yo no había visto nunca a mi gallo frente a otro de raza de verdad y fue como un impulso, como si yo mismo saltara a mi primer desafío. No sé qué me pasó y por eso me disculpo. Mi papá tenía mucho respeto por Don Salvador y aunque sentía malestar por las derrotas que le propinaba El Don en la gallera, él siempre

nos repetía: Salvador es un buen hombre, un hombre de honor; así que el respeto ante todo, porque sus gallos han ganado en buena lid. Así hablaba mi papá del tuyo, por eso me dolió tanto que dijeran que le matamos mal un gallo; pero después de pensarlo mucho, caí en cuenta de que ese día sí cometí una imprudencia, por mi inmadurez y ese impulso que ya les expliqué de querer verlo pelear. Está bien, está bien, no me recuerdes más ese día, que me vuelve la rabia enterita. No vamos a ser amigos ni compinches. Vamos a respetarnos como los viejos, no creas que por eso te voy a perdonar en las galleras, ni voy a esquivar combates. Ya te puedes ir, ah, y si te parece despídete de Ella desde aquí, recuerda Eduardo que le había dicho Néstor. Eduardo salió rápido, en su cabeza había un mosaico de palabras que jugaban entre ellas, no vamos a ser amigos, vamos a respetarnos, hombre de honor, un buen hombre. Eso pensaba Eduardo y se asustaba, porque ya él era un hombre; así había dicho su papá, aunque lo trataba como un muchacho.

Era difícil ser un muchacho y que a veces te vieran como un hombre de bien, hombre bueno, hombre de honor. Eso era difícil, pensaba Eduardo mientras se alejaba de aquella casa en El Pilón.

Capítulo VII

El Gringo tenía ya cuarenta años, ocho de esos viviendo en las casas arregladas dentro del campamento de San Tomé para los capataces, gerentes e ingenieros que vinieron a trabajar a las petroleras. Siempre contaba que el pueblo de las afueras de Nuevo México de donde él venía era igual de fantasmagórico, lleno de polvo y pobreza que estos que había conocido, la diferencia era que aquí había mucho petróleo y esperanza, por allá eran puras promesas y sueños, basados en la certeza de creerse el país más poderoso del mundo. Él y su esposa nunca pudieron tener niños, y la adolescente de trece años que llamaban su Reina les había sido entregada en adopción antes de que vinieran a este país extranjero.

El Míster le decía a su esposa que había encontrado a una muchacha que, además de colaborar en la casa, podía ser la hermana mayor que guiara a la Reina, y le ayudara a ella en todas las labores del hogar. Estás loco, le decía la esposa, vas a meter a una mujer de esas en la casa, le replicaba la esposa. No seas desconfiada, no es una mujer, es una niña todavía que no llega a los quince años, es muy decente, de buena familia y además aplicada en los estudios, según me comentó la maestra Nieves un día en el pueblo. Incluso lee tan bien que enseñaba a los más pequeños y ayudaba a las compañeras más lentas a terminar sus tareas. He hablado con Ella, de verdad es muy decente; pero era solo una idea, si vas a desconfiar, mejor olvidamos eso,

seguimos con nuestra vida y a Ella que la acompañe Dios, dijo El Gringo. Sí, creo que es mejor, yo creo que es mejor no mezclarnos con esos indios, dijo la esposa de forma tan enfática que después solo reinó el silencio.

La Creol Inc. Petroleum Corporation, filial de una empresa petrolera de Nueva Jersey en Estados Unidos, había llegado al país para explorar, explotar y llevarse el petróleo de Venezuela de la forma más fácil y rápida posible, para ello desarrolló una metodología que consistía en robar todo lo que pudiera a los pueblos y explotar al máximo a su gente, alienándolos, convirtiendo a campesinos productores agrícolas y criadores de ganado en obreros o empleados petroleros que inmediatamente pasaban a odiar a sus paisanos y a abandonarlos, creyendo que ya les faltaba poco para ser ricos, por poder vivir en los campamentos, comprar en los economatos, y no en las bodegas de siempre. Todas esas empresas se robaron durante años la materia prima, que luego regresaba a este país hecha carros y tractores llenos de mensajes raros, que hacían creer que la pobreza era cosa del campo y la riqueza estaba en los campamentos o en la ciudad. Así les habló la maestra Nieves en una clase de historia sobre las empresas petroleras americanas, recordaba Eduardo. Y su papá también le dijo alguna vez: la verdad, Eduardo, es que esas empresas eran una máquina de producir obreros para chuparles la fuerza que daba la vida del campo y después dejar tanto a la gente como a los pueblos desolados; así que yo no confío en ese Gringo, que es muy hábil con los números y siempre anda viendo dónde encuentra un negocio.

Las tierras de lo que llamaban los gringos las riberas del Orinoco y los citadinos el costo Orinoco fueron negociadas por inescrupulosos gobernantes de turno con las empresas petroleras, las que compraron casas, expropiaron fundos como El Rincón e indemnizaron a precio de gallina flaca, dejando en el aire a un gentío que por generaciones intentó organizarse para

lograr los pagos justos correspondientes al petróleo que encontraron en muchos de los patios y subsuelos de sus casas, que nunca nadie reconoció. El Gringo, así como compraba gallos y los revendía, compraba títulos de propiedad, con los cuales, junto al abogado y El Jefe Civil de uno de los pueblos más grandes, reclamaba indemnizaciones a las petroleras. Estas le pagaban prestas buena plata para desaparecer esos títulos y seguir con la explotación y el robo de petróleo en sana paz.

Mi papá se murió esperando la indemnización, Míster, además de muy molesto con todos sus hermanos que solo lo visitaban para hablarle de la firma de un documento que jamás vio ni se firmó, que él supiera, decía El Viejo. El cuento era igual al de la bendita indemnización porque debajo de la casa habían encontrado petróleo; pero jamás se concretó nada de eso y lo que sí fue verdad y quedó como un hecho fue el malestar entre los hermanos, que echaron a El Viejo pensando que estaba pendiente de ese reclamo. Eso contaba El Viejo a Eduardo, para alertarlo sobre El Gringo, que no terminaba de gustarle a nadie, más que a Margarito el abogado y a El Jefe Civil, quienes andaban con él en esos negocios.

Cómo va ese Marañón, Néstor, preguntó El Gringo, mientras miraba de lejos a Alcides hablando con la hermana. Buenos días, señor, quiere café, dijo Ella. Seguro que eso no me pone negro, preguntó El Gringo. No, gracias. De nada, señor. Y no, eso no vuelve negro a nadie, respondió Ella antes de darse la vuelta y alejarse con Alcides.

El gallo está bien, el que no está bien es Martincito, que anda escuchando todo tipo de chismes en el pueblo sobre ese Zambo. Yo creo que está como acobardado, dijo Néstor a El Gringo. Es normal que pregunte para ajustar la estrategia de la pelea, Néstor, no seas prejuicioso. Recuerda que Martincito acompañó a tu papá en muchos desafíos y sabe oler trampas en el aire. Ya sabes qué medida de carey son las que quieres

llevar, le preguntó. Ya averiguaste qué carey le van a montar al Gallo Zambo. Preguntaba El Gringo. No es que Néstor no haya querido investigar sobre las espuelas de carey que quería usar y las que pensaba usar El Viejo en su gallo, sino que ya la gente de la Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde y la gallera Pluma Negra habían puesto las condiciones para el desafío. Solo permitirían espuelas de carey de tres centímetros si el gallo pesaba un kilo ochocientos gramos y de carey de dos centímetros para los gallos de hasta un kilo con seiscientos gramos. Si llevaba espuela natural podía medir un poco más, si enfrentaba un rival con espuelas de carey. Eso explicaba Néstor a El Gringo; agregando además que el mafioso de Jhon Jairo, el colombiano, había puesto como norma que las espuelas tenían que ser certificadas por ellos; preferiblemente ser compradas en la propia Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde para así evitar descalificaciones. Allí se nota la mala intención y queda todo abierto para las mafias, pensaba Néstor.

Ella se acercó hasta el fondo del patio y entró a la cuadra. Sintió la presencia de Papito muy fuerte allí. Se persignó y dijo: papá, no me vaya a salir, mire que yo lo quiero; porque todos en el campo decían que después de muertos los familiares en cualquier momento se podían aparecer. Allí vio a Alcides, limpiando la jaula de El Marañón, y a Néstor que lo tenía cargado revisándole el pico y las plumas. Miró con curiosidad el cajón de madera sobre el mesón, donde siempre su papá tenía un poco de cajitas plásticas pequeñas, parecidas a las que servían para guardar las alianzas de boda. Se acercó y tomó una que decía cubana en letras grandes y doradas, también decía de la mejor calidad, pero en letras más pequeñas. Deja eso, muchacha curiosa, le dijo Néstor. Hermano, no estoy haciendo nada. Seguro que ni sabes lo que dicen estas letras. Claro que sí, mocosa. Yo creo que no, hermano, ya no soy una mocosa. Dice cubana, le respondió Néstor. Y qué más, preguntaba Ella maliciosa. De

calidad, porque son buenas. Sí, dice de buena calidad, y eso qué quiere decir, hermano. Que son espuelas buenas, dijo Néstor. Espuelas, preguntó Ella y destapó la cajita para descubrir unas espinas duras afiladas y muy puntiagudas, casi como unas agujas. Cuidado te hincas, después te vuelves gallina, advertía Néstor. Dios mío, tan grande y creyendo leyendas, sonreía Ella, mientras respondía: verdad, Alcides, que si se puya un dedo y le sale sangre después se convierte en gallina, preguntaba Néstor. Alcides se moría de la risa; pero no llegó a decir nada, porque Néstor, quien también se reía, decía: en tu caso debería ser de raza y no una piroca. La gallina piroca es la picatierra, preguntó Ella. No, esa es la que no tiene plumas en el cuello, la otra es la gorda emplumada; pero tú deberías convertirte en una de raza, una tococa, digo yo; aunque si te descuidas puedes quedarte piroca, reía Néstor. No creo, decía Ella. En todo caso, seguro que sería cuidadosa y no daría hijos asesinos. Ningún gallo es asesino, chica, respondió Néstor molesto. Ella hablaba sin quitar la vista a las espuelas y dijo: tú estás seguro de eso, por qué pelean, preguntó. Por sus gallinas, por sus hembras y por defender su tierra, dijo Néstor, en tono que denotaba malestar. Son como unos muchachos de pueblo entonces, preguntó Ella, y Néstor le dijo: sí, pero más inteligentes. Los tres rieron, Ella cerró la cajita y dijo: son crueles las peleas de gallos. Qué te pasa, mija, ripostó Néstor. Tú como que estás hablando mucho con el Padre Pedro. Sí, lo he escuchado discutir con El Jefe Civil. Qué pasa con El Jefe Civil, preguntó el hermano; Ella dijo: como es socio de la Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde de Santa Clara y su hermano menor es dueño de la gallera Pluma Negra le dice al Padre que no se meta, que esto no es Roma y que aquí nadie va a prohibir las peleas de gallos. Ella se sorprendió al oír eso, recordaba, mientras hablaba con sus hermanos.

Todos en el pueblo sabían, pero nadie decía nada. En la Casa de Acción Social pasaban cosas, se vendía licor a quienes no se debía, también en la gallera pasaban cosas, las peleas no siempre eran limpias y solo Don Salvador o El Viejo reclamaban a veces, pero El Jefe Civil se encargaba de tranquilizarlos. El Jefe Civil amenazaba hasta al Padre Pedro y le repetía eso: Padre, recuerde que esto no es Roma. Yo pensaba sobre lo que quería decir con eso El Jefe Civil, también me preguntaba que por qué El Jefe Civil le faltaba el respeto al Padre Pedro, que era un señor bueno. Ella también recordaba que los tres se habían reído y que era por el tema de las espuelas por lo que habían estado hablando así todo ese rato.

Capítulo VIII

Alcides terminó de limpiar la jaula y se asomó al patio, miró el cielo y dijo: va a llover duro. Las guacharacas se alborotaron, las gallinas comenzaron un cacareo constante, aturdidor y los pericos pasaron en grupos gruesos y apurados a esconderse en los copos de los árboles. Vio a las gallinas que se acomodaron en lo alto de los palos y los bancos del gallinero, Ella no tuvo duda de que Alcides tenía razón y enseguida se desprendió el palo de agua cual diluvio universal. No se asustó mucho porque así llovía siempre en esos pueblos; pero cuando vio troncos de árboles en sentido al camino principal y no drenando al río, sí empezó a mortificarse. El río viene creciendo, dijo; pero mucho de verdad, agregó.

El tiempo que tardaron las gallinas en acomodarse fue el mismo que tardó el agua en llegarles a la cintura y que la carama se amontonara por todas partes. Ese montón de ramas que llegó violentamente los sorprendió y parecía increíble que la corriente, con tan solo ese tiempo de lluvia que pareció breve, se hubiese hecho tan fuerte. Con la velocidad del rayo montaron en lo alto cualquier perol que pudieron y los baúles con ropa; encima de la alacena, los pocos víveres que almacenaban; cuando volvieron para intentar salir al patio, ya todo era barrial y agua estancada a medio metro de altura. Espero que no le haya pasado nada peor a nadie, pensó Ella. A las dos horas pasó El Jefe Civil montado en un camión, preguntando

si todo estaba bien por allí. Y El Marañón está bien. Sí, señor, El Marañón está bien, respondió Néstor. De Los Pobres se sabe algo, preguntó Ella. Igual que aquí, el agua no diferencia a la hora de inundar casas y el barro no discrimina a la hora de enterrar tristezas. Seguro volvemos a pasar más tarde para traerles agua limpia y cobijas, agregó El Jefe Civil, recordaba Ella.

Hasta el solar de la casa de El Viejo sí pudo entrar El Jefe Civil en el camión. Buenas tardes, como está todo por aquí, preguntó. Menos mal que estás más alto y lo tuyo es puro barrial. El agua subió como medio metro, le dijo El Viejo a El Jefe Civil; pero el resto es puro barro. Para la media hora que llovió, el desastre es increíble, gracias a Dios no hay muertos; pero más de veinte casas se las llevó el río y además la escuela está afectada también. Y la gente del camino del río, cómo quedó, preguntó El Viejo. Inundados de carama y barro, dijo El Jefe Civil, soltando una risotada. Ah, caramba, qué broma tan fuerte es la naturaleza. Se cuenta y no se cree, dijo El Viejo. Esa gente ahora sin casas, por lo menos veinte familias. Decía El Viejo. Sí señor, le confirmaba El Jefe Civil. Y la escuela afectada también, añadió. Y los de El Pilón, en el camino del río tapizados de carama y barro, dijo El Viejo. Así mismito, le decía El Jefe Civil. En esa conversación estaban cuando Eduardo gritó llamando al papá: Viejo, venga rápido, venga rápido. El Jefe Civil se bajó de un salto del camión y le dijo a El Viejo como si él no hubiera escuchado, Eduardo te está llamando. Sí, respondió El Viejo, mejor vamos. Sí, vamos. Juntos apuraron el paso hacia el lado del patio que estaba siempre sombreado por el caro que cubría esa parte y entraron a la cuadra desde donde venían los gritos. La cuadra de El Viejo era parecida a la de Papito, pero con diez jaulas nada más, tres estaban llenas, en ellas se veía un canagüey, un cenizo claro y un pollo pinto. Cuando volteó hacia la pared del fondo a la otra hilera de jaulas, El Viejo vio a Eduardo petrificado. Y El Zambo, preguntó El Viejo, Eduardo,

qué hiciste con El Zambo. El Jefe Civil se llevó la mano izquierda a la cabeza para quitarse el sombrero y la mano derecha en la cintura la puso arriba del revólver. Qué pasó aquí, Eduardo, le preguntó El Jefe Civil. No sé, yo no sé. Entré y no vi al Gallo Zambo, por eso llamé a papá, porque el Gallo Zambo no está y antes de la crecida y que toda esa gente subiera hacia esta parte huyéndole a la carama, el gallo estaba allí, entré a la casa a guarecerme y ahora que volví, me encontré con esto. El Gallo Zambo no está en su jaula. Eduardo estaba ensimismado, con una sensación rara en el cuerpo que no sabía descifrar. El Viejo no atinaba a decir nada y El Jefe Civil repitió las palabras de Eduardo: el Gallo Zambo no está.

Temporada de Gallos II

Capítulo I

Parado frente a la jaula vacía, Eduardo se preguntaba quién podría haberle robado el gallo.

La gente se arremolinó junto a la plaza para ver entrar los camiones de militares y policías que, llegados de otros pueblos y la ciudad, venían con la misión de ayudar y evitar más problemas de los ya causados por la inundación.

Los primeros en anotarse fueron los que perdieron las casas; según la lista ya no eran veinte familias, sino algunas más; la lista llegaba a treinta, es lo que recuerdo. Es que en mi casa vivía arrimada mi hija con su marido, decía una doña. Es que el sinvergüenza de Gilberto se metió con una mujer en la casa, a esa le puso dos muchachos, agregaba otro señor.

El Jefe Civil intentaba hacer entender al Teniente que eso era normal en los pueblos. Mire, Teniente, no se extrañe, se cayó más de una casa montonera, por acá es costumbre eso de vivir arrimado donde los padres de uno. No ve que no hay mucho trabajo, no es fácil poder independizarse, explicaba.

Los militares resguardaron toda el área desde el costo del Orinoco hasta la plaza central y la iglesia. El censo se hizo completo, para que por lo menos tuvieran una bolsa de comida y un garrafón de agua los días que tardaran en limpiar. Los muchachos curiosos estaban felices de ver esos camiones y a otra gente, corrían de un lado a otro atravesándose, importunando a quienes intentaban recolectar escombros; pero pronto

salieron corriendo al ver que el Doctor Andrés apareció con un grupo de muchachas vestidas de blanco y una crucecita roja en un lado del pecho; decía en voz alta que se iba a ordenar la cola para vacunar a todos y evitar que fueran a aparecer infecciones. Al ver el montón de inyectadoras desaparecieron todos los guarichos; también informó el Doctor que si alguien quería ser voluntaria y ayudar en los primeros auxilios se acercara y lo dijera. Se esperaba que hasta el propio Gobernador viniera a supervisar los trabajos de limpieza y recolección de escombros; pero como no hubo muertos, delegaron en El Jefe Civil y el Teniente la entrega de las bolsas de comida, el agua y las frazadas que se trajeron para que se sintiera el apoyo del Gobierno.

Eduardo salió corriendo hacia el camino y a El Viejo no le dio tiempo de pararlo.

Cuando llegó a El Pilón, se impresionó por la cantidad de troncos de todos los tamaños que estaban frente a la entrada del caserío; prácticamente cerraban los accesos a muchas de las viviendas. Vio a Néstor y a Alcides con un hacha y un machete tres canales cortando troncos, para tratar de despejar un poco el ingreso a su hogar. Los apamates y araguaneyes parecían los más fáciles para empezar a rolear; pero se notaba que los samanes iban a ser más difíciles de cortar. Epa, muchachos, cómo los trató el agua, les preguntó Eduardo con la cara seria. Pues tú como que te volviste ciego, le respondió Néstor. No estás viendo que de casualidad estamos vivos. Si no hubiera sido por la cerca de rolos de acacia que Papito le había hecho a la parcela, seguro esa carama nos hubiera tapiado a los tres. Se ve feo, sí, se ve feo; estarían los tres tapiados, repitió Eduardo. Cómo está Ella, preguntó. Bien, le dijo Néstor. Será una imprudencia que pase a saludar, preguntó Eduardo. Claro que es una imprudencia, Eduardo, tú como que te volviste loco, además tienes cara de molesto, pasó algo, le preguntó Néstor. Es más bien cara de preocupación por todo esto que pasó, Néstor, le dijo Eduardo.

Por eso vine, ha sido una tragedia, por eso quise saludar. Ajá, pasa, pues, por este ladito, cuidado y te das un trancazo con un palo de esos, mucho cuidado con una herida, le decía Néstor a Eduardo, quien no esperó a oír todas las palabras y pasó derecho hacia el patio donde ya estaba Ella parada escuchando, con una taza de café. Eduardo la miró y le dijo: hola, después preguntó si estaba bien, sin parar la marcha y siguió derecho hacia la cuadra de los gallos. Épale, paisano, y usted para dónde va, qué hace asomándose allí, preguntó Néstor a Eduardo. Usted como que anda de espía, amigo Eduardo. Ella, al notar que subía el tono en la voz de Néstor y que empezó a dar pasos hacia la puerta de la cuadra donde estaba parado Eduardo, se atravesó entre los dos. Néstor la apartó y gritó: mira, muérgano, dime qué es lo que estás espiando. Eduardo tardó un poco, se pasó la mano por los ojos y se volvió aún con lágrimas que se le notaban. Disculpa, Néstor, es que se robaron a El Zambo.

Ahora sí estoy molesto de verdad, dijo Néstor, quiere decir que usted no vino para saber de nosotros, usted vino fue a ver si yo le había robado el gallo. Usted vino a decirnos ladrones, no, Eduardo.

Ella volvió a atravesarse en el camino de su hermano y lo tomó del brazo. Me disculpo si te hice sentir eso, yo tenía la esperanza de que el gallo se hubiera escapado y que hubiera volado para estos lados, dijo Eduardo, tratando de calmar a Néstor.

Néstor, por favor, no ves que Eduardo está llorando, dijo Ella. Seguramente lo que pasó fue que alguien se lo llevó; pero no fuimos nosotros. Néstor, Alcides o yo seríamos incapaces de hacerle eso. Mis hermanos se están preparando, porque quieren enfrentar a su gallo en Santa Clara. Créame, Eduardo, aquí usted no tiene enemigos, adversarios sí, pero ninguno de nosotros quiere hacerle daño a usted, a su papá o a su gallo, entendió. Ella le había hablado como una persona mayor y Eduardo se notó más calmado. Le quedó claro que Néstor no fue quien

le robó el gallo. Estaba avergonzado por haberlo pensado siquiera. Ella lo explicó bien, son rivales, adversarios; pero no sus enemigos. Sus hermanos quieren enfrentar a su gallo en Santa Clara; pero no desean hacerle daño, aunque esa parte no es entendible porque si enfrentan a su gallo, lo más seguro es que El Marañón intente hacerle daño a El Zambo, aunque seguramente lo que quería decir Ella era que sus hermanos no deseaban robar su gallo, sino enfrentarlo. Eso pensó él. Gracias y buenas tardes, espero que sigan bien, dijo Eduardo, y aprovechó la llegada de una máquina con los militares para retirar la carama, se apuró para irse con su vergüenza. Por ahí nos vemos, Néstor. Por ahí nos vemos, Eduardo. Habían quedado un rato mirándose fijamente a los ojos, sí, así fue; lo recordaba bien Eduardo.

Capítulo II

El Viejo le dijo: la vergüenza es molesta, hay forma de evitarla muchas veces si uno piensa y se detiene un rato a aclarar la mente. No escuchaste cuando traté de detenerte. Ni a mí, dijo El Jefe Civil, quien salía una vez más de la cuadra. Los de El Pilón, quienes seguro pensaste que habían sido, no pudieron ser, Eduardo, ya que estaban encerrados por la carama cuando pasé por allí y solo logré arrimar un par de troncos para que pudieran salir y empezar a rolear. Estaban encerrados, Eduardo, no pudieron ser ellos. No pudieron ser ellos, se decía Eduardo. Lo que queda es pensar que alguno de los que subieron huyendo de la carama, como no habíamos cerrado el portón, seguro pasaron al solar y entraron a la cuadra. Se me ocurre eso, Jefe, dijo Eduardo. El Jefe Civil pensó que no era descabellado, algún curioso mientras huía de la crecida, como si pudiera uno huir de las tragedias cuando lo incluyen; alguien mientras se alejaba de la carama entró al solar porque el portón no estaba cerrado y se encontró con la cuadra para no mojarse y vio los gallos, vio a El Zambo y se lo llevó. No es descabellado, decía El Jefe Civil.

Néstor dijo al Teniente que tuviera cuidado; pero mientras la máquina daba palazos para poder apartar los troncos que trajo el río, pedazos de corteza saltaron y una astilla entró en el ojo del militar. No se estruje, Teniente, le dijo Néstor, no se estruje, ya busco agua. Néstor iba hacia la casa cuando ya venía

Ella con una ponchera de agua y un pedazo de tela. Caramba, muchacha, como que me leíste el pensamiento, dijo Néstor. Nada de eso, dijo Ella, vi el accidente. Déjame ver si ayudo al militar. Teniente, le dijo Néstor. Teniente, repitió Ella. Buenas tardes, señor Teniente, me permite. Ella limpió primero la mitad de la cara con el trapo húmedo, luego le dijo que cerrara el ojo y le dejó caer varias gotas de agua en el párpado superior, le pidió que abriera el ojo, allí el agua entró, y cuando el Teniente parpadeó, vio cómo un pedacito de corteza salía. Cierre el ojo de nuevo, volvió a dejarle caer gotas y el Teniente dijo sentir alivio. Así mi papá le colocaba gotas en los ojos a los gallos y siempre los curaba. Sí, así Papito curaba los ojos de los gallos, pensó Ella. El militar le dijo que debería estar de voluntaria con El Jefe Civil en la plaza, porque trabajaba mejor que las enfermeras que estaban allá. Debería estar en la plaza, se repetía Ella en voz baja, así podría pasar para saber cómo ha seguido Eduardo, así podría preguntar qué ha pasado con el gallo. Néstor, escuchaste lo que dijo el señor Teniente, ya le sané el ojo, qué le parece. Creo que esta agua es bendita, bueno, agua bendita. Así decía Ella para sus adentros. Muy bien, gracias a Dios le curaste, le respondió Néstor.

El Viejo la vio y la saludó respetuosamente. Ella con timidez respondió el saludo y preguntó: encontraron al animalito, señor. Nada de eso, hasta ahora se ha convertido en un misterio. Eduardo me contó que estuvo por allá, dile a los muchachos que no pensamos ofenderlos. La verdad es que Eduardo salió de la casa como alma que lleva el diablo y nunca logramos detenerlo ni El Jefe Civil, ni yo. Eso le dijo El Viejo. Entiendo, dijo Ella, entiendo. Si se hubiera esperado un momento más hubiéramos podido detenerlo y quizás habría podido escuchar de la boca de El Jefe Civil que ustedes estaban encerrados por la carama. Estábamos encerrados por la carama, sí. Así fue, dijo Ella. Imposible que alguno pudiera llevarse el gallo, Eduardo

hubiese podido entender eso. Él hubiera entendido que Néstor no pudo llevarse el gallo.

Todos sabían que Néstor quería pelear contra su gallo, enfrentarlo, pero no robarlo. Además, fue un susto grande y tuvimos que montar con apuro todas las cosas en lo más alto, la comida, los peroles, la ropa, para que el agua no las dañara. La corriente fue fuerte y llegó rápido con ese montón de palos que se atascó en el cerco de la casa, nos asustamos mucho; pero esa carama se quedó atascada en la cerca y no nos alcanzó, estábamos allí encerrados, no pudimos ser nosotros. Sí, así fue, pensó Ella. Mirando a El Viejo dio gracias, dijo hasta luego y siguió hacia la plaza.

Capítulo III

El Doctor Andrés no la había visto más desde que debió ir a atender la emergencia de Papito, y solo con mirarlo certificó que ya estaba muerto.

Le preguntó si seguía en el liceo, a lo que Ella respondió que sí. Entonces ya has visto clases generales de biología y el cuerpo humano, preguntó él. Sí, Doctor, respondió Ella y luego le explicó, El Jefe Civil me dijo que viniera directo hasta aquí, dijo Ella; y el Doctor Andrés le dijo que estaba bien.

Ella, con el grupo de las monjas en la parroquia y el Padre Pedro, había aprendido las nociones de primeros auxilios; así que no le costó mucho adaptarse a las prácticas que el Doctor Andrés les daba a las auxiliares de enfermería y rápidamente aprendió a tomar la temperatura, el pulso a un paciente en varias zonas del cuerpo, pero sobre todo en la zona de la carótida, el pliegue del codo y en la muñeca. Más que suficiente para una aprendiz, le decía el Doctor. También aprendió a inyectar en el brazo y en la nalga. Ella se sentía conforme, se quedó formalmente como voluntaria. Más tarde, mientras comenzaba las prácticas, estaba aprendiendo a hacer curas; Andrés la llamó para que atendiera a un muchacho, por cierto, vecino de Eduardo, que traía una herida en el dorso de la mano y otra en un tobillo. Ella le saludó y le preguntó: hola, niño, dónde te hiciste eso. Pálido y sudoroso, el niño la miró, pero no dijo nada.

Pedrito tendría para entonces alrededor de doce años y siempre andaba curioseando en los patios de los vecinos. El solar de su casa limitaba por uno de los laterales con el patio de la casa de Eduardo y por allí se asomaba de manera constante para que Eduardo le devolviera la pelota, que podía caer hacia allá mientras jugaban; pero ese no era el único patio que espiaba, lo hacía con todos a los que pudiera asomarse. Una vez escuchó cuando Don Salvador trató de comprar el gallo a El Viejo, hasta vio de reojo la pelea de El Zambo ese día. También espiando en el solar de Néstor, escuchó en una ocasión a El Gringo ofreciendo ayuda con el gallo Marañón. Recuerda que al salir El Gringo lo persiguió y le preguntó: epa, Míster, usted compra gallos. Sí, le respondió El Gringo, por qué, tienes uno, le pregunto; él respondió dubitativo: puede ser, sí, puede ser.

Lo mejor será ponerle la antitetánica a ese niño cuanto antes, ordenó el Doctor Andrés. Ella escuchó con atención y dijo que lo haría inmediatamente. Sí, por las heridas debo ponerle la vacuna contra el tétanos, debo vacunarlo, se repetía Ella. La vacuna contra el tétanos me va a doler, le preguntó Pedrito. No, eso no duele nada, dijo el Doctor Andrés. No va a doler nada esa vacuna, Pedrito, le repetía Ella. Cómo fue que te hiciste esa herida en la mano y esa otra en la parte de atrás de la pierna, no llegan al tobillo, son como huequitos, Doctor, describía Ella. Sería algún pedazo de madera con clavos, qué sería. Seguía preguntándose Ella. El muchacho no hablaba y seguía ensimismado.

La Señora Celsa llegó apurada y el Doctor Andrés le señaló hacia adentro de la Medicatura rural. La detuvo un momento para hablarle, es la mamá del muchacho, preguntó el Doctor a la Señora Celsa. Sí, soy la mamá de varios, respondió la señora. Ajá, pero de uno como de once años será. De doce años, Doctor; ajá, un muchacho de doce años. Bueno, si es la mamá

de ese muchacho; él está allá adentro. Él está allá adentro, se repitió Celsa y dijo gracias.

Entró a la Medicatura y en una de las áreas vio a Pedrito sentado, Ella estaba allí limpiando los restos de sangre de las heridas. Muy buenas, no sabía que eras enfermera. Mamá, volteó Pedrito al escuchar la voz de la Señora Celsa. No, no soy enfermera, estoy como voluntaria aprendiz de primeros auxilios en este puesto de socorro. Mamá, intentó decirle Pedrito. Ni hables, no te atrevas. Cuántas veces te dije yo que no te metieras en los solares ajenos, cuántas veces te dije yo que dejaras de estar curioseando, cuántas veces te dije que dejaras de estar viendo a esos animales; y le dio con la palma de la mano en la cabeza. Mira que buscarse este problema en plena crecida del río, yo busca que te busca por todas partes, yo asustada cuando vi ese crecido, yo asustada cuando vi que me faltaba un muchacho y esa crecida y esa carama, me faltaba un muchacho. Eso repetía la Señora Celsa, Pedrito sollozaba bajito y de repente negaba con la cabeza. Cómo se te ocurrió meterte en solares ajenos en plena lluvia, en plena crecida. Eso estaba diciendo la Señora Celsa cuando de pronto, Ella la interrumpió para preguntar que a qué solar y a qué animales se refería.

La Señora Celsa no se había dado cuenta mientras hablaba de que no todos en el pueblo sabían de eso. Era cierto, decía la Señora Celsa. No todos sabían por aquí que Pedrito se escapaba, que Pedrito miraba los patios ajenos, que Pedrito andaba fisgoneando. Con razón Ella me preguntaba y, claro, tenía razón en preguntar, porque en el pueblo no todo el mundo sabía que Pedrito se escapaba y andaba de mirón en los solares.

Capítulo IV

El Teniente había terminado de dar las órdenes a sus hombres y al maquinista para que retiraran el camión y se llevaran de una vez todos esos escombros. Felicitó a los hombres por lo rápido y bien que habían hecho las labores. Se acercó hasta la cuadra al final del patio, vio a El Marañón y dijo: qué bonito ese gallo, muchacho. Sí, es un gallo muy bonito, lástima que sea de El Gringo; bueno, también es nuestro en alquiler, pensaba Néstor. Ahora que todo estaba limpio de nuevo era importante volver a empezar con los cuidados y el entrenamiento. Martincito, hay que darle la comida al gallo, decía Néstor; sí, claro, respondía Martincito. En la mañana preferiblemente maíz picado, sí, maíz amarillo picado, debe ser por eso que en la bodega al maíz para alimentar a los gallos le dicen pico. Néstor le decía: lo mejor en la mañana es darle el maíz, en la tarde ese mismo maíz mezclado con plátano maduro y alguna verdura, por ejemplo. Sí, decía Martincito. No comen tres veces, Teniente, comen dos veces, Teniente. Decía Martincito. Lo mejor es no engordarlos, lo mejor es que se mantengan normales y en el peso. Eso decía Néstor, y Martincito decía que eso era verdad. El Teniente se subió al vehículo y dijo: hasta luego, espero estar por aquí cuando vayan a pelearlo. Por ahí nos vemos, Teniente. Seguro, Néstor. Mientras el militar se alejaba, Néstor pensó en lo que había venido a decirle Eduardo y se preguntó si ya sabrían algo,

si ya tendrían noticias del gallo. El Viejo vio llegar a El Gringo con El Jefe Civil de nuevo.

Espero que traigan noticias, pensó. Eduardo, ven para acá, y paró al muchacho a su lado. Muy buenas, dijo El Gringo, y lo mismo dijo El Jefe Civil. Debiste haber vendido el gallo a Don Salvador, tendrías algo de plata y no estarías pasando por todo este lío, Viejo; eso decía El Gringo. Seguro que no has comprado hoy un Gallo Zambo, Gringo, vienes a decirme eso, no; preguntó El Viejo. No es verdad que me creas tan mala gente, Viejo, o sí. Preguntó El Gringo. Yo creo que sí lo piensa, se dijo Eduardo para sus adentros, pero sin meterse en la conversación de los mayores. Tenemos unos indicios, Viejo, dijo El Jefe Civil; pero no es cosa fácil porque por aquí pasó mucha gente y uno nunca sabe. Eso decía El Jefe Civil. Aunque era raro porque todo el mundo lo que quería era ver pelear al gallo. Sí, todo el mundo quería ver pelear al gallo. Eso es verdad, decía El Viejo. Eduardo pensaba que las palabras de El Jefe Civil y ese Gringo no eran sinceras o por lo menos no sonaban sinceras. Vinieron a ver qué sabíamos; pero no eran sinceros, porque seguro no habían investigado nada. No sonaban sinceros, no creía que hubieran investigado nada. Eso pensaba Eduardo.

El Gringo intentaba decirle a El Viejo que ya se acercaba el desafío y que lo mejor era que tuviera un buen gallo para presentarse en Santa Clara. Claro que nos vamos a presentar en el desafío. Eso decía El Viejo. Eduardo pensaba, y con cuál gallo, porque hasta entonces no tenían un gallo tan bueno, va a ser un problema si no aparece El Zambo. Además, Néstor va a estar feliz de no tener un rival de calidad para El Marañón. Eso pensaba Eduardo. Tenemos un buen Gallo Pinto que creo puede ganarle a El Marañón y así no pasaremos por la vergüenza de perder con la gente de El Pilón, que andaba hablando mucho; tal como decía El Gringo a El Viejo, El Jefe Civil sonreía y decía que era verdad que andan hablando. Eduardo sentía que le

hervía la sangre; además pensaba que no había servido de nada disculparse con esa gente de El Pilón.

El Jefe Civil pensó que debía alertar al abogado rápido. Esta situación puede desesperar a El Viejo; podremos prestarle un gallo para que vaya al desafío, o incluso pedirle que venda la parcela. Seguro que Margarito va a encontrar la forma rápida de asustar más a El Viejo, que está esperanzado con ese Zambo.

El abogado Margarito era el encargado de hacer los trabajos sucios con el apoyo de El Jefe Civil, recibiendo siempre buenos pagos de El Gringo.

Esa forma de hablar de El Gringo, esa forma de fastidiar los ánimos, esa manera de perturbar a la gente era descarada. Eduardo se daba cuenta y le halaba el pantalón a El Viejo para que no se molestara; pero era difícil, El Gringo era un profesional en eso de meter chismes, de molestar las almas, de caldear los ánimos. Después, con la tragedia y aquella pelea, Eduardo entendería bien, así lo recordaría, que esa forma de enredar de El Gringo no era nada casual.

Capítulo V

Pedrito había salido temprano al río, intentaba pescar algo con un anzuelo y un nailon amarrado a un palo, que hizo deshojando una rama de apamate. Estaba parado sobre una piedra enorme negra que parecía el caparazón de una tortuga y que además se convertía en una loma que permitía mirar desde lo alto el río los bongos que pasan por allí. Esa zona de raudales en el costo Orinoco servía como lugar de esparcimiento y diversión para los moradores de la zona, y en ocasiones como sitio de encuentro para amores furtivos que se escondían en las playas de arena que se formaban a la orilla, o entre varias de esas piedras. Él notó cómo se fueron acumulando nubes enormes y grises hacia la parte más lejana del río; pensó que tenía que avisar a la mamá, que hacia la cabecera del río parecía estar lloviendo muy duro. Así pasó un rato cuando, aburrido por no pescar nada, decidió irse; tuvo que correr rápido porque ya la lluvia estaba cerca. En el momento en que pasó por El Pilón y empezó a subir la cuesta hacia Los Pobres, Pedrito oyó claramente el ruido de la corriente y la carama que golpeaba cercas, casas y animales. Intentando cortar camino, entró en pleno diluvio al solar de la casa de El Viejo, que tenía el portón abierto, pensando saltar por la pared lateral y caer en el patio de su casa. Eso recordaba ahora claramente Pedrito, quien además se acordó de que se desvió un metro y entró rápido a la cuadra de los gallos de El Viejo.

Me refería sobre todo al solar de Eduardo. Decía la Señora Celsa. No había mañana o tarde que saliera El Viejo que Pedrito no aprovechara para saltar la pared y husmear en la cuadra de los gallos. Más de una vez faltó a la escuela, cuando yo lo encontraba estaba como un loco asomado por las rendijas de la cerca viendo carear los gallos o cualquier otra de las cosas que hacen para entrenarlos. Eso contaba la Señora Celsa. Yo varias veces lo castigué para que dejara esa necedad; pero usted sabe que a veces los muchachos son más tercos que una mula. Se lo digo a usted, aunque es jovencita; porque yo sé que es hacendosa y entiende bien. Yo sabía que se iba a meter en problemas. Eso decía la Señora Celsa. Ella pensaba que la Señora Celsa tenía razón, que todo lo que trataba de decirle a Pedrito era cierto, se metería en problemas si seguía haciendo eso y por lo que parecía ya estaba en problemas. Entonces tú sacaste el gallo de la jaula, tú te lo llevaste, Pedrito. Ella le preguntó. Yo solo lo quería salvar porque el agua estaba subiendo. Respondió el muchacho asustado.

Pedrito estaba escuchando lo que la Señora Celsa hablaba con Ella; pero no pudo evitar mirarla a los ojos y darse cuenta de que eran los mismos de la muchacha que se encontraba a veces en el río con Eduardo. Es la novia de Eduardo, pensó. Recordó cómo en esas tardes ya a punto de caer la noche permanecían allí por una o dos horas, llegaba cada uno por su lado. Él se encaramaba en una de las enormes piedras de los raudales y se mantenía vigilante, mientras Ella llegaba por otro lado, e iba directo a refugiarse entre las piedras, en una de esas pequeñas playas de arena que se formaban en la zona pedregosa baja de los raudales del río; cuando esa región estaba en pleno verano. Pedrito miraba hipnotizado, la forma como Ella se iba desvistiendo para ocultar su desnudez en el agua. Qué suerte tiene Eduardo con esa novia, pensaba Pedrito. Y estaba seguro de que era esta misma muchacha. Ella le preguntó a Pedrito

que si le dolían las heridas, él respondió: no me duelen mis heridas. Ella le preguntó si le molestaban las curas, él respondió que no le molestaban las curas. La Señora Celsa dijo: vámonos, muchacho sinvergüenza. Pedrito se levantó y dijo: está bien, mamá. La Señora Celsa dijo: muchas gracias, Ella dijo: estamos a la orden. Pedrito dijo: yo entré a la cuadra de los gallos de Eduardo, quiero que lo sepa. Ella lo miró fijamente, como esperando otra información sobre el gallo. Él la siguió mirando y le dijo: yo la he visto en el río, en los raudales. Y Ella lo veía y no decía nada. No decía nada, se hizo un silencio enorme, del tamaño del río. Ella pensó en cómo había sido tan confiada y si de verdad la habría visto ese muchacho; por lo que decía parecía ser verdad. Y Ella en ese río, Ella en esa tarde. Pensaba que seguro el muérgano la había visto desvestirse. Santo Dios, Ella se persignó.

Capítulo VI

Eduardo vio que venía de lo alto, bajando hacia las casitas de Los Pobres, Ella venía con paso presuroso, él la vio, una alegría inexplicable se apoderó de su pecho y pensó: debe traer noticias de El Zambo. Eso fue lo que él pensó, con una sensación de felicidad en todo el cuerpo, como cuando uno presiente una cosa buena. Ella se paró frente a la casa y él le dijo: si quiere dé la vuelta hacia el solar y hablamos, le parece. Ella escuchó cuando Eduardo le decía que pasara hacia el solar y así lo hizo. Ella inmediatamente le dijo a Eduardo: préstame atención. Tienes mi atención, le dijo Eduardo. Sabe que nos vieron, eso me fastidió el ánimo. Nos vieron. Usted sabía que tenía un vecino curioso. Eduardo le dijo: déjese de inventos que por aquí no hay brujos, curanderos ni botánicos, recuerda Eduardo haberle dicho. No, Eduardo, no de esos curiosos, es de los otros curiosos. Le estoy diciendo que usted tiene un vecino curioso, de los otros, los fisgones, mirones; además lo sigue a usted por todos lados y me ha mirado a mí. Lo percibí en los ojos de ese muchacho Pedrito; callado, no me quitaba los ojos de encima mientras lo atendía en la Medicatura, y aunque es un niño aún anda por los doce, me parece, me vio con esa mirada que no es de niño; Eduardo, usted me entiende. Dijo que nos ha visto. Entiende lo que le digo, Eduardo. Sí, entiendo, le dijo, y sí sé lo que me quiere advertir con eso. Vaya tranquila, quédese tranquila y vamos a poner reparo a eso. Vamos a ser más cautos. Antes de irme le

voy a decir otra cosa; pero quise decirle esto primero para que no vaya a tomar represalias, para que ese mocoso no vaya a soltar la lengua. Júreme que no va a explotar, Eduardo. Se lo juro, le dijo; pero dígame, pues. Yo preferí decirle que él nos ha visto para que usted no vaya a molestarse más de la cuenta. Le dije que es chismoso, bueno, él anda pendiente de usted y de su gallo y también dijo que durante el crecido él entró al solar y miró la cuadra de sus gallos. Él entró en la cuadra. Eduardo movía la cabeza de un lado a otro, movía las manos como sacudiendo el agua después de lavárselas para secarlas. Eduardo dijo: ajá, Pedrito entró a la cuadra.

El Viejo escuchó lo que le dijo Eduardo, le preguntó a El Jefe Civil si creía que ese muchacho tenía su gallo. Todas las investigaciones que hemos adelantado nos indican que ese muchacho se robó y escondió el gallo, Viejo, eso es seguro. Vamos a ver qué nos dice. Eduardo gritó, no, por favor, esperen un momento, yo hablo con él. Qué pasó, Eduardo. El Jefe Civil dice que Pedrito se llevó el gallo y lo tiene escondido, dijo El Viejo. Papá, deje que yo hable con él primero, él es vecino y nos veíamos en la escuela, yo dejo que agarre confianza y seguro si siente que no lo vamos a envainar, entonces nos dice algo. Eso les decía Eduardo. Bueno, yo creo que es una buena idea si logras que hable, dijo El Jefe Civil, a quien no le molestaba para nada que le hicieran el trabajo. Eduardo saltó hacia el solar de la casa de la Señora Celsa y llamó en voz alta a Pedrito. Dónde andas por allí, Pedrito. Preguntó a manera de saludo Eduardo.

Pedrito apareció con la Señora Celsa, quien respondió y reprendió a Eduardo: pero bueno, muchacho, qué modales son esos, qué forma de entrar a una casa es esa. Disculpe, Doña Celsa, pero es la misma forma en que Pedrito visita mi patio, no es así, Pedrito, preguntó Eduardo en voz altanera. Mira, no te alteres, no te alteres, como le dije a Ella yo estaba asustado por el agua, creía que esos gallos se iban a ahogar. No te vi en el

solar y el agua venía subiendo. Por qué no me llamó. Preguntó Eduardo. No te molestes, entré a la cuadra y solo me dio tiempo de abrir la jaula de El Zambo, porque Sultán comenzó a ladrar y me mordió aquí abajo. Te fijas, aquí donde me curó Ella. Salí corriendo con el gallo. No te molestes, no te molestes. Cuando salté de tu patio para este, el gallo me picó y tiro en la mano, fíjese que aquí también me curaron. Y allí fue que se me soltó y salió volando hacia esas matas, yo creo que pasó para ese lado del estanque. Eso decía Pedrito, quien notaba la mirada de rabia de Eduardo. Tú tienes que estar loco, muchacho, no lo buscaste, preguntó Eduardo. Me escondí un tiempo y después fui directo a la Medicatura a que me viera el médico, me pusieron la antitetánica y me curó Ella, es la verdad, decía, me fui directo a la Medicatura para que me atendieran.

Esas palabras daban vueltas en el pensamiento de Eduardo. El perro me mordió, el gallo me picó, me dio con la espuela en la mano, eso fue suficiente para que Pedrito no buscara al gallo y se escondiera y después se fuera directo a la Medicatura a curarse, sí, a curarse. Eduardo pensaba eso y sentía rabia.

Capítulo VII

Apareció Dos Minutos, Alcides, decía Néstor a Alcides. Lo mejor no es eso; sino que fue Ella quien obtuvo todas las pistas para encontrarlo. Sabes que El Jefe Civil no tenía ni idea, tuvo que esperar a que nuestra hermana sacara la información, gracias a la Señora Celsa y a Pedrito. Le contaba Néstor a Alcides, quien lo escuchaba atentamente. Tampoco tenía idea de dónde estaba y estuvo diciendo a El Viejo que seguro Pedrito lo tenía escondido; pero eso tampoco era la verdad, Alcides. La verdad era que esa fiera picó y le dio con la espuela a Pedrito en la mano y además el perro de ellos lo mordió en la pierna, por eso fue que llegó a la Medicatura a que lo curaran. Sabías que Ella hasta lo vacunó contra el tétanos, Alcides. Sí, lo vacunó contra el tétanos, como enfermera auxiliar voluntaria. Imagínate, Alcides, ya es como una enfermera y hasta vacuna. En esa conversación estaban cuando apareció El Gringo. Cómo está la familia, Néstor. Todos bien, Míster, a qué debemos el honor. Sabes que apareció el gallo, no. Sí, sí, lo sé. Entonces el desafío vuelve a ponerse interesante. Un buen lugar es Santa Clara, buena fecha por las fiestas y buen premio. Vale la pena prestarle atención, ya sabes que los de Los Pobres solo se burlan de ustedes, diciendo que desde la muerte de Don Salvador esta cuadra ya no tiene buenos gallos, se burlan y eso lo hace sobre todo Eduardo. Se burlan y sobre todo Eduardo, que es quien quiere ganar ese premio junto a su Viejo, decía El Gringo. Se burlan, repitió Néstor, apretando los puños.

El Gringo no paraba de atizar el fuego, disfrutaba viendo cómo la rivalidad estaba viva y alimentada por una porción de rabia importante. El Jefe Civil le decía: debes tener cuidado, queremos que tengan motivos para que se marchen, no para que se maten. El desafío va a ser una gran oportunidad para que todos quieran apostar hasta lo que no tienen. Vamos a tener el dinero listo para los préstamos; pero esta vez solo contra sus parcelas, no contra las cosechas. Es importante que todo el mundo sepa que los préstamos para jugar en este desafío que dará El Gringo tienen que estar respaldados por los papeles de propiedad de la parcela, que incluya la bienhechuría. Es importante, ya sabes. Los de El Pilón ya nos deben El Marañón; así es, decía El Jefe Civil, eso es así y Margarito asentía con la cabeza, mirando a El Gringo.

Ella vio a El Gringo alejarse con El Jefe Civil y con Margarito y les dijo hasta luego. Disculpen que no les di café. El Gringo y El Jefe Civil la miraron, se vieron entre ellos. Hasta más luego, Néstor. Qué bueno que Martincito dice que es solo un aporreo de la espuela izquierda lo que tiene El Marañón. Mientras se alejaban, iban los tres preguntándose si la muchacha habría escuchado algo de lo que estaban hablando. Ellos querían hacer las cosas bien, que todos ganaran. Las petroleras, los empleados, los pobladores; pero a veces la gente no se dejaba ayudar. Eso decía El Jefe Civil. Es así, la gente a veces no se dejaba ayudar, se aferraba a esos pedazos de suelo y su reflejo allá en el cielo. Eso decía El Gringo. Son animales de costumbre, no hay dudas. Ella los miró como tres pequeños puntos en el horizonte y pensó que no eran personas leales, ni honestas. Seguramente iban tratando de entender por qué queremos nuestra tierra. No lo entiende El Gringo, ni su perro faldero, ni el mafioso abogado Margarito, quien ya tenía experiencia porque era él quien preparaba el papel del préstamo prácticamente sin intereses; dejaba claro que, por no pagar en tiempo perentorio, se podía

pasar a liquidación legal de la hipoteca. Con ese *modus operandi* y con el apoyo de El Gringo para arreglar las peleas, pasó que en muchos desafíos no solamente la gente perdía la plata en las apuestas, sino también los terrenos de sus parcelas.

Daba tristeza y nadie entendía; pero ese círculo vicioso se repetía desafío tras desafío y hacía a la gente ir donde El Gringo, quien siempre tenía la plata, buena o mala. Nadie decía nada, todos sabían que El Gringo la tenía, él la ponía, él la prestaba, el pobre siempre se endeudaba, para perder y luego quedar más pobre.

Capítulo VIII

El Viejo vio a Eduardo parado frente al estanque, escuchaba los ladridos de Sultán. Gracias a Dios y a José Gregorio Hernández, pensó. Allí estaban Pedrito y el perro con el gallo al lado, flotando sobre la tabla en el agua estancada. Le produjo desazón en el cuerpo y ganas de llorar. Entró al agua con cuidado y de reojo vio a una baba descansando, o más bien haciéndose la que descansaba; pero él, ya entrado en años, sabía que esos reptiles estaban allí solo esperando una mínima oportunidad para morder a sus víctimas y tragárselas. Esta no hubiera podido, Sultán lo hubiese evitado. Aunque si hubieran caído al agua, hubiera sido otra cosa. Estuviera hoy frente a una tragedia, sobre otra tragedia. Así pensaba El Viejo mientras entraba al agua estancada, el barro se movía bajo los pies, él iba sintiendo cómo se iba endureciendo. El agua en su cintura le decía que había cerca de un metro, o un metro diez de profundidad. La baba lo veía, de vez en cuando abría la bocota y mostraba los colmillos. Un animal como ese de medio metro no hubiera podido comerse a Dos Minutos y a Sultán, yo creo que no hubiera podido. Son distintos a los caimanes fornidos de las orillas del Orinoco, son enormes los que se esconden por los manglares, el que decía El Viejo que su papá había visto comerse a una res era enorme, como de tres metros de largo. Ese era el que llamaban El Patrullero, cree él. Ese era grande, sí, era otra cosa, era un caimán; no una baba pequeña como esta. Todo el mundo por esos lados contaba que

cuando llegaron al río, ya de la res no se veía sino el huesero y el caimán enorme estaba allí echado descansando con la barriga inflada por la presa adentro, las patas para arriba. Eso era un caimán enorme, nadie se acercó porque decían que era El Patrullero y ese caimán del Orinoco asustaba a todo el mundo. Hasta a los pescadores más duchos asustaba ese bicho; cuando el dueño del fundo y de la res, que era el padre de Don Gabino, se acercó y vio a todos los hombres y el huesero allí a la orilla del río, preguntó si alguien sabía lo que había pasado, uno de los hombres relató al Don la forma como El Patrullero había devorado a mordiscos aquella res; que casi ni luchó una vez que fue presa de las mandíbulas de El Patrullero. El Don, que no les creyó la historia, pero conocía a todos esos peones padres de familia, supo de inmediato que esa tarde no solamente el caimán dormiría con la barriga llena; sino que muchos hijos del pueblo también estarían contentos. Este reptil no era igual, esta era una baba y no hubiera podido comerse al gallo.

El Zambo estaba con frío y temblaba, él lo cargó pegado a su cuerpo con ternura. Empujó la tabla hacia la orilla con cuidado y Sultán veía a El Viejo y veía a Eduardo, casi les hablaba para darles las gracias. Ya no ladraba desesperado como antes, ahora ladraba de vez en cuando, era más bien como dando las gracias. Esto se cuenta y no se cree, pensaba Eduardo; mientras veía cómo el cuerpo de su papá volvía a tener abdomen y piernas ante sus ojos, cómo el gallo iba recuperando su color rojo en la cara y el cuello, y cómo Sultán movía la cola y parecía un perro feliz y agradecido.

La Señora Celsa estaba en el solar de El Viejo junto a su hijo Pedrito, que fue quien entró en ese patio y se puso de curioso a meterse en la cuadra de los gallos y se llevó a Dos Minutos. Eduardo los vio allí parados y veía a su papá con uno de sus tres pantalones llenos de barrial hasta la cintura y le provocaba arrancarle la cabeza al vecino. Recordó todas las veces que Ella

le pidió que no fuera a alterarse cuando le contara, se acordó de todas las veces que le dijo que mejor lo dejaba tranquilo, porque él sabía, él los había visto en el río y podía soltar la lengua. Mejor, sí, era mejor, pensaba para sus adentros Eduardo. Quiero que por favor me disculpen, nos disculpen, le decía la Señora Celsa a El Viejo; mi muchacho no lo hizo con mala intención, El Viejo la veía mientras seguía parado allí con el gallo pegado contra su pecho y temblando. Usted tiene hijos también, usted sabe que a veces los muchachos actúan de manera tonta, impulsiva, lo que hacen es meterse en problemas. Disculpe, señor, alcanzó a decir Pedrito. La Señora Celsa lo agarró por el hombro y le tapó la boca. Él dice que se asustó al ver subir el agua y por eso abrió la jaula y agarró a ese gallo; pero tuvo que salir corriendo porque lo mordió su perro y su gallo lo picoteó y lo espueleó. Eso decía la Señora Celsa. Lo peor que puede pasar es que vaya a intentar disculpar a ese muchacho, no vaya a decir ahora que tenemos que darle algo porque lo mordió el perro y lo picoteó el gallo, cuando eso le pasó robándose al animal, dijo El Viejo. Está bien así, ya usted dijo lo que quería y a usted la disculpamos; pero Pedrito queda pendiente, ya tendremos tiempo de hablar, ya habrá tiempo de hablar. Ahora, si me perdona, voy a lavar al gallo y lo voy a revisar bien. Eso era lo que estaba diciendo El Viejo cuando el loco de Pedrito dijo: puedo ver, por lo que de inmediato recibió un golpe duro en la nariz y se fue lloriqueando con su mamá, que volteaba mientras se iba y gritaba, eres malo, Eduardo, eres malo. Dios quiera y Pedrito no se enferme, Dios quiera, Eduardo. Eso decía la Señora Celsa mientras se alejaba y nosotros quedábamos en el solar de la casa.

El Viejo sentía náuseas y algo de mareo después de todo ese esfuerzo; pero sobre todo después del miedo que le entró en el cuerpo pensando que el gallo se hubiera perdido, y con él, la esperanza de ganar el desafío y tener ese respiro que le permitiera salir de esa polvareda y refugio de fantasmas, que era Los Pobres.

Eso había sido otro susto, pensó. En la cuadra pidió a Eduardo que sujetara bien el gallo mientras él iba revisándolo con cuidado. La cabeza descopetada se veía sana, roja, ya normal, sus ojos bien; aunque aprovechó para colocarle una gota para los ojos en cada uno para evitar que se le fueran a infectar con alguna pisca de agua sucia del estanque, que hubiera podido entrarle en sus ojos. Sí, era mejor ponerle una gota en cada ojo, se dijo El Viejo para sus adentros. El cuello está bien, aunque del lado izquierdo se nota una especie de escoriación que podía haber sido algún rayón de algún bejuco cuando se le soltó a Pedrito después de picotearlo. Al volar se pudo haber enredado antes de caer sobre la tabla en la que ya estaba Sultán flotando, sí, eso debe haber sido. Agarró la esponja, la llenó de ron blanco y se la fue pasando al gallo por todo el cuello, luego por el lomo entre las dos alas, después por encima de las plumas de cada ala y después le subía cada ala y le lavaba el cuerpo por debajo de cada una, para luego bajar hasta los muslos y cada pata del gallo. Todo está bien, se repetía El Viejo mientras trataba de que se le pasara el mareo oliendo un limón de vez en cuando. Se llenó la boca con ese aguardiente y se lo lanzó soplando en forma de rocío a la cara del gallo, por debajo de las alas y los muslos. Eso lo refresca, le decía a Eduardo. Ya ponlo en el suelo, le dijo al hijo. Vio la estampa del gallo recuperado mientras caminaba y picoteaba el suelo. Dale un poco del maíz con plátano maduro, Eduardo, que debe tener hambre, decía al hijo El Viejo. Pensó: sí, ese gallo debe tener hambre. Ya está bueno, mételo en la jaula. Así le decía El Viejo a Eduardo, quien inmediatamente se dispuso a cumplir la instrucción del papá. Tomó al gallo por los dos lados del cuerpo, lo llevó hasta la jaula y allí lo colocó; nuevamente estaba él mirando la estampa del gallo, que se veía muy bonito y recuperado. Esta pelea la ganaste tú otra vez, Dos Minutos. Esta pelea la ganaste y estás aquí vivo, en tu jaula. Eso pensaba Eduardo mientras miraba al gallo dentro de su jaula, como la primera vez.

Temporada de Gallos III

Capítulo I

Tiempo después, mirando el ataúd de uno de sus hermanos, Eduardo recordaría esa tarde.

Por alguna razón oscureció más temprano que de costumbre, y la alegría que por ratos se mantuvo fue desapareciendo. El cielo volvió a cargarse de nubes que pusieron más gris la tarde y empezó una garúa que no paraba. Mojapendejos, dijo Eduardo, quien vio a los gallos encaramarse en sus palos como si ya se fueran a dormir. Y a estos qué les pasó, se preguntó. Con la llovizna se iba instalando una brisa suave que poco a poco enfriaba el ambiente y que hizo que Sultán ladrara un par de veces como lamentándose y se fuera hacia un rincón de la cuadra de los gallos, orinara la pared al entrar, diera dos vueltas sobre su propio cuerpo y se echara mirando hacia la casa. Estos animales están raros, se dijo Eduardo; es hora de hacer un café. Entró a la casa, tomó la manga que le servía para prepararlo y agarró un puño de granos tostados que convirtió en polvo poco a poco en el molino. Lo vertió en la manga, allí lo tuvo hasta que el agua hirvió, la colocó desde la palangana y empezó a disfrutar el olor del café. A esta hora no conviene hacerlo doble, es para saborearlo; este café de la tarde no es para uno despertarse, por eso no se hace cerrero como el de la madrugada. Eso pensaba Eduardo, quien de repente sintió clarita la voz del papá llamándolo, y cuando volteó, solo vio una sombra atravesando del cuarto hacia la sala, como buscando salir de la casa.

El café, aunque un poquito más tinto de lo que quería, olía muy bien, y con un poco de papelón sabía mejor de lo esperado. Eduardo sirvió dos tazas, comenzó a probar el suyo y dejó reposar el otro en el pocillo de El Viejo, que era lo que usaba como su taza para tomar el café y era insustituible. Eduardo sintió de pronto que con la entrada de la noche el silencio estaba inmenso, como la propia sabana, y apenas uno que otro grillo se escuchaba por allí. Terminó su taza de café y dijo en voz un poco más alta: papá, hay café. Solo oyó más silencio como respuesta, miró extrañado hacia el cuarto, en cuya entrada estaba aquella cortina de tela raída que no permitía ver hacia su interior. Es cierto que El Viejo se sintió mal después que se metió en el estanque y rescató el gallo, pensó Eduardo. Creo que fue el susto al ver la baba del lado del estanque que lo hizo sentirse así. En los setenta y ocho años de vida que según decía tenía El Viejo, nunca se había enfermado de nada. Eso creía Eduardo, así lo pensaba ahora. Eso del mareo me pareció bien raro cuando lo dijo; pero se mojó con la lluvia, se empapó en el estanque, tuvo que volverse a molestar escuchando a la Señora Celsa disculpar al sinvergüenza del hijo que tiene. Eso también pudo ponerle malo el cuerpo a mi papá, decía para sus adentros Eduardo. Sí, parece mentira; pero ya El Viejo tenía más de setenta años y nunca se había enfermado, había sido un hombre sano del campo y en realidad no lo había escuchado ir al médico nunca, ni siquiera cuando lo mordió aquella mapanare, que, aunque le hinchó un poco el pie, se pudo curar untándose aguardiente, chimó y hojas de árnica. Esa vez se curó solo, según contaba, y no fue al médico. Por eso, pensaba Eduardo, que era raro que hubiese mencionado el malestar en el cuerpo y mareos. Sí, es verdad, era raro eso del mareo que había mencionado El Viejo.

Cuando levantó la cortina que pretendía ser una puerta en la entrada de lo que fue por años la habitación de sus padres, quedó petrificado con esa rara sensación de angustia que se le

metía en todo el cuerpo cuando algo le sorprendía y le asustaba. Allí estaba El Viejo, allí estaba su padre en una posición que no era su habitual postura en la cama cuando dormía. Cuando su papá estaba dormido, recordaba que normalmente se acostaba del lado izquierdo, con ese brazo hacia arriba, con la mano izquierda debajo de su mejilla soportando el peso de la cabeza; pero no estaba así, eso asustó a Eduardo apenas lo vio al levantar la cortina raída que hacía de puerta a la entrada del cuarto de su padre. Él estaba boca arriba, tieso, sin mover ni un músculo. El brazo izquierdo no sujetaba la cabeza, él no estaba acostado sobre su lado izquierdo, estaba boca arriba. El brazo izquierdo estaba semiflexionado sobre su abdomen, la pierna izquierda estaba con la rodilla un poquito flexionada, como si hubiese intentado sacarla de la cama para pararse y allí se hubiera quedado paralizado. Sí, parecía que todo el lado izquierdo se le hubiera paralizado. Cuando logró salir de su asombro provocado por el miedo, avanzó y acercó el platillo con la vela. La luz le permitió ver a El Viejo de cerca y en el rostro tenía una expresión como de dolor; pero no era el mismo rostro de siempre de su padre. La mitad de la boca estaba con una medio sonrisa hacia la derecha, sí, la boca la tenía desviada hacia la derecha. Intentó cerrarle los ojos y le costó un poco. Su papá estaba duro, no se movía; además estaba orinado. No respiraba, eso era definitivo. Su papá no respiraba, estaba rígido y no se despertaba por más que lo llamara y lo llamara. Se asustó de una manera diferente, le parecía que iba a llorar, salió corriendo a dar gritos como loco en el patio. Abrió el portón y fue hasta la casa de la Tía María, donde estaban sus cinco hermanos que le vieron con cara de extrañeza y le preguntaron si había pasado algo. Sí pasó, les dijo él. Qué pasó Eduardo, dilo de una vez, le dijo la Tía María. Papá está muerto, respondió Eduardo. Está muerto.

Después de estas palabras, Eduardo quedó unas horas como ausente, la Tía le preguntó qué le pasaba, él le decía que escuchaba muchos gallos en la cabeza; pero que ya se iban callando de a poquito. El olor a tierra mojada le llegó hasta el alma, Eduardo pensó que seguramente eso era porque se le estaba inundando el corazón. Era algo distinto a todo lo que sintió cuando murió su mamá; pero esto dolía mucho también. El Viejo había sido todo para él los últimos años después de la muerte de su madre.

Capítulo II

La comisión de militares venidos de otros pueblos para ayudar a atender a las víctimas de la inundación había empezado a levantar los campamentos del pueblo arriba, del centro y el de la salida hacia los caseríos. El agua, que llegó a subir hasta un metro y más en algunas zonas, y se estancó dejando hasta medio metro de barrial, también empezó a bajar. El Teniente revisó y verificó que todo estuviera escrito en el censo. La comida alcanzó y se repartió sin problemas. El agua alcanzó para todos y se repartió sin novedad, los medicamentos se le dieron a quien hizo falta. Eso se repetía el Teniente mientras seguía revisando. Se hizo la vacunación de manera adecuada, sí, se vacunó a los niños más chiquitos, se vacunó a los niños más grandes que ya iban a la escuela y también se vacunó a algunos con heridas. Así fue, se vacunó a ese niño con las heridas que ayudó a dar información para encontrar al gallo. Qué pasará que hay tanto silencio y tanta gente yendo hacia allá abajo, se preguntaba el Teniente. Esta gente vive la vida a un ritmo diferente, se decía el Teniente. Eso de los gallos, por ejemplo, es algo raro, tanta dificultad económica, tantos problemas de empleo; pero cuando se trataba de los gallos siempre había un desafío con un gran premio y los galleros eran capaces de inscribirse, la gente apostaba de una manera realmente por encima de sus posibilidades y eso no dejaba de ser extraño. El Teniente pensaba en eso y en algún momento se lo comentó a El Jefe Civil, quien le

dijo que no era para preocuparse. Eso ha sido así por aquí desde siempre, Teniente. Esta gente está acostumbrada a guardar plata debajo del colchón. Siempre hubo una buena cosecha y eso dejaba dinero a la gente que guardaba y después prefería apostar cuando llegara el desafío para multiplicar la plata, entiende, Teniente. Eso es como la ley de la vida por aquí, y si usted intenta cambiarlos, no lo quieren, le maldicen y entonces dicen que usted odia al pueblo, que usted no quiere sus fiestas. Eso respondía El Jefe Civil al Teniente, quien se estaba despidiendo mientras levantaban los campamentos y veía gente medio llorona que bajaba hacia la zona de los caseríos de fuera del pueblo. Él pensaba, qué cosa tan rara esta gente, y eso que me dice El Jefe Civil no parece sincero, parece un invento, parece un cuento para salir del paso. Es mucha plata la que se apuesta y algo raro pasa aquí. Eso decía el Teniente para sus adentros, mientras se iba con la comisión, que ya había terminado sus labores de ayuda por esos lados.

Mientras se alejaba del pueblo, saliendo por el camino principal, el Teniente vio a lo lejos a El Gringo que hablaba con el niño que dio las pistas a la muchacha para encontrar al gallo. El Teniente se quedó pensando que algo raro pasaba en ese pueblo. Mientras tanto, veía a la gente que gritaba diciendo adiós a los camiones y mientras tanto veía a Pedrito alzando la mano diciendo adiós a los camiones militares.

Pedrito estaba allí junto a El Gringo, mirando la retirada de los camiones militares y alzando la mano para decirles adiós. Ellos ayudaron mucho, decía Pedrito a El Gringo. El Gringo decía: sí, eso es cierto, ellos ayudaron, sí ayudaron, decía El Gringo. Pedrito decía: sí ayudaron. Se quedó pensando en lo que El Gringo le había preguntado y no entendía bien. El Gringo le estaba regalando de nuevo un trompo y un guaral de hilo; le preguntaba si le había gustado el otro y si le había dicho algo a Eduardo de lo del gallo. Y Pedrito no entendía bien,

pensaba que El Gringo tenía gallos y no sabía por qué quería otro gallo, ni por qué le preguntaba por el gallo de El Viejo, le preguntaba si él había comentado algo a Eduardo sobre lo de Dos Minutos. Eso pensaba Pedrito, allí parado frente a El Gringo y los camiones cada vez más lejos, los camiones hechos puntos en la distancia. Él allí pensando que El Gringo estaba como loco, no, no, no como loco, estaba como nervioso y preguntando. La gente pasaba y veía raro a El Gringo allí parado hablando con Pedrito sin que estuviera la Señora Celsa, eso era raro y además El Gringo se veía como nervioso. Él pensaba que ya había dicho lo que había pasado, eso era todo, él trató de salvar al gallo de la inundación; aunque El Viejo no se lo creyera. El Viejo no le creyó, le dijo que había que hablar después, sí. Él se acordaba de eso. Se lo había dicho, no entendía por qué no le creía. Eduardo tampoco le creía y ahora este Gringo preguntado si él había dicho lo que nunca había dicho. Y la gente veía raro eso de un adulto Gringo hablando con el muchacho, allí parados sin la mamá del muchacho.

La Señora Celsa no entendía las intenciones de El Gringo. De dónde sacó otro trompo nuevo, le preguntó a Pedrito. El Gringo volvió a darte un trompo nuevo, ajá. Qué te pidió esta vez, muchacho. Te he dicho que eso no es gratis como tú piensas, muchacho, te lo he dicho. Eso le repetía la Señora Celsa a su hijo, quien decía que no entendía. Él no me ha pedido nada, mamá, ya se lo he dicho bastante. Creo que es por usted, mamá, El Gringo quiere llevarse bien con usted, mamá; decía Pedrito a la Señora Celsa. Ahora sí te volviste loco de verdad. Le tendré que decir a todo el mundo que tengo un hijo que se volvió loco; pero es verdad, mamá, él no me pidió nada de gallos, decía el muchacho. Él solo me dijo que como aprendí a leer y ya estaba terminado el sexto grado, me merecía ese regalo y me dio el trompo. Ajá, dijo la mamá. Qué bueno El Gringo entonces, él le regaló un trompo porque aprendió a leer y este otro trompo

que trae en la mano, por qué se lo regaló, le preguntaba. Ya le he dicho que no le acepte nada a esa gente, que entienda que eso no es inocente. Eso lo entiende, o no lo entiende. Pedrito sí entendía; pero se hacía como que no entendía, por eso trataba de hablar y decir a El Gringo lo que preguntaba a escondidas; pero esa vez El Gringo estaba como nervioso y apurado por saber qué había hablado él con Eduardo y preguntaba si había contado algo. Estaba raro y por eso creía que su mamá tenía razón. El Gringo siempre quería saber cosas de todos los gallos; pero él tenía gallos, entonces eso no lo entendía bien.

Pedrito nunca dijo lo que El Gringo le pidió hacer; pero la Señora Celsa había notado que eso que el hijo no quería confesarle tenía que ver con la desaparición del Gallo Zambo.

Capítulo III

Desde el pueblo arriba bajaban hacia Los Pobres e iban llegando uno a uno como en una procesión a casa de Eduardo.

En la entrada había una cruz de palma y un lazo negro. En un banco largo en la cocina estaban sentados Julio, José, Luis, Benito y Mercedes, mirando cómo la Tía María preparaba el café con Eduardo, el más pequeño de todos. En la habitación, con la cortina de tela raída recogida, estaba el cadáver de El Viejo, acomodado en un cajón de madera que en la cabecera tenía una cruz de palo que no estaba vestida de colores, como cuando la ponían para cantar a la Cruz de Mayo. La colocaban así, solo de madera oscura como quedaba la del samán después que la roleaban. Eduardo veía a sus hermanos y los sentía lejanos; ellos prefirieron quedarse viviendo con la Tía María después de la muerte de la madre, mientras que a él lo habían dejado a cargo de El Viejo. Él resentía eso, le dolía un poco, aunque le pareció mejor que hubiera sucedido así. En casa de la Tía María quizás hubiera podido aprender de la Biblia y algo más de lectura y escritura, pero no supiera nada de gallos; con El Viejo aprendió de gallos y eso le iba a servir, pensaba él. Las mujeres bebían un poco de café, los hombres agarraban un poco de tabaco y chimó para mascar. Más entrada la noche, los hombres compartían tragos de ron blanco, mientras las mujeres rezaban. Así transcurría el velorio y Eduardo recibió la palabra de pesar de Alcides y de Néstor; aprovechó para

apartarse hacia el patio, donde venía entrando Ella auxiliada por otra mujer del pueblo, cargando una olla de sopa para repartir un poquito a los acompañantes del difunto esa noche de velorio. Eduardo le hizo señas para que Ella lo acompañara hacia la cuadra. Eso quería él. Ella lo saludó y le dio el pésame y le dijo en voz baja, en voz muy bajita, que Ella creía que El Gringo ya sabía, eso era suficiente como para que se regara la noticia como un polvorín. A Néstor le dijeron que vieron a Pedrito hablando con El Gringo y Ella creía que estaban hablando de lo que ese muchacho dijo que había visto en el río cuando estábamos nosotros por los raudales. Eso decía Ella; pero Eduardo no le entendía mucho, él repetía, esto que está pasando es muy duro, y Ella lo veía a los ojos. Es una tristeza que hace que se te inunde el alma. Eso le decía Eduardo a Ella; Ella estaba preocupada porque le parecía que Eduardo no la estaba escuchando. Estaban así parados hablando bajito, cuando la gente empezó a retirarse porque ya era cerca de la medianoche, había que irse a dormir, a descansar para acompañar el entierro al día siguiente. Eso era lo que había que hacer, pensaba Ella.

En el banco quedaron los seis hermanos y la Tía María los veía con mucha tristeza. Los hijos velaban al padre que yacía muerto en la habitación en la que por años vivió con la que fue la madre de esos muchachos, que ahora eran huérfanos de madre y padre.

Al otro día, la gente amaneció acompañando a los hermanos y el cuerpo de El Viejo en su cajón de madera. Lamentaban lo ocurrido igual que lamentaron la muerte de todos los que ahora eran otro recuerdo de esos pueblos; pero no se podían parar las fiestas, no se podía parar las fiestas, ni siquiera por el luto. Eso estaba en la mente de la gente del pueblo. Ella estaba preocupada por lo que podía haber descubierto El Gringo; pero no era el momento para insistirle con eso a Eduardo, que estaba en pleno proceso de sufrimiento y con la cabeza mala.

Eduardo no tenía cabeza para otra cosa y si pensaba en algo más sería también en que por el luto no se podía parar el desafío. Eso pensaba Ella, cuando comenzó a escuchar los cánticos del rezo que estaba haciendo el Padre Pedro ante el cuerpo de El Viejo, que ya había empezado a oler mal en el cajón. El Padre Pedro rezaba mientras la gente lo acompañaba con pañuelos, tapándose la boca y la nariz porque ya comenzaba a oler mal el cuerpo de El Viejo en su cajón. Cuando terminaron los rezos, los hermanos le regalaron una gallina picatierra al Padre Pedro y empezaron entre todos a cargar el cajón con el cuerpo de El Viejo que ya había empezado a oler mal y salieron todos en procesión para llevarlo hasta el cementerio. Eduardo iba detrás, colocando la mano en el cajón y recordando al papá y todo lo que le había enseñado sobre los gallos. Él iba pensando eso y se decía que lo que El Viejo le había enseñado le serviría para ganar el desafío. Seguro le iba a servir para ganar el desafío. Eso pensaba Eduardo mientras iba en la procesión fúnebre para enterrar a su papá.

El Padre Pedro era un buen párroco. Desde que vino de Bélgica a enseñar el evangelio, lo habían enviado a los pueblos de aquella zona ribereña al río. Se extasiaba mirando el agua correr y a los muchachos crecer; nadie podía decir nada malo del Padre Pedro, quien además los fines de año aceptaba de los pueblerinos más conocidos un palo de ron blanco. Todos iban a recordarlo como un párroco del pueblo y eso él decía que era gracias a Dios.

Ya a las once de la mañana, todos estaban en sus actividades habituales, la poca gente que quedó rezagada se devolvía del cementerio junto al Padre Pedro. Los hermanos habían llegado a la casa montonera en Los Pobres, se habían repartido los pocos objetos de El Viejo, dejando a Eduardo las cosas que le servirían para los gallos. Usted está muy muchacho para quedarse solo en esa casa, le decía la Tía María; Eduardo la escuchaba

sin decir nada, parado allí nada más, sin decir nada. Estos no habían venido, estos no le habían traído nada a El Viejo después de la muerte de mamá y ahora se llevan sus pocas cosas, decía Eduardo. La Tía María le repetía y le repetía que mejor se fuera con ellos, él seguía allí en el medio del comedor, cuando de pronto se escuchó la voz de El Gringo diciendo: muy buenas.

Eduardo pensó que ese Gringo era capaz de venir a interrogarlo por lo que Ella creía que sabía y le había dicho la noche antes en el velorio. Eduardo recordó que habían visto al tonto muchacho vecino de él, habían visto a Pedrito hablando con El Gringo; que era prácticamente seguro que ese muchacho le había contado a El Gringo que ellos tenían más de medio año viéndose en el río por los lados de los raudales. Ese muchacho es muy capaz de haberle contado todo lo que vio, además de lo que fuera capaz de inventar con tal de que ese Míster le regalara un pan, un trompo o cualquier cosa. Quién sabe qué habría contado. Eso era lo que estaba pensando Eduardo cuando El Gringo dijo que él tenía una buena oferta por esa casa y toda la parcela. De inmediato todo fue silencio. Los hermanos se vieron las caras, recordaba Eduardo, se pusieron uno al lado del otro y como un coro afinado, le gritaron a El Gringo que la casa no estaba en venta. Mire, Míster, el cuerpo de El Viejo no se debe haber enfriado todavía y ya usted anda ofendiendo su memoria, recuerda Eduardo que le dijo. Caramba, muchacho, tú y tus cosas, yo no he querido ofender a tu papá ni a ustedes, recuerda Eduardo que respondió El Gringo. Solo quería que supieran que hay gente que quiere ayudarlos y estarían dispuestos a comprarles la casa. Disculpen, pues. Y se fue hacia la salida. Desde la entrada de la casa donde se había parado, le dijo a Eduardo: mira tú, nos vemos en Santa Clara, espero que estés preparando bien a ese Zambo y que no dejes que te lo vuelvan a llevar. Eduardo lanzó una de esas respuestas relancinas que parecían verso de contrapunteo al pie de un arpa, caramba, Míster, usted como

que está muy bien enterado de ese asunto, será que sabe algo que no se nos ha dicho. No había terminado de hablar Eduardo cuando El Gringo había iniciado la marcha, que parecía más una huida apresurada de un lugar donde ya no se quiere estar.

Eduardo pensó, es un mal intencionado este Gringo, mira y que venir a apoyar con una oferta de gente que quiere comprar la casa; sobre todo él que lo que quiere es dejarnos a todos sin casa y también sin tierras. Ese es el deseo de El Gringo y todos lo saben; pero siguen volteando la cara para otro lado. Lo mejor que puede hacer es irse, e irse rápido para ver si respiramos aire puro un ratico. Y en los ojos de Eduardo se reflejaba la figura de El Gringo, que parecía huir rápido de ese sitio donde ya no quería estar.

Capítulo IV

La gente estaba pendiente del desafío y mientras tanto las conversaciones en todos los rincones del pueblo eran sobre los distintos gallos y galleros que asistirían; pero sobre todo hablaban de las posibilidades reales de El Marañón y de El Zambo. Santa Clara era un pueblo más grande o, en todo caso, era de verdad el pueblo, pensaba Ella, mientras caminaba a la Medicatura a terminar sus clases y ver si el Doctor Andrés podría o no ayudarla para que se quedara trabajando allí. Santa Clara tenía un embalse que, aunque aparecía en tiempo de lluvias y en el verano se convertía en un humedal, de verdad existía y era un embalse intermitente. Los más viejos contaban que estaba allí desde 1755, fecha en la que decían que los curas españoles franciscanos fundaron ese pueblo. Eso lo enseñaban en las clases de historia en la escuela, recordaba Ella. Como todo pueblo fundado por los españoles en estos lados del continente, había una plaza central que seguro había sido una Plaza Mayor, un lugar para las autoridades, otra ala de la plaza para la iglesia y otra para el puesto de socorro. Seguro en todos lados era así y Santa Clara no era muy diferente. Acá habían hecho esa especie de casa social para el encuentro y las festividades del pueblo, llamada Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde, y además al lado la gallera La Pluma Negra. Jhon Jairo, junto con El Jefe Civil, era el encargado de hacer allí los espectáculos, actos culturales de las escuelas, los actos sociales y encuentros

de autoridades y políticos que visitaban el pueblo; en la gallera hacían las peleas de los domingos y los desafíos de las fiestas en pascuas y fin de año. Todos allí estaban pendientes de eso y solo de eso hablaban, lo repetían por todos los rincones del pueblo Santa Clara, que de alguna manera sí era un pueblo. Se decía que era un asentamiento de indígenas, que no permitían que pasaran los invasores desde la ciudad más grande hacia el río, que era también el más grande y que los españoles siempre quisieron controlar para encontrarse con el mar. Santa Clara sí era un pueblo, pensaba Ella, mientras entraba a la Medicatura rural donde el Doctor Andrés iba a decirle si podía quedarse trabajando. De alguna manera, Ella pensaba que sí era un pueblo Santa Clara, al menos más grande que Los Pobres y que El Pilón.

Eduardo estaba pendiente de lo que estaban haciendo sus hermanos mientras pensaba que Ella iba a la Medicatura. Lo más importante era saber qué le habían dejado sus hermanos. Se paró frente a la cortina de tela raída que servía de puerta a la habitación en la que durante años durmieron sus padres: bendición mamá, bendición papá, por favor, no me vayan a salir, porque yo les quise mucho mientras estuvieron por estos lados. Eso pensaba Eduardo. Se persignó y entró en la habitación; vio que sobre el baúl de madera donde en otra época sus padres guardaban las pocas cosas que tenían, estaban la navaja cacha de nácar blanca de marca barrilito que El Viejo siempre cargaba y que usaba para muchas cosas; pero sobre todo para sacar filo a las espuelas de los gallos, la tijera para cortar la cresta y afeitar a los gallos. Eso le traía muchos recuerdos y le hacía pensar en que lo que sabía sobre los gallos se lo había enseñado su padre. También le dejaron una cajita con espuelas para gallos, que decían cubanas, en letras más grandes y doradas, también decían de la mejor calidad, en letras más pequeñas. Eso era lo que le habían dejado sus hermanos, que prefirieron irse

a vivir con su Tía después de que murió la madre. Eso pensaba Eduardo, quien acababa de darse cuenta de que ese día era su primer día de huérfano de padre y madre; sin haber llegado a los quince años aún. Eso pensaba, sin llegar a los quince años, aunque faltaba poco y ya había tenido mujer, bueno, eso creía, sí, claro que sí, dos al menos. Eso pensaba y no podía hablarlo con nadie, El Gringo a lo mejor lo sabía; pero él no podía hablarlo con nadie. Eso estaba pensando, mientras se daba cuenta de que sus hermanos le dejaron por lo menos algunas cosas, que servirían para la atención de los gallos.

La Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde estaba a un lado de la Jefatura Civil, por una calle lateral que bajaba hacia la gallera La Pluma Negra y el patio de bolas criollas.

Los muchachos del pueblo de catorce, quince y hasta los diecisiete años no eran mayores de edad para algunas cosas; pero para entrar a jugar familiarmente dominó, caída con barajas españolas, en la Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde y tomar una cerveza, sí eran considerados ya grandes. Eso recordaba Eduardo, le daba vueltas en la cabeza, sí, pasaba algo parecido con la gallera, donde para beber caña clara eran pequeños; pero para apostar no tanto. La Casa Social era un ranchón amplio como de unos 800 m2, un gran techo de palma y caña amarga, con paredes de bahareque. Un gran patio central con mesas de un lado, un área para asar y preparar animales en vara y del otro lado las tinajas de agua fresca.

En un espacio aparte que parecía una choza, dentro del gran ranchón había cajones que guardaban el aguardiente que se les servía a los mayores y una cerveza artesanal que era permitido servirles a los menores.

Allí estaban todos los galleros de esos pueblos, eran como veinte, calculaba Eduardo. Esperando que llegara Jhon Jairo, luego de haber abierto Cumbre Verde, para que abriera la

gallera y se comenzara el registro preliminar de todos los que querían participar. Sí, eso era. Allí estaban todos los galleros esperando que La Pluma Negra, que estaba al lado, abriera para ir a registrarse. Eduardo pensaba eso; pero de pronto, cuando vio llegar a Néstor y sentarse en una mesa diagonal a la suya, se dio cuenta de que su pensamiento no era preciso y la cuenta estaba errada porque justamente un gallero tan importante para él como era Néstor no había llegado y ahora sí estaba. Sí, así era. Néstor no había llegado y él no se había fijado y ahora sí estaba, por eso no era tan correcto su recuerdo ni su cuenta, porque en el primer recuento en ese primer conteo no estaba Néstor, que ahora sí estaba.

La gallera La Pluma Negra era un rancho más pequeño de algunos quinientos metros pero que tenía la entrada por un lateral, una especie de letrinas para que los asistentes orinaran e hicieran otras necesidades sin tener que salir, por aquello de las apuestas de palabra en las galleras. En el medio, un área redonda con un separador de bambúes, a cincuenta centímetros del piso. Al pasar al fondo estaba el sitio de pesaje y de resguardo de los gallos, con unas jaulas parecidas a las de las cuadras, que servían para poner los gallos luego de ser pesados y donde se mantenían cuidados y vigilados. Así la recordaba Eduardo, quien se sorprendió cuando pensó que en uno de los papeles que avisaba sobre el próximo desafío, decía que La Pluma Negra garantizaba total seguridad y pulcritud en las apuestas, contando con Martincito como Juez de peleas. A Eduardo le dio un escalofrío que le sacudió todo el cuerpo y tuvo que pedir gritando otra cerveza, lo que hizo que todos miraran hacia su mesa. Mientras lo sacudía el recuerdo de ese papel en la gallera, se encontró de frente con la mirada de Néstor, a quien Alcides, que acaba de llegar con Martincito, le estaba diciendo algo en el oído.

También en la gallera era bien conocido el Abogado Margarito, quien preparaba los papeles, dejaba todo claro y arreglado; de tal manera que quien iba a entregar su parcela de tierra luego de perder las apuestas de gallos, no quedara molesto ni inconforme, ni mucho menos enemistado con El Gringo, quien siempre terminaba dándole al afectado algunas monedas extras, para que pudiera mudarse y recomenzar.

Eduardo recordaba que El Viejo una vez le dijo que si alguien era más odiado que El Gringo, ese debía ser el abogado Margarito.

El Gringo no solo se ocupaba de intrigar, sino que utilizaba a la gente. Gente como Margarito, gente como El Jefe Civil, a quienes pagaba e involucraba en sus negocios y aun siendo paisanos y no extranjeros como él se prestaban para hacer daño a mucha gente del pueblo.

El Jefe Civil en algunas ocasiones daba muestras que se aproximaban al arrepentimiento y era capaz de ayudar a algún poblador; pero el abogado, ese sí que no tenía escrúpulos, por eso Eduardo repetía para sus adentros que El Viejo apostaba a que Margarito era uno de los más odiados de por esos lados.

Capítulo V

Ella había salido decepcionada de la Medicatura, donde a diferencia de lo que llegó a creer, el Doctor Andrés ni siquiera salió a saludarla, fue La Negra Isolina quien la había recibido y la encargada de darle la noticia, esta iba a ser la última clase. La Negra Isolina, que ya era una mujer de dieciocho años, madre soltera y con un hijo a cuestas, se había encargado de enseñar a Eduardo lo que era ser hombre, eso decían. Quizás por eso supo tratarla bien en los raudales y permitirle subir al cielo esos raticos que pudieron librarse de los odios intestinos, que flotaban en todos los parajes de aquellas tierras, menos allí, donde ellos se veían a escondidas. Justamente tenía que recibirme esta negra, pensó Ella para sus adentros, cuando de pronto con una delicadeza y elegancia al hablar, Isolina la invitó a sentarse, le ofreció un poco de agua y le dijo en tono amable que de verdad sentía mucho que por los momentos no pudieran contratarla, debido a unas dificultades con los recursos que le habían notificado desde la Gobernación. Por eso el Doctor Andrés, apenado, no salió, te mandó a decir que estés pendiente, que él creía que te iban a poder llamar.

Néstor se paró como si hubieran activado un resorte de su silla, recuerda Eduardo. Fue directamente hacia la mesa en la que él se encontraba y le dijo: mire, compañero, usted y yo tenemos algo que arreglar, mientras decía eso en voz alta comenzó el griterío: vamos, vale, epa, no te dejes, él quién se cree para

hablar así; así lo recordaba Eduardo. No había logrado terminar de levantarse de su silla y se sorprendió de la ira que mostraba Néstor, quien tomó la botella de cerveza que estaba probando Eduardo, con su mano derecha la quebró y se quedó con un pedazo del pico con borde filoso en la mano mientras con la izquierda le golpeaba directo a la cara. Epa, vale, epa, Néstor, gritaba la gente a Néstor, un poco más fornido ya con casi dieciséis años. Eduardo cayó en cuclillas y no llegó a sentarse en el suelo totalmente, logrando levantarse para regocijo de un poco de gente, que gritaba: vamos a ver, pues, vamos a ver ahora, ajá, primo, esto se puso bueno. Esos gritos aún retumbaban en la cabeza de Eduardo, que además recuerda que sintió un miedo terrible cuando vio venir la mano de Néstor con el pico de la botella y él logró esquivarla solo por esa rapidez que da el instinto de supervivencia, luego volvió a esquivar otra especie de lanzazo que Néstor dirigió a la cara y por otra acción refleja logró desenvainar la navaja marca barrilito cacha blanca de nácar que había pertenecido a su papá, sintió que la empuñó con fuerza, mientras de forma recta sacó su mano izquierda con el puño cerrado que dio directo en el medio del pecho de Néstor, sonó como un tambor de guerra e inmediatamente aumentó el griterío y la rabia de Néstor, que iba por un tercer intento con la botella filosa hacia el cuerpo de Eduardo cuando este, con una ligereza que dejó a todos impresionados, se hizo a un lado y en ese mismo brazo le clavó la punta de la navaja y la haló hacia él, provocando una herida que inmediatamente dejó ver la sangre roja rutilante de Néstor, bien parecida a la que brotaba de la herida de los gallos en las peleas. Así lo recordaba Eduardo, quien también recordó que de inmediato vio a un poco de gente que se les abalanzaba y a Martincito tratando de sostener a Néstor y diciendo: suelta esa botella vale, Alcides intentando agarrarlo a él y diciendo: guarde esa navaja, compa, y de pronto el estruendo de la voz de El Jefe Civil: muy buenas,

qué carajos está pasando aquí. Se acordaba Eduardo que así fue que él escuchó y se paró todo el alboroto en seco. Recuerda que allí vio de nuevo los ojos iracundos de Néstor, quien sangraba, y él se dijo para sus adentros: esta pelea la gané yo, aunque traté de evitarla, pensó.

El Jefe Civil iba entre Eduardo y Néstor, a Ella eso le pareció extraño. Su hermano llevaba un trapo amarrado en el antebrazo derecho y parecía manchado de sangre. Tenía que ser eso, iba sangrando el brazo derecho de Néstor, se decía Ella, por eso van en sentido hacia la Medicatura y no hacia la Jefatura. Más atrás de El Jefe Civil que caminaba flanqueado por Eduardo a la izquierda y Néstor con un trapo manchado de sangre a su derecha, venían Martincito y Alcides, a lo lejos el resto de la gente, que decía: suéltalos, suéltalos. Ella se interpuso en el camino de los tres y le preguntó a El Jefe Civil que por qué los llevaba detenidos, El Jefe Civil le respondió que no había nadie detenido y que la escena que estaba presenciando era de tres personas que iban a poner reparo a un problema; pero antes, si Ella se quitaba del medio, si Ella se apartaba, harían una parada en la Medicatura para curar una herida a Néstor. Así le hablaba El Jefe Civil a Ella, quien al escuchar que Néstor estaba herido, salió corriendo a la Medicatura rural gritando el nombre del Doctor Andrés, que tampoco esta vez salió porque estaba ocupado atendiendo a un niño con fiebre y por eso salió la Negra Isolina, quien al verla le preguntó qué cuál parte de la conversación no había entendido. Ella le dijo: no vengo por mí, es mi hermano Néstor que está herido; cuando Isolina vio entrar a El Jefe Civil con los dos involucrados en la pelea.

Ella pensó que la entrometida Isolina algo se olía, por eso la miraba de esa manera; pero eso no le mortificaba tanto como el hecho de notar que el Doctor Andrés parecía no querer darle la cara, después de lo que había pasado.

Quédate tranquilo allí, Eduardo, ya vamos a hablar. Muy buenas, dijo El Jefe Civil, dirigiéndose a las dos mujeres que estaban paradas en medio de la sala al entrar a la Medicatura. Ayúdenme con este muchacho, díganle al Doctor Andrés que estamos acá. Andrés se asomó, saludó amablemente a todos y dijo que estaba ocupado con un caso de un niño con fiebre; pero que además había convulsionado, así que esta herida no tan profunda por lo que se veía que tenía Néstor en el antebrazo derecho podía ser atendida por la enfermera Isolina, o incluso por la auxiliar aprendiz que es su hermana, dijo Andrés; aunque lamentablemente no pudimos contratarla. Allí Néstor dijo: se podrán apurar, todavía tenemos que registrarnos en la gallera.

Andrés miró de reojo hacia donde estaba Ella, Ella miró de reojo a Andrés mientras entraba al consultorio.

Capítulo VI

A Ella le parecía muy extraña esa reacción tan violenta que había tenido Néstor; pero además veía más raro ese cuento que ya corría por toda la sabana y hasta un canto le habían sacado en el que contaban la agilidad con la que el Gallito Eduardo había espueleado y herido al Gallito Néstor. Pasó el resto del día buscando a Alcides para que le dijera la verdad de lo que había pasado; pero hasta ahora nada que lo encontraba. Debe estar en la gallera con eso del registro para el desafío. Sí, eso debe ser, que están en la gallera con lo del registro, pensaba Ella.

Es increíble cómo solo con saber que se acercan las fiestas y el desafío la gente del pueblo parece enloquecer y empieza con angustia a tratar de saber cuáles cuadras se inscribieron, cuáles gallos traerían, cuáles podrán ser los ganadores de las peleas; pero lo peor es que empezaban a desfilar hacia la oficina privada de El Gringo en la gallera, del bendito Gringo, para lo de los préstamos. Sí, eso era lo peor, pensaba Ella.

En la gallera La Pluma Negra todo estaba avanzando. Diez cuadras inscritas, cada una con dos gallos, excepto la de Papito, que se presentaría solamente con El Marañón, y eso podría hacer que los descalificaran por participar con un solo gallo. Una res para la cuadra ganadora, un verraco para el gallo ganador, entre otros premios que todavía se estaban cuadrando mientras se inscribían las cuadras y los gallos. Todo eso lo había visto Eduardo mientras esperaba junto a Néstor y a El Jefe Civil.

Bueno, muchachos, nada de peleas, les dijo, derechito a sus casas que bastante trabajo tienen con esos gallos, y les señaló la puerta de la gallera para que salieran, mientras veía llegar a El Gringo.

Era normal en esos pueblos pelear para resolver algún problema, era normal que se fueran a las manos; pero no así, que Néstor haya partido una botella, que haya lanzado hasta tres veces contra mi cara, mi cuello y mi cuerpo con esa rabia; eso no estaba bien y era raro. Yo me defendí, no pueden decir que no me defendí; tenía la navaja que dejó mi padre y la usé. Eso también fue una cosa que no debía hacerse. Lo corté en el brazo con la navaja; pero fue él quien me atacó y yo me defendí. Eduardo repetía y repetía esas palabras en su cabeza mientras salía de la gallera.

Algunos curiosos se acercaban a Néstor, otros iban hacia donde estaba Eduardo. El Gringo se repetía en su mente: ya sembramos la semilla del odio en esta gente, eso es un logro importante, se dijo, El Jefe Civil lo veía con extrañeza.

Capítulo VII

El Gringo trataba de entender esa guerra de resistencia que tenía la gente con las petroleras. Eso trataba de entender. El Jefe Civil le decía: Gringo, esta gente tiene desde los años mil setecientos y tanto negándose a que les quiten sus tierras; no puedes creer que lo vas a hacer rápido. Eso le decía a El Gringo, El Jefe Civil, y agregaba: fíjate lo que pasó en la Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde, casi se matan esos muchachos porque tú creaste esa intriga. No es verdad que Néstor haya pagado a Pedrito para que le robara a El Zambo, mucho menos que ahora le había pagado Eduardo para que se robara a El Marañón. Imagínate tamaña intriga que inventaste, así mismo se lo dijeron a Alcides, quien informó a Néstor cometiendo la imprudencia de decírselo cuando los dos estaban allí mismo juntitos en el mismo salón, sentados cada uno en su mesa, cada uno con su cerveza, casi se matan; así no es como les vas a quitar sus tierras, Míster. Te lo he dicho, repetía El Jefe Civil, los gallos son para divertirse, no para matarse. El Gringo movía la cabeza como negando. Eso pensaba El Jefe Civil, quien estaba seguro de que El Gringo actuó con mala intención, entonces pensó en cuánto tiempo tendría este Míster en eso. El Jefe Civil decía, es bueno ganar plata, yo creo que comprar y revender gallos, comprar y revender parcelas es una cosa, pero ir llevando a la gente al límite, hacer que se molesten, hacer que lleguen a odiarse, llegar a hacer que se maten en una

guerra de pueblo contra pueblo, eso es otra cosa. Eso es algo feo, me cuesta estar de acuerdo con eso. Yo creo, Gringo, que debes cambiar el método antes de que suceda una tragedia de verdad. Cuándo te acobardaste tú, preguntaba El Gringo; recuerda cómo llegaste a ese cargo, recuerda quién te recomendó con el Gobernador. No se te olvide eso, por muy Jefe Civil que seas, le decía El Gringo.

Ella estaba segura de que la causa de la pelea había sido la lengua larga e incontrolable de Pedrito. Pensó que lo mejor sería ir a buscarlo, así lo planificó. Apenas sea de tardecita voy a ir a hablar con él, espero que esté allí la Señora Celsa.

Cuando llegó a casa de la Señora Celsa, Pedrito estaba comiendo un pedazo de pan con una taza de café, más bien aguarapado, no cerrero. En esa región de los llanos de las riberas del Orinoco la gente tomaba el café fuerte por la mañana; pero por las tardes era más suave. De eso se dio cuenta Ella apenas vio la taza de Pedrito. Yo no sé, le decía Pedrito a Ella, yo no he dicho nada de lo que le dije a usted que había visto la vez que la vi. El Gringo solo habla conmigo cosas de gallos, decía Pedrito. La mamá le creía y Ella tenía la sensación de que debía hacer lo mismo. Entonces usted no dijo nada al Míster. No, nada. Respondió Pedrito. Usted no dijo nada a ese Gringo, lo jura. No dije nada, así es. Qué sería lo que le molestó entonces a Néstor, se preguntaba Ella. Pedrito, El Gringo te pidió que hicieras algo con los gallos. Le preguntó Ella y Pedrito respondía a veces a un gallo, o a veces a otro gallo; pero él me regalaba cosas por el mandado, nunca me dijo que matara a ningún gallo. Y que te robaras un gallo, Pedrito, preguntó Ella. Él guardó silencio, se ensimismó y dejó esa duda del tamaño del cielo en el ambiente. Eso sucedió así, Ella lo recuerda bien. Entonces El Gringo no sabía nada y todo el problema lo creaba intentando ponernos a pelear como otros gallos más. Cuál será la intención

de ese Gringo. Qué sería lo que quería ganar. Todos se preguntaban eso y todos sabían la respuesta en el pueblo.

Para Ella estaba claro en que las intenciones de El Gringo nunca fueron buenas.

Pedrito, un muchacho aún, quizás no se daba cuenta; pero Ella sí. No eran buenas las intenciones de ese Míster, no, no eran buenas. Usaba a la gente, ese Míster; pero esto de usar la inocencia de un niño regalándole juguetes, eso de aprovecharse de Pedrito para tener información de los solares, para ponerlo a mirar los patios de las casas, pagarle para que desapareciera a un animal; eso es de gente mala de verdad. Pedrito era un muchacho, lo era aún más que Ella y no se da cuenta.

Ella ahora estaba segura de que la preocupación de Eduardo no tenía razón de ser y ese secreto junto al otro seguían bien guardados. Con el favor de Dios, se decía para sus adentros.

Capítulo VIII

Néstor entró a la cuadra y habló con la sombra que parecía el espíritu de Don Salvador. No me salga, papá, ahora no. Mire que yo lo quiero, bendígame. Eso hablaba Néstor con lo que le parecía la presencia de su papá y a quien pedía consejos para evitar que sucediera algo malo durante el desafío, que su cuadra y sus gallos pudieran ser los ganadores. Una res y un marrano más una morocota garantizaban la posibilidad de iniciar de nuevo y tener el chance de trabajar en la cosecha con más libertad. Eso le parecía a Néstor que era lo mejor y que había que ganar. Alcides le recordaba que le faltaba un gallo y que era difícil conseguir a alguien que lo jugara por su cuadra; a menos que ellos pudieran pagar todo como estaba haciendo El Gringo con El Marañón. Eso iba a ser muy difícil porque no tenían ni una locha. Eso le recordaba Alcides, que se desesperaba cuando era él quien hablaba y su hermano el que callaba.

Mirando la estampa de El Zambo en su jaula, Eduardo se decía: qué gallo tan bonito me dejó El Viejo. Con él debería ganar y si el Gallo Pinto ayuda, nuestra cuadra debería ganar este desafío. Son dos gallos buenos; pero es verdad que se nota de lejos que El Zambo es superior. Ganar una res, un verraco y esa morocota que ponen en el premio sería de gran ayuda para un nuevo inicio, poder completar lo necesario para la cosecha, pagar a todos y no depender de El Gringo ni de nadie, no pedir prestado, ni pedir fiado. Vivir un poquito mejor, poder sentir

por un ratico ser menos pobre y quizás poder compartir con los hermanos, que tenían rato sin asomarse por allí. Así, estaba bastante pensativo Eduardo, cuando de pronto se sobresaltó al sentir dentro de la cuadra un frío repentino y cuando se volteó vio una sombra que pasaba de un lado a otro que le pareció la figura de su papá. Se hizo la señal de la cruz y dijo: bendición, papá, no vaya a salirme ahora, siga tranquilo con mi mamá e ilumine mi pensamiento para que no equivoque detalles en la pelea con el gallo que me toque en el desafío. Así estaba hablando en voz alta Eduardo, cuando lo sorprendió la voz de Ella, que le preguntaba: usted con quién habla. Sí, así lo recuerda, Ella le preguntó que con quién estaba hablando y él se sintió apenado, pensando que de pronto creería que no estaba bien de la cabeza.

Ella le comentó lo que había escuchado en las afueras de la cuadra de Papito por casualidad mientras sus hermanos conversaban. Le pareció que estaban desmotivados y a punto de tirar la toalla, a punto de rendirse porque les faltaba un gallo. Según escuchó y entendió de sus hermanos, no había oportunidad con otros galleros y no querían bajo ninguna circunstancia caer en manos de El Gringo nuevamente. Recuerde que a él ya le tienen esa deuda que significa tener a El Marañón, que de momento es toda su esperanza. Así le decía Ella, que a su vez no quería meterse mucho en eso de las peleas, que le parecían tan sangrientas como el negocio de las petroleras con sus tierras. Siempre muere un gallo o queda aporreado el pobre animal, parecida a la forma en que esos gringos y sus empresas aporrean a estos pueblos, Eduardo. Él no entendía a dónde quería llegar y se sorprendió más cuando Ella le preguntó si le podía prestar El Cenizo, que se haría responsable por lo que pasara con ese gallo. Eduardo no hizo más que reírse, le dijo: ajá, ahora usted se quiere meter a gallera. Está bien, pero no se lo presto, se lo regalo si quiere; pero me tiene que ayudar a entender lo

que está pensando. Si me explica y la entiendo, yo se lo regalo. Así habló Eduardo, pidiéndole a Ella que le explicara lo que estaba tramando.

Ella sonrió y con picardía dejó a Eduardo aún sin entender.

Eduardo hacía un esfuerzo por entender, Ella se acercaba y se alejaba, Isolina con un niño se le acercaba y lo buscaba como hombre; pero siempre hablaba de sus ganas de irse de ese pueblo. Los trataban como a muchachos, les exigían como a unos hombres.

Cuando estaba empezando a aprender no pudo seguir en la escuela, le dijeron, hay que ir a trabajar. Cuando empezó a trabajar para ayudar, se murió El Viejo. La vida es complicada, se decía Eduardo, la gente se la pasa haciendo como que sí la entiende; a él no se le hacía fácil entender, por lo que era capaz de regalar un gallo solo para que le ayudaran a hacerlo.

Temporada de Gallos IV

Capítulo I

Cuando Ella tomó a El Cenizo en sus manos, supo que estaba sellando un pacto de sangre más que de amor.

Ella se veía extraña y caminaba apurada para llegar rápido a su casa. Se decía: tengo que apurarme. Ella por un momento sintió que lo que estaba haciendo no estaba bien, ahora se estaba involucrando en algo que no le gustaba; pero, además, por ayudar a sus hermanos iba a darles un gallo que participaría en las peleas sangrientas que debía rechazar.

Ella sintió por primera vez que tuvo en su cabeza la idea de estar manipulando a Eduardo, se recriminó por no serle honesta. Volteó hacia la parte alta y a lo lejos vio a Andrés mirándola. Tengo que decirles. Allí estarán dando vueltas a los pensamientos, seguro que allí estarán pensativos y cabizbajos sin resolver nada. Ese es el problema de los hombres, la desesperanza, se decía Ella, mientras caminaba. A los hombres les gana la desesperanza, eso venía pensando Ella cuando escuchó el ruido de un vehículo que se acercaba. Se tapó con una mano la nariz, para evitar el polvo sin apartar la vista del camino y con la otra sostenía el gallo. De reojo vio al Teniente, a otro militar y a un señor algo mayor de lentes y guayabera. De repente, se encontró en la entrada de su casa en El Pilón y escuchó el grito de Alcides, que llamaba a Néstor para que viniera a ver. Néstor, ven rápido, Néstor, ven a ver. Así gritaba Alcides y el hermano salió y sonrió solo un instante de forma fugaz, inmediatamente

le habló a la hermana para preguntarle desde el fondo de su alma, qué había hecho. Por Dios, dime que no fuiste donde ese Gringo de mierda. Eso preguntó Néstor, haciendo un esfuerzo por no tener una crisis de ira de esas que solían sorprenderlo a él mismo cuando se llenaba de rabia por algún malestar. Ella lo interrumpió, quédate tranquilo, Néstor, que no fue a ese bandido al que molesté. Le pedí ayuda a un amigo mío gallero, aunque no lo creas también amigo tuyo. Se puede saber quién es, porque no recuerdo tener amigos en este pueblo, preguntó Néstor. Te puedes tranquilizar o no, hermano, le preguntó Ella. Lo importante es que ya no vamos a perder la casa, ganando algo vamos nosotros a poder pagar la deuda y ya con este Gallo Cenizo estamos dentro, con este gallo somos una cuadra inscrita y podemos ir al desafío; soltó una carcajada Néstor, de repente Alcides también soltó una carcajada. Ella los veía y sentía un alivio, al mismo tiempo se complicaba su alma; porque ahora quería que ganaran dos cuadras y que dos gallos salieran campeones, no uno.

Eduardo vio a lo lejos el carro rústico que transportaba al Teniente y se preguntó qué haría esa gente por allí.

Él creía que lo había hecho bien regalando a ese Cenizo para que Ella ayudara a los hermanos a solventar esa situación. Era inteligente esa muchacha, se decía para sus adentros, porque era prácticamente imposible que él hubiera querido ayudarlos o que alguno de los hermanos se acercara a pedir algún gallo prestado. Fue inteligente que lo hiciera Ella, así ninguno de ellos se daba por enterado y todos de alguna manera estaban del mismo lado. Como lo veía él, ahora eran adversarios en ese desafío de gallos; pero no tenían que ser enemigos, no tenía por qué terminar en una enemistad todo eso.

El Cenizo era un buen gallo y sin dudas podía ganar la pelea que se le presentara, eso lo tenía claro Eduardo; pero no era rival para un gallo como El Zambo o El Marañón, aunque

había que esperar el sorteo, a lo mejor el espíritu de sus viejos les protegería y no tendrían que enfrentarse directamente, había que esperar el sorteo, sí, eso se decía Eduardo a él mismo, cuando volvió a pensar en cuál sería la razón de la llegada de ese vehículo con el Teniente y el otro militar y el señor de civil. Será que descubrieron algo. Se preguntó. Estaba El Jefe Civil diciendo a El Gringo cómo iban los preparativos, de acuerdo con lo que le reportaba Jhon Jairo, y al parecer todo estaba saliendo fenomenal. Eso hablaba El Jefe Civil con El Gringo y le ponía un acento especial en eso de: todo iba fenomenal, cuando el paso del vehículo con el Teniente y las otras dos personas les borró la sonrisa del rostro a ambos. El Gringo se encogió de hombros y le preguntó sabes algo de eso, a El Jefe Civil, quien respondía que por supuesto no sabía nada de eso. Entonces qué será esa visita tan repentina al pueblo, preguntaba El Gringo, por qué no habrían informado a El Jefe Civil, cuál sería el asunto, preguntaba El Gringo. Porque El Jefe Civil es la máxima autoridad del pueblo, no es así, dijo El Gringo. Sí, así es, decía El Jefe Civil, miraba el suelo y miraba a lo lejos. Se le notaba un poco la angustia, el vehículo se aproximaba poco a poco. El vehículo se estacionó frente a la Jefatura Civil y el Teniente saludó: muy buenas, por aquí viéndonos de nuevo, les dijo a El Gringo y a El Jefe Civil, quien respondió diciendo: sí, muy buenas, como queriendo no decir lo que dijo, como no queriendo saludar; porque de verdad no le parecía que fueran muy buenas. El Jefe Civil dijo: muy buenas, y no quería decir muy buenas, porque aquella llegada repentina le anunciaba más bien otra cosa. Miró a El Gringo, miró al Teniente, miró hacia el carro donde venían otras personas y pensó, esto no es bueno, luego recordaba que los invitó a entrar.

En medio de tanta pobreza llamaban la atención esas fiestas ostentosas, los gallos finos y las apuestas; sobre todo las apuestas. Todo conducía a El Gringo, la forma como iba preparando

las cosas, la forma como siempre estaba por allí a la hora de prestar dinero, que no le importaba mucho; pero que vigilaba bien para que se convirtiera en títulos de tierras que se obtenían de una forma más fácil así y no le importaba, no parecía inmutarse con lo de los préstamos ni que le doliera dejar sin tierras a un pobre. El Jefe Civil decía para sus adentros: es verdad que no tienen perdón por andar apostando a un animal de esos, hasta lo que no se tiene. Mientras tanto, vio que ya estaban dentro de la Jefatura y pensó: como que me está remordiendo la conciencia.

Eduardo se extrañó al ver bajar del carro rústico a otras personas junto al Teniente, recuerda haber visto cómo entraban a la Jefatura y pensó que todo eso seguro tenía que ver con El Gringo, recordó algo que le comentó su papá una vez sobre ese hombre y los préstamos. Don Salvador en una oportunidad que se endeudó le comentó a El Viejo que no se preocupara, porque con El Gringo eso era prácticamente sin intereses, El Viejo le había respondido a Don Salvador que si él tuviera una hija no pensaría que el préstamo era sin interés alguno. Don Salvador, quien por supuesto lo miró molesto de inmediato le contestó a El Viejo, que sí, que eso lo entendía; pero se refería a que los préstamos eran prácticamente sin intereses en moneda, a lo que El Viejo agregó: entonces hay que mirar las cosas con más cuidado aún, Don Salvador, con más cuidado aún.

Capítulo II

Los preparativos de las fiestas avanzaban, mientras en la iglesia, el Padre Pedro se encargaba de esparcir la palabra con la esperanza de que alguno la escuchara de verdad. Aunque rezaban, aunque comulgaban y estaban allí los domingos, el Padre no los sentía creyentes, ni con un amor sincero al Señor. No muchos creían que el reino de los cielos era de los pobres, ni tampoco que ellos eran precisamente los bienaventurados. Eso reflexionaba el Padre Pedro, quien, sin embargo, siempre pensaba que era mucho mejor estar en ese pueblo que en la perdición y el infierno de la posguerra, por allá en Bélgica, donde él había nacido.

En La Casa de la Cruz, las beatas se reunían y rezaban ante el altar de la cruz que, aún vestida como en el mes de mayo, era testigo de todo lo que pedían a Dios, para que alguien pusiera orden al Diablo que se había colado en el pueblo a través de las peleas de gallos. Antes era como una diversión; pero ahora era una maldición que se metió en el cuerpo de cada quien, le decía la Señora Celsa al señor de lentes y guayabera que llegó en el vehículo con el Teniente y que tomaba nota con atención en su libretica negra. Y cómo me dijo que se llama, señor, le preguntó la Señora Celsa, mientras hacía señas a Pedrito para que no se acercara. Navarro, mi apellido es Navarro, apreciada dama. Y la gente pasaba y observaba que tenían allí rato hablando, el señor de los lentes oscuros y un poco inflado del abdomen

quien anotaba con atención en su libretica negra, cada cierto tiempo. Pedrito insistía en acercarse porque quería advertir a la mamá que todo el pueblo la estaba mirando y salían corriendo hacia la esquina donde se la pasaba El Gringo, justo al lado de la Jefatura Civil, antes de bajar por la calle lateral hacia la Casa de Acción Social y Familiar Cumbre Verde. Se habían disparado las apuestas, la gente que acertara ganaría más que en la lotería de animalitos de ese día. Unos decían que se trataba de un familiar, otros que era un pretendiente, y por el malestar que se le veía a Pedrito esa parecía una de las apuestas más pedidas, que era un turista perdido, un familiar de algún fallecido del pueblo anotando en qué parcela del cementerio lo enterraron; pero solo El Gringo andaba cerca de la verdad, al recordar a los agentes de policía de investigación de su país, cuando andaban recolectando información. Ese pensamiento lo paralizó y se repitió que eso no olía bien.

En un rincón de la plaza estaban las sillas dispuestas para que se colocaran los músicos con su bandola, cuatro y maracas, para acompañar a los cantadores que vendrían los días viernes, sábado y domingo, que ese año sería once y por ser agosto serviría de día central para conmemorar a Santa Clara, la Santa Patrona del pueblo. Todo iba viento en popa, observaba El Jefe Civil, así se lo decía para sus adentros. Habían contratado para esos tres días a varias personas, una por cada lado de la plaza, para que barrieran un poco las hojas de los árboles y el polvo que se acumulaba. Todos rezaban y mantenían los cuchillos en cruz en los patios de las casas para evitar que lloviera porque las lluvias de agosto eran terribles, pensaba El Jefe Civil; quien además se preguntaba si ya Margarito, el abogado, habría preparado todos los papeles de los que habían pedido préstamos para poder apostar en las peleas.

Bambalinas de papel y algunos otros adornos con cordones de colores amarrados en los árboles de las esquinas de la plaza

daban vistosidad y hacían lucir diferente al pueblo. Ella se había acercado a la Medicatura, donde con recelo la Negra Isolina la recibió y le preguntó qué hacía por ahí. Ella le dijo: vengo a ponerme a la orden del Doctor Andrés para estar de auxiliar voluntaria de enfermería en estas festividades, usted sabe que siempre se presenta alguna cosita. Así es, sí, así mismo es. Pasa y se lo dices tú misma, eso le va a gustar al Doctor, no todo el mundo se ofrece a ayudar en estos pueblos cuando de por medio está una fiesta, que además contiene un desafío, decía la Negra Isolina.

La Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde estaba también adornada con bambalinas, la bandera nacional y la del estado; pero más pequeñas que las de la plaza. Se esperaba la presencia del Gobernador, junto a El Jefe Civil para el acto donde se iba a nombrar a El Gringo Hijo Ilustre de Santa Clara, por sus desinteresados aportes al pueblo y a la ciudadanía en general. Eso había observado la Señora Celsa, que no podía creer que la gente de por allí no se diera cuenta de todo lo que estaba pasando con ese Gringo y El Jefe Civil, que no perdía oportunidad para dejar claro que era su cómplice. Ella se decía, no lo puedo creer, yo no lo puedo entender. Mientras caminaba hacia su casa en Los Pobres, luego de hablar con el señor de los lentes oscuros y guayabera que era medio regordete, la Señora Celsa preguntaba con insistencia a Pedrito si todo lo que había visto era verdad y él le respondía que sí. Ya se lo he dicho, mamá, yo mismo lo vi, no me lo contaron, fue por allá en los raudales. Yo lo vi, mamá, se lo aseguro, no estaba dormido, no estaba soñando, le respondió Pedrito a la mamá, quien estaba nerviosa porque entendía que lo dicho al señor Navarro el regordete de lentes oscuros podía servir; pero para Ella podía ser un problema. Así iba pensando la Señora Celsa mientras se alejaba de la plaza con Pedrito caminando a su lado.

Capítulo III

La Señora Celsa le preguntó a Pedrito si estaba seguro de lo que había visto y le había contado. La mamá le recordaba que los niños no debían mentir y él le decía: mamá, deje de decirme niño. Por qué no me cree; qué quería ese viejo barrigón, mamá. Muchacho, por Dios, no seas falto de respeto, ese señor es una autoridad que vino desde la capital del Estado, imagínate tú lo importante del asunto; por eso insisto tanto en saber si me dices la verdad. Eso iba diciendo la Señora Celsa a Pedrito y le volvía a preguntar, cuéntame otra vez lo que viste y no ocultes detalle sobre lo que cada uno hacía y asegúrate de que sea verdad. Mucho cuidado, Pedrito, decía la mamá, asegúrate de decirme la verdad. El muchacho miraba a todos lados, se percataba de que nadie estuviera muy cerca de él o de su mamá, entonces le repetía lo que había visto por allá por los raudales.

La gallera La Pluma Negra estaba limpia, alumbrada y con la sección de bancos arreglados para los representantes de las cuadras y para que los invitados disfrutaran sentados. La zona plana del terraplén también estaba lista para todos los que entraran y que, aunque apostaran, seguramente sería menos y por eso les tocaba ver las peleas de pie. Hacia el fondo la pieza de la cuadra, para resguardo de los gallos que no estuvieran en turno, al otro lado el cuarto de los montadores y del juez, que este año iba a ser Martincito, lo que no cayó bien a mucha gente pues él había colaborado con la preparación de El Marañón y había

sido gallero compañero de Don Salvador. Eso no agradaba mucho, Eduardo justamente era uno de los que más se quejaba ante Jhon Jairo y El Jefe Civil, que poco caso hacían a esas quejas.

Jhon Jairo era un colombiano venido a esta tierra hacía algunos años. Se enamoró en el malecón de una de las trabajadoras más hermosas que vio al desembarcar y su historia de amor paró en ese pueblo. Luego de varios tragos que le invitó a la mujer en El Pez Dorado, Jhon Jairo le preguntó cuánto cobraba y, le respondió que no se apurara, que dejara eso a sus Santos. Él le contó todo lo que se parecía esa zona del puerto a su malecón en San Andrés del país donde nació y le hizo un montón de comparaciones bonitas en tan breve tiempo que la muchacha no podía creerle. Se notaba que tenía entrenamiento porque, después de varias horas de tragos y poca comida, seguía lúcida, mientras él ya estaba hablando de sus despechos de amor al son de lo que la rocola quisiera entonar. El botiquín ya estaba a reventar de mujeres de vida alegre y clientes, cuando la muchacha lo vio y le dijo: bueno, vamos; pero te digo algo antes, no te apures, por favor. Que no me voy a apurar, chica, a buena vaina, recuerda Jhon Jairo que le decía. No me refiero a eso, cariño, ven conmigo. Le hizo pagar la habitación, recuerda, mientras subían las escaleras, le comentó que había tenido que salir de su pueblo en una zona del llano, porque allá de joven no había trabajo para nadie; pero para él menos. Ya entraban en la habitación y Jhon Jairo debió pasar directo al baño a vomitar y se devolvió de pronto, aún con la borrachera, se plantó firme en el piso que minutos antes se le movía como el mar que trajo hasta aquí su barco, vio a los ojos a quien hasta ese momento le había parecido una mujer; hijoeputa, cómo es la vaina, recuerda que le dijo. Explícate, explícate, y empezó a detallar al mujerón que tenía en frente, que la mala luz y los tragos ahora no dejaban ver bien. Alberto, amor, Alberto, soy yo en realidad; pero no me siento así y eso es desde que era un

niñito, por eso me jodía todo el mundo en mi pueblo y hui, me fui, me vine. En Santa Clara me hubieran matado. Y ya Jhon Jairo estaba sin la camisa en la cama, ya Jhon Jairo no escuchaba bien aquella voz bitonal, más bien chillona y ya Jhon Jairo recibía las caricias con ganas, el deseo comenzaba a llamar a más, ya Jhon Jairo, sin interesarle más nada que las caricias y las lamidas, los pequeños gritos, el sudor y la pasión y la cabeza dando vueltas y vueltas y vomitar otra vez, quedarse dormido y soñar con esto y aquello, repetir los besos y las caricias en el sueño y despertar sobresaltado. Hijoeputa, qué chimba es esta, chico, que no me pueda sacar esa noche de la cabeza. Y al otro día sin cartera, el grito del señor de la recepción diciendo: epa, señor, su novia le dejó esto por aquí, allí su billetera con mil veces menos que lo que traía; entonces se tocó el pecho, tampoco su cadena de oro estaba y entonces empezó a intentar pensar, la vergüenza, la rabia y otra vez un despecho y esa confusión por lo mucho que le gustó esa noche y acordarse con claridad eso de: en Santa Clara me hubieran matado, tener que empezar a preguntar aquí y allá y cómo se llega, dónde queda, pensar en perseguir a un ladrón, o en perseguir un amor y sentirse estafado. Llegar a ese pueblo de polvo y paja, quedarse en el pueblo de quien le robó el alma en un encuentro, empezar a vengarse de todos por él o ella, empezar a sentir su mentira en todos sus coterráneos y solo pensar obsesivamente cómo estafarlos, cómo robarlos, cómo aniquilarlos a todos por él. Eso pensaba Jhon Jairo, que jamás escuchaba las quejas de nadie y menos si era de alguien que ponía su destino en un gallo, en una apuesta, como tantas veces apostó él.

Capítulo IV

El Teniente recordó que había ido a hablar con el Doctor Andrés y este le había atendido en el cuarto de la Medicatura, que servía como consultorio principal. Normalmente no me hubiera metido en ese tipo de cosas; pero ya era demasiado evidente que El Jefe Civil no estaba defendiendo la ley ni mucho menos a la gente del pueblo sino que, por el contrario, estaba ayudando a destruir el pueblo, vendiéndolo. Eso decía Andrés, mientras pensaba que ese Gringo ayudaba a envenenar a todos en el pueblo, que al final terminaban odiándose por la forma tramposa como arreglaban las cosas en la gallera. Sé bien, Teniente, que está ahora en el pueblo como militar; pero investigando cosas, por eso se lo comento. Recuerdo que estaba justo aquí, solo y estudiando algo sobre la mordedura de serpientes y los síntomas que presenta un paciente si lo muerde una mapanare, porque usted sabe, Teniente, que es distinto si la mordedura fuera la de una cascabel y más distinta aún si la mordedura fuera de una coral; Andrés se dijo que no tenía intención de aburrir al Teniente con tecnicismos, así lo pensó. Continuó diciéndole, fíjese en la ventana que da a la calle, si se para frente a ella se dará cuenta que justo allí se para gente, y lo que dice uno se escucha. Entiende, Teniente. Estaba aquí estudiando, decía al Teniente, esa vez escuché cómo El Gringo regañaba a El Jefe Civil diciendo que convenciera a Martincito, quien sería el juez del desafío, para que hiciera lo que debiera hacer llegado el momento, para

favorecer a El Marañón. Sí entiende, Teniente, preguntaba el Doctor Andrés. Porque a estas alturas en el pueblo todos están convencidos de que El Zambo iba a ganar, todo el mundo a esas alturas ya había pedido préstamos grandes a El Gringo y por eso se les veía ya a todos borrachos y apostando hasta lo que no tenían a ese gallo; pero ya el juez tenía la instrucción y seguramente el lunes después de pasado el fin de semana de las fiestas y el desafío, la gran mayoría habría perdido sus casas, porque no podrían pagar los préstamos. Eso decía el Doctor Andrés al Teniente, para que entendiera la forma ilegal de aquellos préstamos que hacía El Gringo y de los arreglos de las peleas que, además de sangrientas, eran manipuladas para perjudicar a la gente; además, no era cierto que fueran solo parte de la cultura y diversión, sino que de esa forma mafiosa se generaban faltas a la ley, que avaladas por El Jefe Civil traían más miseria y desolación en estos pueblos y caseríos. Eso quería el Doctor Andrés hacer entender al Teniente.

Asomados por la ventana, miraron ese viernes cómo se ordenaban los galleros en la plaza para pasar frente a la Medicatura, girar luego a la derecha y bajar pasando por la Casa de Acción Social Cultural y Familiar Cumbre Verde hacia la gallera La Pluma Negra; para empezar el desafío que se mantendría viernes, sábado y domingo. El viernes era solo para el desfile y la presentación de los gallos, el pesaje para casar las peleas y chequear todas las reglas del desafío, por ejemplo, que se usarían espuelas de carey, que las peleas eran a un máximo de quince minutos y que el gallo que ganara en menor tiempo ganaría el desafío, la cuadra que entre sus gallos acumulara los tiempos más bajos sería la cuadra ganadora. Todo eso lo recordaba el Teniente repasando mentalmente lo que debía colocar en su informe.

Eduardo recordaba claramente que cada uno estaba parado frente a la plaza, mirando hacia la estatua y El Jefe Civil

les daba unas palabras de bienvenida. Después de tantas cosas, otro año había pasado. Otro año ya había pasado, estaban todos de nuevo listos para el desafío. Los de Santa Ana, los de El Bajo, los de Los Pobres, los de El Pilón y los de Santa Clara, estaban allí parados, escuchando aquellas palabras y listos para ir en procesión hasta La Pluma Negra. Eduardo hizo un esfuerzo, pero no pudo recordar con claridad los rostros de la gente, estaba seguro de haber visto al Doctor Andrés junto al Teniente, que no sabía qué hacía en el pueblo mirando a través de la ventana desde la Medicatura, a la Señora Celsa con Pedrito como estatuas frente a la Jefatura Civil; también recuerda haber visto que Ella caminó apurada hacia la fila de galleros para dar un pañuelo blanco a Néstor. Todos estábamos allí parados con nuestros sombreros, camisas blancas y pantalones de kaki, beige unos y gris otros. Lo recordaba bien Eduardo, que no encontraba otra imagen parecida en la que todos estuvieran con sus ropas tan planchadas y limpias. A la señal de El Jefe Civil, los músicos de aquel rincón de la plaza comenzaron a tocar, sonó un joropo en ritmo de guacharaca y ellos comenzaron a desplazarse caminando como en desfile de Carnaval hacia la gallera. Al pasar frente a Cumbre Verde, se escuchó la algarabía y todos gritaban y saludaban a los galleros, otros no miraban a los galleros, sino que saludaban a los gallos, como si fueran personas; les lanzaban agua bendita y bendiciones. Ya en La Pluma Negra, la costumbre era que daban una vuelta al redondel, que era donde peleaban los gallos, y quedaban todos parados frente al Juez, que ese año era Martincito, quien les recordaba el pesaje y que de acuerdo con eso se haría el sorteo y se casarían los gallos para las peleas. Ya el ruido era insoportable, por alguna razón esotérica de esas que aparecen matizadas por adornos de santos, nadie para ese momento era capaz de hablar sin gritar. Vamos, Eduardo, tenemos que ganar, alguien le gritaba muy cerquita y de repente despertó de su letargo, vio

la sombra de El Viejo que le pasó por el lado, acarició las plumas de El Zambo, se acomodó entre la gente, sentándose por allá en las gradas para galleros. El frío se apoderó de su cuerpo y dijo: vamos, Papá, la bendición, protéjame y no me salga, que yo lo quiero; todo lo que logre será por nuestro nombre, será por usted. Venga, gallo, gritó, todos lo estaban mirando y todos se estaban riendo; el Juez, que ese año era Martincito, seguía explicando lo de las espuelas y las descalificaciones.

Eduardo varias veces había pensado en eso que le pasaba y él en algunas oportunidades lo precisaba en su cabeza. Espantos y aparecidos, soy joven pero ya he escuchado bastantes cuentos de espantos, espíritus, muertos y aparecidos, y no solo por lo del oro y los entierros, sino relacionado con el pueblo y las familias. Él había ido a decirlo en confesión al Padre Pedro, quien le aconsejaba, le decía que recordara las cosas bonitas de su papá y de su mamá y rezara cinco, dos o tres Padres Nuestros; pero qué va, no era eso, era que el espíritu de su viejo andaba por allí, Eduardo estaba seguro de ello, el de su mamá también estaba por allí. Él los recordaba y sentía que lo acompañaban.

Capítulo V

Todos habían salido de la gallera y regresaron hacia la Casa de Acción Social, Cultural y Familiar Cumbre Verde, donde los músicos en un rincón interpretaban un pasaje sabanero suave, que permitía a la gente hablar. Los jefes de familia estaban sentados en las banquetas dispuestas frente una mesa, donde se había abierto un libro de actas y un pergamino grande que se le entregaría al Míster para declararlo Hijo Ilustre del pueblo de Santa Clara. El señor regordete de la guayabera y los lentes que llegó con el Teniente anotaba en la libretica negra y miraba todo como un perro cazador. Se le acercó a El Jefe Civil y dijo algo que hizo que llamara a un policía que estaba cerca y este fue ante el maestro de ceremonias, que pidió la bendición al Padre Pedro y se dispuso a comenzar todo disculpando al Gobernador y al resto de autoridades de la ciudad, diciendo que: por problemas en la carretera no iban a poder llegar, por lo que El Jefe Civil presidiría el acto solemne y entregaría la condecoración y orden al mérito dispuesta para El Míster. La mitad de la gente sentada, que eran todos jefes de familia de los pueblos y de los caseríos, se pararon y se fueron sin decir nada; porque seguramente habían ido con la esperanza de poder acercarse y pedir algo al Gobernador o al prefecto; ya que con El Jefe Civil habían perdido toda esperanza. Seguramente fue eso, sí, por lo que se pararon y se fueron, sin decir nada al hacerlo, recordaba Eduardo.

A diferencia de la comida, que era escasa y cara en la única pulpería que existía, las botellas de aguardiente Bacardí importado y de cerveza La Nacional se vendían baratísimas en todo el pueblo. Esa era otra cosa que extrañaba a Eduardo y lo había notado el señor de lentes y guayabera. Con tantas necesidades en el pueblo, la gente formaba esa algarabía en esas fiestas patronales y en aquel desafío de gallos, con gallos bien alimentados, mientras los galleros se veían famélicos más bien; sí, así lo pensaba Eduardo, quien se decía que era verdad que esa gente de los pueblos se veía flaca; pero en esos tres días de feria gastaban las cantidades de dinero que no veían junto prácticamente nunca en sus vidas. Ni siquiera en los tiempos de la cosecha de merey en marzo, abril y mayo, aquello se veía. Todo un pueblo borracho y El Gringo sonriente, El Jefe Civil relajado y los policías abrazando a las muchachas, los mayores abrazando a las mujeres que eran de otros y el Padre Pedro lanzando bendiciones a esos demonios que no se aplacaban. Se le veía volver a entrar a la iglesia, a cargar la jarra de agua bendita, ir a la puerta a rezar y a lanzar bendiciones. Eduardo recordaba todo eso, lo veía confuso; pero lo sentía muy real y vívido. Todo ese gentío borracho, recordaba.

Si había suerte en los cruces después del pesaje había oportunidades reales, las estadísticas favorecían a Santa Ana y Santa Clara, por ser los pueblos más grandes de los que participaban; pero Santa Clara, además de ayudar con la organización y tener la localía, celebraba las fiestas en honor a su patrona, por eso tenía el favoritismo. Eduardo pensaba en todos los detalles y recordó que todos los desafíos del sábado habían sido con pollos de un kilo seiscientos gramos en promedio, en su primer año de edad y prácticamente todos en su primera pelea. No se vio gran cosa, comentaba la gente que sabía de gallos. Es que el invierno se vino bravo y muchos pollos y gallos emplumaron, por más que los preparaban estaban con frío en el cuerpo y

ganas de pisar gallinas, no de pelear, a menos que se les apareciera otro macho en el gallinero o en el patio. Casi todas las peleas llegaron a los quince minutos y sin dejar pasar un segundo más, Martincito gritaba: tablas, y El Gringo soltaba la risotada, tomaba un trago de un whisky que él decía que era buenísimo y se refugiaba en el salón privado de la gallera, que no muchos conocían, a sacar cuentas con Jhon Jairo y El Jefe Civil. Hijoeputa, vea, aquí rodaron todos; pero todos, esas peleas tablas son todas ganancia para la casa. Eso decía Jhon Jairo y anotaba un punto más en sus cuentas de venganza personal contra ese pueblo perdido, como él lo llamaba. La quinta pelea, entre un pollo Negro Azulado que parecía más bien un arrendajo y un Marañón Plateado, salvó el día y la fama de la feria. Eduardo esa pelea la recordaba claramente. El anunciador dijo: señores, se viene la quinta de la tarde, hagan sus apuestas, la palabra del hombre se respeta y aquí está Martincito nuestro juez listo. Galleros, arrímense un poquito hacia el centro, tranquilos que el Juez come gallos ya muertos, claro, pero no come gente. La gente se reía, la gente se alborotaba, el griterío no dejaba que se entendiera bien; Eduardo pensaba, sí, vale, había que concentrarse en la voz que a uno le interesaba. De Santa Ana, Simón Alcides con el pollo Negro Azulado, decía el anunciador, por Santa Clara, José Juan con el pollo Canagüey Plateado. En el pensamiento de Eduardo se aceleraban las imágenes, veía que los galleros se acercaban con los gallos en las manos, cómo los cargaban, cómo los acariciaban y veía cómo los galleros les besaban el cuello a sus gallos, y a los galleros que le hablaban a sus gallos, y los gallos que se picotean tocándose los picos como gesto o saludo inicial de gladiadores, los gallos tocaban la arena de río del redondel de la gallera; el griterío en su cabeza, vamos, mi Negro, que tú eres fiera, vamos, Plateado, que eres el bueno. Así iba recordando claramente Eduardo, quien se emocionaba; porque era un espectáculo impresionante y la adrenalina hacía

parar a todo el mundo y se oían los gritos de las apuestas: doy, doy, doy fuertes a reales. La tomo, dame, dame, habla pues, habla vale. Ya te dio frío, decía uno, no te acobardes, gritaba el otro. El Canagüey Plateado golpeando, el Canagüey Plateado se botaba y volvía, el Canagüey Plateado daba con la espuela. Poco a poco se veía sangre, sí, había sangre; pero no se veía por dónde sangraba el Negro Azulado, los gallos seguían picando, se veían las espuelas en el aire y ya iban siete minutos. El Negro se botaba, el Negro se caía y se levantaba, el Negro Azulado estaba contra los bambúes del redondel recibiendo una paliza, cuando de pronto, se oyó un grito fuerte: vamos, mijo, que tú eres bueno, nojoda, el gallo Negro oyó al dueño y se levantó y picó de pie, se paró y picó fuerte en la pluma, el puñal certero entró al cuello y el otro tiro asesino entró al ojo del Canagüey. El gallo se espantó, el Canagüey cayó y el gallo Canagüey murió allí en frente de la mirada perpleja de todos. Eduardo estaba aturdido, la algarabía era enorme porque era costumbre apostar a los gallos de Pluma Negra allí, el reloj decía ocho minutos y medio, el pollo Negro Azulado se paró y cantó mientras caminaba pausado y descansó cuando Simón Alcides lo levantó y dijo: vamos, que ya eres un gallo de verdad. Esa pelea salvó el desafío el día sábado. Eduardo la recordaba y se emocionaba otra vez. Pensó en Ella y no estuvo de acuerdo con que fueran malas las peleas de gallo, más bien se decía que la naturaleza de los gallos los hacía defenderse y pelear; pero eso era natural en ellos como en otros animales y hasta en los hombres. Así es, pensaba Eduardo, defenderse es natural hasta en los hombres.

Capítulo VI

La morocota era una moneda norteamericana que se usó después de la Guerra de Independencia, acuñada en oro veintidós y con un peso de un gramo y medio. Escaseaban las monedas de plata y no había papel moneda en circulación. Los pocos vales de canje por ganado o por comida que quedaron después de las montoneras de principios de siglo y hasta entrados los años treinta, también eran muy muy escasos. Eso hizo que la gente volviera a entenderse a través del trueque; pero en el comercio se mantuvo por un tiempo el uso del dólar de plata, el medio dólar de plata y la morocota, que era una moneda acuñada en oro. Eso había investigado el Teniente, quien también escuchó de todos los viejos con los que habló que, aunque hacía ya más de veinte años que no se usaba, la gente seguía buscando ese oro enterrado durante las guerras montoneras y de las que El Jefe Civil estaba siempre atento y decía a todos: recuerden que todo lo que se encuentra bajo la tierra es del Estado y al dueño de la parcela se le paga su parte por encontrarlo; pero eso nunca llegó a ser realmente así.

Muchos cuentos hacían referencia a los llamados entierros de muertos y los más viejos contaban, según le decía Ella a Néstor, que donde aparecía un muerto y un destello de luz allí seguramente había un entierro de oro. Ya en tiempos de los abuelos y de Papito niño se hablaba de la morocota, como estas que habían visto aparecer en el pueblo de oro puro, de oro de

verdad. Así le hablaba Ella a Néstor, para convencerlo de que no era normal eso en el pueblo, como él creía, ni tampoco lo era por el simple hecho de que la moneda dijera el nombre del país del Norte y que El Gringo fuera El Gringo. Tenía razón el Doctor Andrés y tenía razón el señor Teniente; eso era importante investigarlo porque se trataba de recursos del país en oro, además. Así hablaba Ella cuando Néstor le preguntó si era verdad lo que se decía en el pueblo sobre Ella y Eduardo. Ella no respondió nada cuando él le insistió, su hermana le dijo que eran conocidos como también se conocían ellos. Alcides sonrió, Néstor no le creyó y Ella caminó hacia adentro de la casa, pensando en Eduardo y Andrés.

El señor Navarro terminaba de anotar algo en su libreta negra y ensimismado caminó para entrar a la Jefatura. Allí encontró a El Jefe Civil y al Teniente, quienes conversaban muy serios y lo invitaron a sentarse. Muy buenas, dijo él. Enseguida El Jefe Civil le preguntó si le apetecía una taza de café. Él le respondió que sí y tomó la palabra. Ustedes saben que ya está listo el informe, verdad; bueno, supongo que lo imaginan, ya el informe preliminar, como dirían los abogados, está listo y con eso podrían actuar las autoridades. Eso decía el señor de lentes y guayabera blanca, que llegó al pueblo con el Teniente y el otro soldado ayudante del Teniente. Espero que no se equivoque, le decía El Jefe Civil, se trata de una persona muy querida en este pueblo y que ha ayudado mucho, decía. Una persona muy querida en este pueblo y que ha ayudado mucho, resonaban esas palabras dichas por El Jefe Civil en la cabeza del Teniente, que estaba pensativo. La investigación sigue su curso, señor Jefe Civil, aunque ya no es ningún secreto, sería muy bueno que en sus conversaciones diarias con El Míster no le diga nada de lo que como autoridades hemos hablado nosotros oficialmente hoy aquí en su despacho de la Jefatura Civil, señor Jefe Civil, entendió. Eso le dijo Navarro a El Jefe Civil. Total,

no queremos que el pueblo se entere de ese hermano suyo que se fue de por estos lados y ahora se vende como mujer y no hace más que robar y estafar; cierto, Jefe, que en estos pueblos no son buenos esos cuentos para el nombre de uno, dijo Navarro. Los soldados se vieron la cara y se quedaron tratando de entender. El Teniente pensó, tratando de descubrir a qué se estaba refiriendo Navarro, con eso que acababa de decir a El Jefe Civil, quien ya pensaba que era mejor colaborar.

La Señora Celsa recuerda cómo aquella noche, cuando El Jefe Civil se coló una vez más en su cuarto, le contó lo mal que se sentía con la forma como El Gringo estaba actuando contra el pueblo; que solo lo hacía por el pago que le daba y el reloj de leontina parecido al de Martincito que El Míster le había regalado, que además no le había gustado la forma en la que le habló Navarro de Alberto, a quien trató de delincuente solo por ser distinto.

Él recuerda que su hermano mayor debió irse del pueblo por la forma como lo maltrataba la familia y los otros hombres de allí, cuando era aún un niño de no más de once o doce años. Lo vejaban, se burlaban, por eso huyó. Y si fuera cierta la historia de algún robo, seguro se trataba de un modo de sobrevivir en aquel mundo hostil del puerto para todas las personas diferentes como Alberto, que no podía mostrarse en ese tiempo como eran ellos de verdad. Además, con qué derecho Navarro juzgaba la vida de su hermano, qué le daba ese derecho de juzgar a su hermano, qué le daba ese derecho; la Señora Celsa recuerda que El Jefe Civil lloraba mientras se preguntaba esas cosas.

Cuando llegó un camión con policías vestidos de uniforme kaki color beige y no con el habitual uniforme azul, la gente del pueblo no se dio cuenta porque acababa de terminar la última pelea y con la entrada de la noche también entraba la música para el baile. Entonces la gente se alborotaba, la música sonaba alto, los músicos se fajaban y la gente empezaba a bailar. La

borrachera era un calco de la del día anterior; pero con más gente, porque siendo el día siguiente domingo, día de descanso, mucha gente no trabajaba y se daban la licencia de ir a un parrando, o a una fiesta de pueblo como estas y de poder disfrutar unos tragos y una buena compañía. Eduardo recordaba que también otro vehículo rústico parecido al que trasladaba al Teniente llegó al pueblo, tenía emblemas militares, estaba seguro de que no era de la Policía, que era de los militares. Él había visto cómo el Teniente salía y se paraba firme, el Teniente contaba todo a ese señor que era evidentemente de mayor rango que él, quien le escuchaba con atención, gesticulaba con las manos y asentía con la cabeza.

Capítulo VII

El Gringo se encontraba en su oficina privada de la gallera La Pluma Negra que estaba al pasar la Casa de Acción Social, Cultural y Familiar Cumbre Verde. Toda la calle lateral estaba prácticamente sola porque la gente estaba en la parranda de la plaza. De nuevo botellas de aguardiente blanco Bacardí y botellas de cerveza La Nacional más baratas que un pan, cosa por lo demás extraña tratándose de un licor que no era del país. Un licor importado, se decía Eduardo para sus adentros. El Gringo ordenaba papeles de préstamos hechos por Margarito el abogado, con Jhon Jairo sacaban la relación; aquí tienes veinte apostadores más que no podrán pagarte, Gringo, le decía Jhon Jairo. Esos te entregarán los papeles de propiedad seguro, decía Jhon Jairo a El Gringo, no van a tener más remedio, Gringo; date por satisfecho. Cuando estaban teniendo esa conversación El Gringo y Jhon Jairo la puerta se abrió de repente y un aire frío como de muerte entró a la habitación, a El Gringo le pareció ver las sombras de gentes que habían muerto, sacudió la cabeza y pensó, será que me estoy volviendo loco. Me estoy poniendo como la gente de este pueblo viendo espantos y aparecidos. Qué te trae por aquí señor Jefe Civil, preguntó El Gringo a quien había entrado abruptamente luego del aire frío y las sombras que él creía haber visto. Jhon Jairo dijo también, sí, señor, muy buenas, qué ha pasado. Las noticias de las fiestas son buenas, las ganancias suyas son buenas, así que las mías también deberían

ser buenas; pero estamos teniendo un problema y tenemos que conversar en serio, será mejor que le digas a tu abogado que se venga para el pueblo. Acá alguien habló, alguien soltó la lengua, alguien está molesto. Eso decía alterado El Jefe Civil. Supongo que todos los que han perdido, decía El Gringo. Sí, deben ser los que han perdido, decía Jhon Jairo. Es más que eso, decía El Jefe Civil. Creo que la gente está hablando más de lo que debe o han visto más de lo que creemos y sabemos. El Jefe Civil hablaba alterado esa vez. Jhon Jairo repetía, esos molestos deben ser los perdedores, nadie puede haber visto nada, aquí la gente duerme temprano, la gente se recoge temprano y solo se ven penumbras dentro de esos ranchos. No sé qué cosa podrían haber visto, Jefe Civil, así que no te adelantes; pero tampoco te atrases, sigue pendiente y recuerda que se te paga bien. Se te paga bien, se repetía en su cabeza esa vez El Jefe Civil. Recibes buena paga, repetía El Gringo viendo salir a El Jefe Civil por la misma puerta por la que entró junto aquel aire frío. Escuchando la algarabía del pueblo por todo el alcohol que habían bebido esa noche, Ella subió decidida desde El Pilón hasta Los Pobres, pasó y vio que en casa de Eduardo no había nadie. Sultán, en vez de ladrar, como ya la conocía, se le abalanzaba sobre las piernas y Ella decía: deja, perro loco, Sultán se volvía más cariñoso entendiendo las palabras de Ella como gestos amorosos. Por Dios, que te apartes, perro, Sultán seguía saltando, metiéndose entre los pies de Ella y Ella no encontraba cómo apartar a ese bendito perro que no la dejaba ni caminar. Tú eres un perro loco como tu amo, le dijo y logró llegar hasta el portón, cerrarlo y alejarse mientras Sultán se quedaba mirándola con ganas de que volviera a venir y a decirle palabras que él interpretaba como cariñosas. Ella salió y subió directo a la parte alta del pueblo, donde estaba segura de que iba a encontrar a Eduardo. Eso pensaba Ella, quien caminaba decidida desde que salió de El Pilón hacia Los Pobres. Eduardo la miró a

la distancia y se preguntó qué habría pasado que esa muchacha venía por allí, a esta hora en plenas fiestas, después de que ya se había ido para su casa en El Pilón. Ella lo vio hablando con la enfermera Isolina Arbera de la Medicatura rural, a la que ya conocía bien, por lo odiosa que era, y le hirvió la sangre. Muy buenas, dijo al acercarse. Eduardo, puedo interrumpir, dijo esa vez Ella y Eduardo lo recordaba y se reía como esa vez. No sé qué será lo que le causa risa. Disculpe un momento, Señorita Isolina, no es mucho lo que voy a tardar, dijo Ella. Eduardo se puso serio cuando pensó que Ella venía decidida a plantearle algo. Néstor me preguntó qué pasaba entre nosotros y le dije que éramos conocidos nada más. Así que después de que arregle sus asuntos que veo tiene por aquí, usted piense bien lo que me va a decir y me va a proponer, o se olvida y me deja tranquilita como me la paso en El Pilón, le dijo Ella. Que la dejara tranquilita si no le hacía una propuesta, esta muchacha lo dijo así de sopetón y con voz firme, recordó Eduardo. La Negra Isolina se sonrió y le dijo a Eduardo, tiene carácter esa muchacha, piensa bien lo que te dijo y lo que le vayas a proponer; que esa no es para enamorarse un día sino cien años, y no es para un muchachito sino para ponerle unos cuantos. Piensa, Eduardo, piensa. Eduardo recordaba que así le hablaron las dos mujeres.

Néstor se encontró a Pedrito en una esquina de la calle antes de subir hacia la plaza más cerca de Los Pobres que de Santa Clara y sus fiestas, por donde él vivía con la Señora Celsa. Epa, compa, se puede saber qué hace un mocoso parado en el camino a esta hora. Será que estás pensando escaparte una vez más, le preguntó. Tú y que ahora sabes todo de lo que pasa en este pueblo, le preguntó. Mira que quien mucho dice, mucho se compromete, cuidado, Pedrito. Le decía Néstor con voz tensa, más bien amenazante, según lo contaba Pedrito. Compañero, le juro como lo dije a mi mamá que no he hecho nada, yo no he dicho nada y usted sabe que los chismosos inventan y ponen las

palabras en la boca de uno diciendo lo que ellos mismos quisieran decir, haciendo creer que fue uno el que lo dijo. Como uno ya tiene la fama, entonces la gente se lo cree; pero yo no he dicho nada, Néstor. Eso sí es cierto, la gente habla; pero acaso no te robaste El Zambo de Eduardo, o eso fue un espanto. Lo salvé de la crecida, Néstor, no me lo robé, decía Pedrito, que ya estaba incomodándose con Néstor cerca de él, arrinconándolo. Ah, así fue, ahora usted es un héroe que salvó al gallo. No fue que El Gringo le pagó para que se llevara a ese gallo, no fue que Eduardo le pagó para que se robara a El Marañón, no. Así increpaba Néstor a Pedrito cuando apareció la Señora Celsa y por detrás le respondió antes de que Pedrito dijera nada, qué es eso, Néstor, quién te dijo eso, Eduardo sería incapaz de hacer algo así, quién te envenenó de esa manera, le preguntó la Señora Celsa. Eso en todo caso no es verdad ni de lejos Néstor; en cambio El Gringo sí le dio un trompo de regalo a Pedrito tratando de que hiciera lo mismo que hizo con El Zambo, que sacara a El Marañón de la jaula, lo dejara por allí por donde por casualidad seguro pasaría alguien de él, de El Gringo, y se robaría al animal. Seguro después aparecía El Míster vendiéndolo aquí o en otro lado, diciendo que lo trajo del norte. Ese Gringo tiene a este pueblo enfrentado y a todos peleando contra todos. Así hablaba la Señora Celsa y Néstor se disculpó, dio las buenas noches mientras seguía su camino.

Capítulo VIII

El Teniente le había agradecido a la Señora Celsa en nombre del Gobierno por su valentía. De ser cierto lo que estaba pasando, El Gringo debía rendir cuentas a la justicia. Es algo serio, decía El Teniente al Coronel, que ahora se presentó en el pueblo. Pedrito no tenía por qué mentir con eso, si vio esas lanchas lanzando cajas de ron y cerveza hacia la orilla del río y luego El Gringo con Jhon Jairo, custodiado por El Jefe Civil las recogían, eso ellos deberían explicarlo, porque podría ser contrabando lo que estaban trayendo al pueblo. De ser verdad que desenterraron dos cajones con oro por el lado de los manglares, entonces también deberían explicar eso. Ese Gringo andaba metido en problemas por la forma como lo analizaba el Teniente, mientras agradecía a la Señora Celsa. Según parecía, había varias cosas que ya habían autorizado a investigar y por las cuales El Míster tenía que rendir cuentas a la justicia. Tenemos que ser pacientes y esperar el momento preciso en el que él tenga en sus manos ese pedazo de oro, dijo el Teniente.

La gente comenzó a retirarse pasada la medianoche. El Jefe Civil preguntaba insistentemente a los militares si pensaban pernoctar en el pueblo o se retirarían hacia el cuartel. Jhon Jairo estaba ansioso, El Gringo, quien había ido hasta su casa de campamento, ya estaba de nuevo por el pueblo y rondaba de un lado a otro como esperando la retirada de los últimos borrachos; pero sobre todo de los militares. Eso recordaba Eduardo,

que cuando se devolvía a su casa pasada la medianoche, vio a El Jefe Civil hablando con el Teniente y el otro oficial de más alto rango. También vio, y lo recuerda claramente, a Jhon Jairo recogiendo botellas de cerveza regadas por toda la plaza, que iba colocando en cajones de madera y que Figurín, el loquito del pueblo, trasladaba hacia el depósito de la Casa de Acción Social, Cultural y Familiar Cumbre Verde, solo por el bocado de comida y el par de alpargatas que le regalaban. Eduardo lo recordó claramente y sobre todo la cara de El Gringo, que se notaba desencajado y no con la sonrisa de superioridad que siempre mostraba en su cara. Eduardo se dijo muy para sus adentros: parece que algo va a pasar, aquí las cosas están como raras. Se persignó al pasar por frente de la iglesia y mientras bajaba de la parte alta hacia Los Pobres, se veían las sombras de dos figuras semejantes a las de un hombre y una mujer que lo iban acompañando.

Los militares andaban haciendo recorridos junto con los oficiales de la policía desde la orilla del río y por los caminos principales de cada pueblo y caserío. El Teniente mandó esa madrugada a que el vehículo se detuviera porque le pareció ver un movimiento raro. Cuando bajó del vehículo se encontró con los ojos de Pedrito en un gamelotal. Lo que puedes hacer es que te muerda una culebra, muchacho loco. Y es que tú no duermes, le preguntó El Teniente a Pedrito. Si no fueras tan insomne y curioso, no nos hubieras ayudado tanto, cierto, Pedrito. Justo en eso pensaba Pedrito cuando escuchaba esas palabras somnoliento. En la noche, la única manera de ahuyentar las pesadillas y los malos presagios era caminando. Él salía a caminar y mientras caminaba veía cosas que después deseaba no haber visto. Era medio insomne, es verdad. La mamá más de una vez lo encontró durmiendo en su patio, en el patio de la casa de Eduardo, en la entrada de la casa de Néstor o por el río. Esa vez la Señora Celsa se asustó porque por los manglares no lo encontró dormido sino

muy despierto, hablando solo y repitiendo como para memorizar: dos cajones El Gringo, Jhon Jairo, El Jefe Civil y un policía con revólver. El Gringo, Jhon Jairo, El Jefe Civil y un policía con revólver. La mamá entendió que se estaba despertando de una pesadilla y se lo llevó. Un año después, ya con doce años, Pedrito le había dicho que lo de los entierros era verdad y que por eso él se la pasaba velando para ver si algún muerto le aparecía señalándole la luz en el lugar del entierro; así él se haría rico y se la llevaría a otra parte a vivir mejor sin tanta soledad y tanto polvo.

Los entierros de oro aún existen, mamá, lo que hay que esperar es que algún muerto le hable a uno y lo alumbre. Eso dijo Pedrito, que estaba convencido de haber visto por lo menos uno que fue ese que se apropió El Gringo.

En medio de su insomnio salía a caminar y veía cosas, y la mamá le decía, eso no es verdad, Pedrito, lo soñaste, le decía, y él que sí, que sí que es verdad, mamá, y lo he visto. Él salía a caminar y mientras caminaba veía cosas y se pasaba otras noches enteras tratando de borrarlas de su cabeza, pero ya las había visto. Como vio a El Gringo desenterrando el oro por los manglares aquella noche.

Temporada de Gallos V

Capítulo I

Eduardo abrió los ojos, pensó que ese era el día y escuchó que los gallos cantaron.

Ese domingo once de agosto, día de Santa Clara, parecía que había amanecido más temprano, el cielo estaba más azul. Todo el mundo alborotado haciendo compras de lo faltante para la sopa del día, porque ese sería el gran día del desafío. Aquí se iban a jugar los mejores gallos y las cuadras mostraban buenos candidatos. No era fácil estructurar una cuadra, generalmente la hacía un solo gallero, pero también podían hacerla entre dos o más; arreglaban un espacio, fabricaban las jaulas y poco a poco iban criando los pollos, cuidándolos y entrenándolos hasta que fueran gallos. No siempre salían buenos, pero los de El Viejo sí lo eran porque siempre tuvo cuidado con las gallinas a las que les sacaba cría con sus gallos padrotes. A veces compraban un buen gallo para completar o complementar la cuadra.

La Cuadra de Santa Ana, coordinada por Simón Alcides, partía con la ventaja de haber ganado en día sábado el primer día del desafío, con su pollo Negro Azulado, el combate que marcaba el fin de la faena. Ese triunfo había puesto a pensar a todo el mundo sobre lo bien preparado que se mostró ese pollo. Jhon Jairo sacaba todas las cajitas con las espuelas de carey y les decía a los galleros, hasta fiadas las pueden tener, recuerden, muchachos, en un campeón no se escatiman gastos, perdón, inversiones, no es verdad, preguntaba en voz alta, ustedes vinieron a

jugar a sus campeones, así que no los vayan a dañar por montarles una mala espuela. Las cubanas son superiores, decía. Sí, así les hablaba Jhon Jairo y Eduardo lo tenía claro en sus recuerdos. Había hombres que se ofrecían para montar los gallos, pero él recordaba que tanto Don Salvador como Martincito o El Viejo eran de montar ellos mismos y decían que era un problema si después se caía una espuela o se rompía un carey, por eso era mejor que uno mismo se hiciera responsable de su gallo. Eso pensaba Eduardo, eso recordaba. Realmente lo recordaba, creía Eduardo que era así, y allí el momento de las espuelas era una gran fiesta que se vivía con mucho nervio. Esta vez todos los gallos de año y medio o un poco más con alguna pelea, o sin peleas, tendrían derecho a montar espuelas de carey de dos centímetros. Se veían enormes en la pata de los gallos.

La primera pelea que llamó el anunciador fue la de La Cuadra de El Bajo de Don Nigel y su Gallo Giro cola negra contra La Cuadra de Santa Ana de Simón Alcides y su gallo Canelo. El Canelo. Recuerdo que todo el mundo se estaba cambiando porque en las preliminares las apuestas favorecían al Giro de Nigel, pero, después de lo acontecido el día anterior con el pollo Negro Azulado, la gente se quiso asegurar. Sin embargo, no ocurrió lo que creían. Cuando cayeron los gallos en la arena, hubo un silencio que luego de unos segundos se había roto; la algarabía comenzó de nuevo cuando el Canelo sacudió las plumas del Gallo Giro con un espuelazo a las alas que enseguida partió la espuela izquierda del gallo de Simón Alcides. Eso emparejó las apuestas y la pelea, que luego de quince minutos de palo por palo de un gallo con dos espuelas contra uno con una y media, dejaba a todos atónitos oyendo cómo Martincito gritaba tablas, para sorpresa de todo el mundo y la risotada de Jhon Jairo y El Gringo que decía, bueno, si así llueve que no escampe. Quién iba a pensar que La Cuadra de El Bajo iba a poner en apuros a un gallo de Simón Alcides,

eso se cuenta y no se cree. Eduardo observaba todo. Néstor miraba todo. Formalmente era la primera vez que ellos estaban al frente de sus cuadras; eso era otra curiosidad de este desafío por las fiestas de Santa Clara.

No siempre los hijos heredaban las cuadras de sus padres galleros, pero en este caso había sido así y se repetía la historia de Los Pobres contra El Pilón, solo que ahora era Eduardo contra Néstor y ya no Don Salvador contra El Viejo, y eso era otra curiosidad del desafío ese año.

Cuando anunciaron a La Cuadra de Los Pobres coordinada por Eduardo y su Gallo Pinto contra La Cuadra de Santa Clara con José Juan y un gallo Jabao, que todos decían que estaba protegido por la Patrona, volvió el alboroto a la gallera. Acérquense galleros al centro del redondel y empezó el griterío y todo el mundo daba fuertes a real por el Jabao y eso hizo que Eduardo se sorprendiera, pero de inmediato le volvió el alma al cuerpo cuando apenas cayendo El Pinto le había malogrado el ojo derecho al Jabao, que se volvió como una fiera y no dejaba de lanzar con el pico y pico y pico. Eso era lo que acontecía y los gritos se iban emparejando. De pronto el Gallo Pinto corría hacia un lado, y el Gallo Pinto corría hacia el otro lado, y la gente se reía y la gente gritaba, que te pares vale, da combate. Eduardo, qué trajiste, le gritaban, y así lo recordaba. El gallo como que entendió que se burlaban de su dueño y se paró de frente, se engrinchó y se le levantó el collar del cuello y picó duro por el lado de la herida del ojo derecho y volvió a picar, pero en la pluma y dio el espuelazo en el cuello y el otro espuelazo que le terminó de vaciar el ojo derecho al gallo y José Juan levantó su gallo y dijo: está bien así. Cinco minutos y medio pasaron y Eduardo había ganado con su Gallo Pinto. Lo recuerda Eduardo, sí, así fue eso. Ese Gallo Pinto era noble porque casi no le ponía atención con toda la algarabía de ese tiempo con El Zambo.

La gente molesta le gritaba a José Juan qué le habían pagado; la gente molesta se le fue encima a José Juan y le decía, arreglaste la pelea o qué pasó. Eso pasó, no es falso, eso pasó. José Juan trataba de explicarles, y José Juan que intentaba decirles que no quería que le mataran el gallo. Es un gallo muy bueno es un gallo muy bravo, pero el espuelazo en el ojo lo sorprendió el espuelazo que lo dejó sin el ojo derecho fue noble. Prefiero recuperarlo y jugarlo tuerto. Eso decía José Juan al montón de apostadores que estaban gritando, ofendiendo, molestando.

José Juan era un gallero de verdad. José Juan sabía lo que era un buen gallo. Él sabía lo que era un gallo de raza, lo que costaba un gallo de raza. Por eso pensaba que lo mejor era perder la pelea. Él sufrió el espuelazo en el ojo derecho. José Juan cerró el ojo derecho, sintió el espuelazo como si fuera el gallo.

El Pinto se había alzado y muy rápido lanzó con la espuela y su gallo ya no tenía un ojo, por eso paró la pelea, así lo recuerda, y le dijo a Eduardo, preferí parar la pelea. Me malograron el gallo es por eso que preferí parar la pelea y sé que algunos galleros lo entenderán, también sé que hay quienes no lo entenderán. Pero es un buen gallo este Jabao y prefería jugarlo tuerto en otro tiempo que podría ser este mismo tiempo o podría ser otro tiempo; pero prefería recuperarlo y jugarlo después tuerto, como lo dejó el Gallo Pinto con esa puñalada en su ojo derecho.

Capítulo II

Ya habían pasado dos horas, eran cerca de las once y media de la mañana de ese domingo de ferias por la Patrona de Santa Clara, cuando a las afueras se observaba un movimiento inusitado de carros de militares y policías que bloquearon la salida del pueblo, la calle lateral que iba hacia la gallera y hombres en pareja se apostaron a las puertas de Cumbre Verde y de La Pluma Negra. En la Jefatura Civil estaban el Oficial Superior Jefe del Teniente y el Teniente, quienes hacían firmar unos papeles a la Señora Celsa. Cerca de las doce del mediodía se escuchó a Martincito: vamos con la otra, y el anunciador dijo en voz alta: señores, tercera pelea de la tarde, vamos a disfrutar de La Cuadra de El Pilón con Néstor al frente y su Gallo Cenizo, contra La Cuadra de El Bajo con Nigel coordinando y presentando al Gallo Blanco. Esta es la pelea más clara del desafío, señores, decía el anunciador, refiriéndose a las plumas claras de los gallos; hagan sus apuestas y recuerden que estamos entre hombres y la palabra del hombre se respeta. Así se escuchaba todo dentro de la gallera, la gente se alborotaba, la gente ya estaba consumiendo aguardiente, todos listos para apoyar a sus gallos.

Los galleros hicieron que los gallos se miraran mientras los sujetaban, los gallos se picoteaban y hacían sentir al otro que estaban allí. Los soltaron y al caer al suelo ya El Cenizo picaba y daba con la espuela, El Blanco acusaba el ataque, se acobardó y paró en los palos de bambú que servían de cerca

al redondel: gallo huido, gallo huido, se escuchó. Empezaron los gritos de las apuestas, medios a real, lochas a real. Dame, dame, doy, doy. Habla, vale, habla, chico, vamos, gallo, que tú eres bueno; cuando de pronto se escuchó un grito de Eduardo que dijo emocionado: vamos, mi gallo, que tú eres bueno. Y un silencio de fracciones de segundo invadió la gallera como para entender el grito. Néstor levantó la mirada, Néstor le clavó una mirada de odio a Eduardo; la gente los miró, aunque la gente no entendió. De pronto un aleteo y todos vieron a El Gallo Blanco en el piso boqueando. Se paró dio vueltas por el borde de los bambúes como queriendo cansar a El Cenizo; repentinamente se devolvió y lanzó un espuelazo, Nigel gritaba: allí viene mi gallo, vamos blanquito que ese no es más que tú. Esos gritos parecían interminables y la gente esperaba que de nuevo el Gallo Blanco se parara. Otra vez los gallos frente a frente, El Cenizo picó una vez, dos veces y hasta tres. El Cenizo lanzó un espuelazo una vez y la segunda cogió franco en el cuello al Gallo Blanco; listo, se vio el cuello torcido del gallo y las patas recogidas, dio vueltas sobre su propio cuerpo, el reloj que marcaba cinco minutos y el Gallo Blanco quedó allí muerto, en cinco minutos. Néstor levantó su gallo y se fue triunfador, mientras la gente se quedó con el recuerdo del grito de Eduardo que nadie entendió; pero Néstor sí. Le dijo a Alcides: tenemos que hablar con esa muchacha.

Mientras estaban en la cuadra guardando los gallos y revisando los otros que faltaban por pelear, Eduardo entró y se acercó a Néstor. Estaba allí parado y no decía nada; él recuerda que se acercó a Néstor. Qué haces tú aquí, le preguntó Néstor a Eduardo. Yo reviso los gallos, dijo Eduardo, y yo reviso los míos, dijo Néstor. Solo que los míos están de este lado, sí, sé que tus gallos están de este lado, enfatizó Eduardo; entonces por qué no ves los tuyos, que están de aquel lado, casi gritaba Néstor molesto, o es que ya no conoces a El Zambo; tranquilo, ya me

voy a ocupar de mis gallos en el otro lado. Empezó a caminar lentamente, de pronto se detuvo, Eduardo se volteó, miró de frente a Néstor y pidió que lo disculpara por el grito, Néstor le dijo: que ya no creía en sus disculpas. Eduardo realmente necesitaba disculparse; pero Néstor ya no creía en sus disculpas. Así se lo repitió Néstor y fue enfático, te dije que no creo en tus disculpas, fue humillante, casi dices a todos que El Cenizo era también tuyo y no era así. Ella le había dado ese gallo a Néstor, por eso ya no era de Eduardo y él casi dice lo contrario con su grito. Por eso Néstor no creía sus disculpas, estaba molesto y le dijo que mejor se fuera al otro lado a atender a sus gallos.

Néstor era todo un río de rabia a punto de desbordarse, no estaba conforme, estaba iracundo a pesar de haber ganado. Eduardo recuerda que le vio los ojos raros y que no entendía por qué de repente por cualquier cosa se llenaba de esa rabia que a él le parecía destructiva.

Era como volver a vivir lo que pasó aquella vez del juego de trompos; era revivir todo otra vez. Recordaba a Néstor bravo, si perdía se ponía bravo, Néstor se caía, Néstor con espuma en la boca, Néstor allí tirado en el piso con una saliva espesa; recordaba que Néstor nunca hacía caso cuando perdía y explotaba; eso recordaba Eduardo, Néstor no se controlaba; parecía un volcán, así era siempre Néstor otra vez con esa rabia, con esa ira, con esas ganas de hacer daño. Néstor se ponía iracundo y los ojos no eran sus ojos, sus ojos no eran los de él, sino los de un ser rabioso que no podía controlarse y que después caía en la tristeza, después sentía arrepentimiento, Néstor no creía en Eduardo y vivía lleno de rabia.

Capítulo III

La Señora Celsa llegó hasta la casa de Ella en El Pilón, le dijo: tengo un mal presentimiento. Ella le decía: no puede pasar nada el día que nuestra Patrona está en el pueblo; en todo caso lo que vaya a pasar tiene que ser bueno para el pueblo, Señora Celsa. Amén, respondía la Señora Celsa, cuando Ella le decía que no creía que pasaría nada en realidad y que creía que lo que pudiera pasar sería bueno para el pueblo. Las dos salieron hacia el pueblo por si cualquier cosa, ambas opinaban que de verdad era mejor estar allá. Cuando llegaron a la plaza, vieron hombres vestidos con uniforme beige y armas en cada esquina, se inquietaron más. Ella recordó la última conversación con Eduardo y se dio cuenta de que aún él no le había respondido qué era lo que quería hacer con lo que había entre ellos. Eso estaba pensando cuando la Señora Celsa le comentó: oye, si quieres sufrir menos de lo que ya hay que sufrir en la vida, no te cases con un gallero. La Señora Celsa le decía: terminan pareciéndose a esos animales. Se vuelven como unos gallos de pelea. No te parece, le preguntó.

El Teniente acababa de regresar de la casa de campamento en San Tomé de El Gringo. Esa casa se notaba algo vacía y parecía que El Míster se hubiera estado mudando poco a poco. La esposa les permitió que pasaran a sus oficinas privadas y allí solo encontraron algunas notas con nombres de campesinos y números de parcelas; pero no había rastros de títulos de tierra

ni de monedas de oro. El Teniente pensó que iba a ser muy difícil hacer entender a las autoridades que él había pasado todo un informe basado en lo que decía haber visto un mocoso una madrugada, medio dormido además. Y si todo fuera mentira, y El Gringo sí fuera un ciudadano intachable, como decía El Jefe Civil. Si no descubriéramos nada, pensaba El Teniente que su carrera militar estaría acabada. Eso se decía el Teniente mientras se mordía los labios; pero de inmediato agregaba: claro que debe ser cierto, se decía.

Al llegar a la plaza, la Señora Celsa y Ella estaban allí a la expectativa; desde la gallera llegaban el ruido y la algarabía.

El Teniente al mirar a la Señora Celsa le saludó y volvió a agradecer. Esa vez hizo un comentario entre dientes: todo lo que dijo su hijo sobre El Gringo parece ser verdad, aunque aún no hemos encontrado lo que buscamos. Ella entendió todo y pensó: todo este tiempo hemos estado equivocados pensando en que Pedrito nos había delatado y lo que ha estado diciendo tiene que ver con El Gringo tramposo, gracias a Dios y a Santa Clara. Ella se hacía la señal de la cruz y decía para sus adentros; pero Pedrito pudo aclarar todo y no aclaró nada, parecía que le tenía miedo a El Gringo y no decía nada. Ese Míster seguro que sabe algo y Pedrito no termina de decir, no termina de contar. Por eso se asustaba y se escondía como un morrocoy dentro de sí mismo, callaba y no decía nada. Él se callaba sí; así quedaba Pedrito, siempre callado, pensaba Ella. Ella pensó que debía contar todo tal como lo había entendido a Eduardo, para que estuviera más tranquilo. Todo lo que habían estado murmurando sobre una posible delación de Pedrito, nunca ocurrió; ese muchacho y la Señora Celsa solo habían contado a las autoridades lo que aquella madrugada había sucedido en los manglares.

Capítulo IV

Ya no entraba más gente en la gallera, ya en ese momento el público estaba abarrotando todos los rincones del sitio y los gritos aumentaban y aumentaban. Señores, una de las peleas más esperadas del desafío, dijo el anunciador: se enfrentan en esta cuarta pelea La Cuadra de Los Pobres bajo el mando de Eduardo, con el Gallo Zambo Dos Minutos, contra La Cuadra de Santa Ana bajo el mando de Simón Alcides y su gallo Canagüey.

Hagan sus apuestas y mantengan las normas, la palabra de hombre se respeta. Se escuchaba la voz de Martincito, los dos galleros se acercaron y también acercaron los gallos. El Canagüey picó duro y haló la piel de El Zambo, casi sin caer en la arena de río del redondel, luego se levantó el Canagüey y dio una puñalada que pareció certera entre ala y cuello del Gallo Zambo, al que de inmediato le brotó la sangre para sorpresa de la gente. Se hizo un silencio, una angustia mayúscula pareció entrar en el cuerpo de todos y el miedo se apoderó de muchos. El Gallo Zambo se volteó y picó rápidamente dos veces las plumas del collar del Canagüey, que se zafó en ese momento; pero del halón cayó sentado, lo que aprovechó El Zambo para irse encima, picar en la cabeza y tirar dos veces seguidas con las espuelas y se vio al gallo Canagüey sangrando. El Canagüey se plantó frente a El Zambo y picó las plumas de un ala, luego picó las plumas del collar; pero el Zambo se soltó, se levantó y

como un relámpago tiró con las espuelas, provocando una herida morcillera al Canagüey, quien sangrando cayó y recibió otra herida con la espuela en el cuello y luego un lanzazo en un ojo y otro en la cabeza, entonces el Canagüey cayó en el piso ennegrecido y no se movía; El Zambo lo picó una y otra vez, remató con las espuelas, el Canagüey no respondió, murió en ese duelo.

Simón Alcides entró al redondel se agachó y recogió al Canagüey, que estaba muerto y se le vio el rostro triste al gallero. Eduardo entró al redondel, lo miró y levantó a su gallo mientras Martincito decía: dos minutos y medio esta pelea, este gallo se adelanta en el desafío. Comenzaron los gritos, los gritos y los gritos. Campeón, viva El Zambo, viva Dos Minutos y La Cuadra de Los Pobres se adelantó con dos gallos ganadores; mientras Néstor observa todo desde la cuadra de los gallos y pensó, esto no va a ser fácil. Jhon Jairo entró al privado, mientras vio llegar al abogado Margarito, le dijo a El Gringo: esto no se ve bien. El Gringo pensaba que a Jhon Jairo se le habían olvidado las matemáticas, esta es la única pelea en la que nos quitaron algo y le decía: recuerda que yo gané con lo que le di a Eduardo para que apostara. Eduardo colocó a El Zambo en resguardo, lo limpió y agradeció a Santa Clara que había sido solo una herida entre el cuello y el ala; pero no profunda. El Zambo estaba entero.

Eduardo acababa de resguardar a su gallo, esta pelea la gané yo, se dijo. Uno se siente bien, se decía, y repasaba en su mente la pelea. Con el maniquí tengo que carearlo y tocarlo rápido por ese lado derecho, El Zambo no vio ese espuelazo. Eso pensaba Eduardo cuando llegó Néstor diciéndole: ese gallo es muy bueno, lástima que no haya quedado con El Marañón en el sorteo. Con esa rabia que usted carga a lo mejor mataba a El Zambo, aunque le ganara a El Marañón, le respondió Eduardo. No sería capaz, respondió Néstor, yo creo que sí, le repuntaba Eduardo. En algún momento tendrá que ser, decía Néstor, por

su hermana yo prefiero que no sea nunca, Néstor, dijo Eduardo. Qué quiere decir usted con eso de por su hermana, Eduardo, le preguntó Néstor, y obtuvo un silencio largo por respuesta. Me debería explicar, dijo Néstor, no tengo nada que explicar, dijo Eduardo, yo creo que sí, enfatizó Néstor; porque nombró a mi hermana. Ya hablaremos, dijo Néstor, ya hablaremos, dijo Eduardo. Néstor salió porque ya estaban llamando la última pelea del desafío esa tarde.

Pasado ya el mediodía, la gente salía y entraba a cada rato, comían, bebían; pero no dejaban de estar pendientes de los galleros y los gallos. Esta pelea podía definir las cuadras y nada era imposible; quién podría saber si también decidía el gallo ganador del desafío; aunque de verdad se veía muy difícil. Eduardo pensó que era muy difícil que algún gallo pudiera mejorar ese tiempo de dos minutos del Gallo Zambo. Posiblemente sean buenos estos gallos; pero no tanto como para matar más rápido a otro gallo como lo había hecho el Zambo; pero no por asesino. Si a él no lo molestaban, no reaccionaba así, él no reaccionaba si no le pisaban su tierra, o sus gallinas. Él lo hacía por defenderse y eso Eduardo siempre había tratado de explicárselo a Ella, quien parecía no entender. Así pensaba Eduardo, mientras viajaban hacia el piso del redondel de la gallera, el Gallo Blanco Manchado y El Marañón.

Cuando los gallos cayeron al suelo, El Marañón empezó a dar vueltas sobre el redondel, el Gallo Blanco Manchado no lo perseguía y se puso a un lado de la arena, se fueron acercando el uno al otro y se lanzaron espuelas en simultáneo. Había sangre en la cara de El Marañón, sangre en la cara de El Blanco Manchado. Pico contra pico, El Marañón tirando de nuevo y más sangre en la cara y el pescuezo de El Blanco Manchado. Se botó el Gallo Marañón y se quedó parado boqueando, el Blanco Manchado a un lado pegado al redondel descansaba. Se escuchaba la algarabía: búscalo, gallo; pícalo, gallo; apúrate, gallo;

vamos, mi gallo. Y todos veían a los animales buscándose en el centro de la gallera nuevamente, el Blanco Manchado agachó la cabeza y El Marañón lo picó duro en la Pluma, El Marañón se levantó, dio un tiro asesino y lo mató en seco. Martincito gritó: gallo muerto, gallo muerto y dijo: han sido tres minutos y medio esta pelea. José Juan fue a recoger su gallo, mientras Néstor recogió a El Marañón y volteó hacia el privado, cuando El Gringo gritó: ese es mi gallo. Toda la gente se reía, mientras empezó el desfile hacia la oficina de El Gringo de todos los pobres que se acababan de quedar sin la plata y sin sus tierras. Así sucedió aquello, repasaba Eduardo las imágenes en su mente.

El Marañón peleó bien, qué habría pasado si hubiera tocado contra El Zambo en el sorteo, se preguntaba Eduardo. Mientras Néstor lo veía a lo lejos con rabia. Eduardo se preguntaba por qué le vería con rabia, esto no puede seguir, esto va a tener que parar, yo creo que vamos a tener que pelear. Eduardo se asustó, por momentos le pareció que pensó como un gallo; pero él era un hombre, un muchacho; pero ya hombre. Es que Néstor no debe verme siempre con rabia, esto habrá que pararlo, esto no puede seguir, se decía Eduardo moviendo la cabeza, sacudiéndola de un lado a otro.

Capítulo V

Ya cerca de las dos de la tarde, El Gringo, acompañado del abogado Margarito, Jhon Jairo y El Jefe Civil, estaban listos para hablar de la premiación. Era un momento solemne, con todos los galleros parados en el redondel con el Juez también con los organizadores, y se anunciaban los resultados.

Señores, señores, buenas tardes, han sido tres días excelentes de distracción y diversión. Tenemos dos cuadras con dos peleas ganadas cada una. La Cuadra de Los Pobres y La Cuadra de El Pilón tienen dos ganadas cada uno, por lo que los felicitamos, compañeros; también felicitamos a La Cuadra de Santa Ana, que tuvo una pelea ganada con el pollo Negro Azulado el día sábado. Eso decía el Juez Martincito, a quien interrumpió El Gringo diciendo que lo más importante era que se iba a cumplir totalmente con la entrega del premio, por eso allí al fondo podían ver la res, el cochino marrano y en su mano la morocota de oro puro; soltó una risotada que paró en seco cuando tronó una voz en la gallera que invitó a todos a hacer silencio, mientras saludaba a los presentes. Muy buenas tardes, señores, vamos a agradecer que permanezcan donde están todos. Eso dijo el Militar que era superior al Teniente. El Míster me hace el favor, pasa para acá a mi lado, el ciudadano Jhon Jairo pase para acá a mi lado y usted también, Señor Jefe Civil, si es tan amable, venga para acá con el señor abogado. La gente miraba con curiosidad y empezó a gritar: te llegó la hora, Gringo.

Ahora a quién vas a robar, Jhon Jairo, y tú a quién vas a estafar, Margarito; eso gritaban todos dentro de la gallera.

Los de la comisión habían sentado a los tres hombres en las sillas del privado, no dejaban entrar ni salir a nadie de la gallera aún. Se escuchó cuando le preguntaron a El Gringo: eso que tiene en la mano qué es, él respondió que era una moneda de oro, le preguntaron después que si esas dos cajas tenían también monedas como esa, y él respondió: lo puede ver usted mismo. Después le preguntaron en voz alta y se escuchaba en la gallera, si todo el aguardiente y todas las cervezas de esas cajas eran de él, El Gringo no lo negó. Esos papeles son títulos de tierras de parcelas de por aquí, y El Gringo no lo negó. Se escuchó una algarabía cuando los policías y militares comenzaron a llevarse a los dos hombres con todo lo incautado, debido a que tenían que aclarar ante la ley la forma como lo habían obtenido y su procedencia. El Jefe Civil quedó parado allí junto al Abogado y respondió: Sí, señor, cuando el militar le dijo que le agradecería que regresara los títulos de tierras a todos los jefes de familia y propietarios que estuvieran allí. Antes de salir el Militar dijo: todas las deudas quedan saldadas. Eduardo pudo recordar que era imposible entender qué gritaba cada quien en ese momento, solo escuchó con claridad las frases que expresaban viva la justicia, que pague ese Gringo, metan preso a ese Gringo. Quedó pensando que más de uno debía reflexionar sobre lo que había pasado. Ese Gringo se metió en el pueblo e hizo cosas que parecían un cuento, todo el mundo sabía, nadie decía nada y miren hasta dónde llegó todo. Eso pensaba Eduardo cuando de pronto, allí de frente, se encontraba Ella mirándolo.

La gente estaba feliz, sin embargo, no se iban de la gallera, allí estaban todos pendientes de todos. Se escuchó cuando Eduardo dijo: oiga, Néstor, usted se puede acercar un momento. Ella lo tomó del brazo y le dijo: mucho cuidado con lo que va a decir, que en el pueblo nadie sabe nada. No sé a qué se refiere,

recuerda qué le dijo Eduardo, Ella le repetía, cuidado con lo que habla; pero si no sabe lo que voy a decir, tranquila. Néstor llegó, miró a la hermana y le preguntó: ya se enteró cómo Eduardo trató de humillarnos, a lo que Eduardo dijo: yo me disculpé, Néstor, y yo le dije que no le creí, Eduardo. Está bien, está bien, decía Ella. No, no, nada está bien, decía Néstor; pero si hasta quedamos empatados en peleas ganadas y tenemos que compartir parte del premio, le decía Eduardo. Quién le dice a usted que yo quiero compartir el premio, respondía Néstor. Si no quiere, habrá que convencerlo entonces, dijo Eduardo, y Ella seguía diciendo que ya estaba bien, Néstor repetía: no, no, nada está bien; entonces Eduardo dijo: por qué no se calma y se queda tranquilo, Néstor, a lo que Néstor respondió, no me voy a quedar tranquilo. Así discutían airadamente, hasta que Eduardo le dijo a Ella: bueno, entonces decida usted; si se va sola, se queda con su hermano o se queda conmigo. Néstor le dijo: usted como que está loco, Ella intervino para decir: quédese tranquilo, Néstor, quien repetía que no se iba a quedar tranquilo, por lo que Ella se apartó y gritó: con ustedes no se puede, se hizo a un lado y caminó sola hacia la puerta.

Eduardo vio que Ella se iba sola y pensó que eso no debía ser. Él empezaba a sentirse perturbado por las voces que repetían en su cabeza lo que Néstor le había dicho a él, que estaba loco, Eduardo escuchaba esas voces, que se repetían en su cabeza; mientras Ella se marchaba caminando sola.

Capítulo VI

La Señora Celsa recibió una propuesta para mudarse a un pueblo más grande de parte del Gobierno del Estado, pensando que había que aprovechar la inteligencia de Pedrito. Eso le había dicho el oficial superior que fue al pueblo con el Teniente. Mucho talento se pierde por nada, Doña Celsa, y su muchacho podría ayudar mucho en eso de analizar y atar cabos. Eduardo recuerda que Ella le contó eso después. Sí, fue Ella quien me lo contó.

Allí estaba El Jefe Civil viéndola a lo lejos sin atreverse a hablarle por la vergüenza que sentía al saber que, aunque lo hubieran visto cuidando esas excavaciones y el contrabando de licor, la Señora Celsa ni Pedrito nunca dijeron nada. Al final la gente del pueblo lo cuidó más de lo que él los cuidaba a ellos.

Todo el pueblo hablaba de la forma como ensuciaron sus ferias y sus peleas. Había una especie de vergüenza colectiva por haber permitido que todo eso ocurriera en sus narices y que la necesidad de trabajo y comida les cegara la razón. Eduardo se preocupaba cada vez que pensaba en eso de la razón, porque no lo entendía totalmente y le costaba justificar con eso, de haber dejado que les cegaran la razón, el haber permitido todo lo que permitieron. Así pensaba, le costaba justificar todo lo que había pasado.

Mientras Eduardo pensaba, Ella creía que en ese entonces no era buena idea irse hasta el pueblo más grande y dejar todo así. Ella pensaba que seguía faltando algo que tenía que ver con la indemnización que nunca llegaba; aunque las leyes

explicaban bien que lo que existía debajo de la tierra de una parcela era del país; debían indemnizar, debían reconocerle eso al que era dueño de la tierra y esa parte seguía faltando, las indemnizaciones no aparecían.

El ambiente siguió tenso en la gallera esa tarde de domingo de agosto, día de Santa Clara.

Néstor y Eduardo se habían quedado allí, mientras los otros celebraban y se sorprendían por la forma como habían recuperado sus títulos de propiedad el día de Santa Clara; no podían pensar otra cosa, sino que se trataba de un milagro.

Martincito dijo en voz alta: hasta cuándo discuten, a ustedes qué carajo es lo que les pasa, si son casi hermanos, crecieron juntos. Néstor decía: pero no es verdad que seamos como hermanos. No es verdad. Eduardo le decía: porque tú no quieres, porque tú no dejas.

Usted me faltó el respeto, dijo Néstor; yo me disculpé, dijo Eduardo.

Yo te gané en buena lid y tú no lo aceptas, ahora para colmo dices que no piensas compartir el premio, tal como lo dictaminó el Juez en este desafío. Tú sabes que te ayudé, tú sabes que me disculpé, dijo Eduardo. Néstor se irritaba más cuando Eduardo le hablaba de esa manera, no lo aceptaba en realidad. Eduardo se daba cuenta de eso. Él intentaba aclarar su mente, ver mejor los recuerdos en su cabeza mientras pensaba que así había sido todo.

Néstor estaba parado allí molesto, sin aceptar lo que decía porque a él le molestaba mucho que Eduardo le hablara como un adulto. Por qué me hablará como gente grande. A Néstor le martillaba esa pregunta en la mente: por qué me hablará como gente grande. Él sabe que eso me molesta. Eduardo parado frente a él miró sus ojos extraviados y se dio cuenta de que algo molestaba a Néstor, estaba seguro de que se trataba de lo que el otro sentía cuando le hablaban como gente adulta. Eso estaba ya claro en su mente.

Capítulo VII

El Gringo había pedido a Martincito que probara El Marañón. Eso le había dicho, sí. A él no le gustaba que lo vieran jugando ni apostando a los gallos y únicamente se involucraba con ellos en la compra o en la venta y en la cría de algunos que prestaba o regalaba a algunas cuadras como lo haría con Néstor. La primera vez que lo probaron fue un domingo de gallos en unas peleas que organizaron en El Bajo. El Marañón aún era un pollo y lo pelearon con un Giro tuerto que le dio bastante combate; pero a los ocho minutos logró vaciarle el otro ojo y el dueño decidió parar la pelea, en un arrebato de rabia él mismo mató al Gallo Giro, torciéndole el pescuezo.

Eduardo recuerda que El Gringo solía mencionar eso cada vez que lo veía cerca como una manera de buscar intimidarlo; pero él se sentía tranquilo con su Gallo Zambo después de ver cómo había matado aquella vez al Giro de Don Salvador.

La segunda vez que peleó El Marañón tampoco fue en un desafío, sino en otra pelea menor un domingo de gallos en una de las galleras provisionales que montaban en las afueras de Santa Ana, otro de los pueblos grandes de esa zona. Eso es lo que le venía a la cabeza a Eduardo, sí. Otro pueblo algo más grande que Santa Clara y por supuesto más grande que El Pilón y que Los Pobres. Esa vez El Marañón peleó ya de gallo y eso fue como seis meses antes del desafío de Santa Clara. En esas peleas para El Gringo no era importante el premio,

aunque ganara su gallo; sino probar el gallo para los desafíos de verdad. Por esas dos peleas de domingos de gallo él decía que El Marañón tenía dos ganadas, e intentaba con eso molestar a Eduardo y a todos los que apostaban al Gallo Zambo.

La tarde encontró a ambos en el medio del redondel, pisando la arena del río que cubría el suelo de la gallera; tenían miradas centellantes. Néstor quería pelear. Eduardo lo recordaba, ahí estaban los dos parados en el centro del redondel y pisando la arena del río. Así fue, Eduardo estaba seguro, lo recordaba bien, la tarde caía. Los dos con los gallos en las manos. Los dos triunfantes del reciente desafío; pero inconformes.

Ella había dicho que se iba sola. Entonces yo me voy sola, dijo; y no aceptó la manipulación de Néstor, entonces yo me voy sola, no aceptó el chantaje de Eduardo. Eso fue lo que Ella hizo; así sucedió y Ella eso fue lo que dijo, me voy sola, y lo hizo.

Isolina, la enfermera que había recibido a Andrés a su llegada al pueblo como médico rural, supo de inmediato la atracción que se produjo entre Ella y el Doctor. Lo que no pensó, según lo que le comentó en una oportunidad a Alcides, era que estuvieran intimando con esa intensidad tormentosa, que dejaría pronto lo que propician las tormentas: desorden y desolación. Isolina en realidad, había centrado en Eduardo sus esperanzas; además que con él y todo lo que lograría en el desafío, quizás podría plantearse participar en la cosecha de merey. Con algo más de recursos y una mejor planificación seguro iría mejorando la vida de ambos. Alcides la escuchaba y se decía; pero entonces él no tenía planes con Ella. Isolina le comentaba a Alcides que Eduardo le tenía miedo a esa muchacha, eso no lo iba a superar nunca; por eso estaba segura de que sería con ella, la Negra Isolina, con quien se quedaría Eduardo. Alcides pensó que si le decía eso de inmediato a Néstor, él se tranquilizaría y dejaría el encono contra Eduardo; pero no fue así, no mejoró el ánimo de Néstor porque Alcides se lo dijera.

Los dos en el medio, con ese despecho, los dos abandonados en medio de esa miseria y de ese dolor, la gente los rodeaba, la gente no entendía; los dos muchachos obligados a ser hombres, entonces los dos se acercaban y quedaban allí parados con los gallos en las manos. Presentaron los gallos, alzaron los gallos que se miraban. Lo recuerdo, decía Eduardo, los gallos se miraron. Chocaron los picos los gallos mientras estaban en las manos de los muchachos, entonces la gente se dio cuenta y empezó a gritarles: epa, vale; cuidado, vale; compa, que acaban de pelear esos gallos; compa qué les pasa ustedes, son hermanos. Martincito intentaba mediar; pero ya nadie podía hacer eso. Ellos allí en medio del redondel pisando el suelo manchado de sangre, con su dolor acumulado aquella tarde, ellos allí con su abandono acumulado, ellos allí con su hermandad acumulada. Dejaron que los gallos se picotearan, la gente los rodeaba, el populacho armó la algarabía. Y se escuchaban gritos: es que van a pelear, yo voy a El Zambo, yo a El Marañón. Eduardo lo recordaba y le daba pena, porque ya nadie controlaba nada. Así como en el pueblo, con El Gringo, nadie sabía cómo pasó, cómo se llegó a eso que estaba pasando. Allí estaban ellos dos con sus dos gallos y nadie sabe por qué no se paró eso, por qué no se controló. Los dos muchachos obligados a ser hombres luchando ahí, por mi Viejo, dijo Eduardo, y es por Papito, dijo Néstor, y ya no es por plata, para que lo sepan, gritó Eduardo. Ya esto no es por plata, que lo sepan todos, gritó Néstor, y soltaron los gallos y cayeron los gallos a la arena del redondel de la gallera. Los gallos se reconocieron y se pararon frente a frente, pico contra pico y empezó la pelea. El Zambo picó la cabeza de su oponente, El Marañón respondió picando en la pluma del collar. El Zambo se levantó y tiró, antes de caer volvió a lanzar su puñalada que dio certera arriba del ojo derecho de El Marañón y se vio la sangre, acompañada por los gritos de Eduardo. El Marañón se levantó, tiró para dar con la espuela

y enseguida El Zambo estaba herido debajo del ojo izquierdo, los dos animales mirándose con sangre en la cara que caía en la arena del redondel. El Gallo Zambo se alejó y dio una vuelta sobre sí, El Marañón se botó y dio una vuelta sobre sí. Estaban de nuevo viéndose en el centro del redondel. El Marañón picó en la pluma, El Zambo picó en la pluma. El Marañón se levantó y tiró rozando el cuello de su oponente, Eduardo recordaba ese momento y no podía aguantar las lágrimas. El Zambo se levantó después de sentir la muerte rozándole el cuello y dio un tiro certero. El Marañón se defendió, dando un lanzazo en la cabeza de El Zambo y El Zambo repitió el tiro en el cuello de El Marañón, los dos gallos cayeron, lo que se veía eran las cabezas de los animales llenas de sangre. El Marañón dio vueltas sobre su lado derecho y arrastró el cuello retorciéndose en la arena, recogió las patas, las estiró y quedó allí muerto, la gente hizo silencio, cesó por unos segundos la algarabía, Eduardo gritó, vamos, mi gallo, carajo, y vio a Néstor; vamos, mi gallo, nojoda, gritó Néstor; pero ya El Marañón no respondía porque estaba muerto. El Zambo estaba en el suelo boqueando, sangrando y dio vueltas sobre su lado derecho, hizo un esfuerzo, se quedó quieto, alzó la cabeza y se levantó. Ahora la gente gritaba y no le importaba nada, no es por dinero resonaba esa frase en la cabeza de Eduardo. El Zambo avanzó sobre El Marañón caído y le picó en la pluma del cuello y lo remató con dos espuelazos certeros otra vez en el pescuezo. Muerto este gallo Marañón, gritó Martincito, y dijo: esto se acabó, señores, en solo dos minutos y medio. Eso se vivió el día del desafío en honor a Santa Clara cuando ya todo había pasado. Néstor miró a Eduardo y salió corriendo, Néstor se tropezó con Ella, que iba saliendo de La Pluma Negra, y la llamó puta, eso le dijo: eres una puta, y desapareció corriendo. Eduardo recogió a su gallo y pidió a Martincito que se llevara el cuerpo de El Marañón. La gente quedó allí gritando, la gente siguió alborotada, la gente

no entendió por qué habían hecho eso, no fue por plata, menos lo entendían. El Gallo Zambo estaba vivo, mal herido, El Marañón había muerto. Así lo recordó Eduardo, y lo seguiría recordando después con tristeza.

El Gallo Zambo chocó su pico con el pico de El Marañón. Le picó en la pluma, lanzó un primer espuelazo y repitió el lanzazo que provocó la herida en el ojo de El Marañón; El Zambo recibió una herida en su ojo y se engrinchó más, recordaba Eduardo; como ya sabía pelear, se alejó, dio una vuelta, distrajo a El Marañón y volvió, dio con la espuela y entonces llegó el tiro asesino, aquel lanzazo que derribó a El Marañón y que le hizo caer sobre su lado derecho y murió. Eso fue lo que paso con El Zambo en esa pelea que no tuvo que suceder; pero sucedió, así pasó y El Zambo ganó matando a El Marañón, pensó Eduardo, diciendo, sí, así fue esa pelea.

Capítulo VIII

El Jefe Civil se acercó a la casa de El Pilón, venía con Alcides cabizbajo. Lo encontraron, le dijo a Ella, que estaba con la angustia enterita desde que Néstor salió corriendo y la tropezó luego de esa pelea. Se lanzó desde la piedra más alta y allí está el cuerpo, hermana. Reventado, hermana, Néstor está muerto. Eso fue lo que dijo Alcides.

Eduardo llegó hasta la parte baja de los raudales, vio el cuerpo de Néstor y gritó: no vale, eso no tenía que ser, Néstor. Siempre impulsivo, Néstor; así lo recordó Eduardo, quien no podía parar de gritar y hablarle al cadáver de Néstor.

Mirar a Néstor allí, arrojado por la vida, abandonado por el alma que un día lo habitó, fue lo que más le impactó a Eduardo, que no logró nunca más sacar esa imagen de su cabeza. Ese cuerpo allí, era todos los cuerpos, ese muerto allí, era todos los muertos, era todos los fantasmas de ese pueblo que por años había contenido la rabia y que cuando la liberaba o le daba rienda suelta, en soledad, solo traía desgracias. No estaba bien que eso hubiera ocurrido así, no era así de esa forma como debía ocurrir aquello. Una tragedia, la muerte de un hermano, la muerte de un amigo, que desde la escuela vivía con esa rabia; pero que todos habían aprendido a vivir con él así, con sus impulsos, con sus rabietas. Allí ahora, muerto. Eduardo gritaba, Eduardo decía, no tenía que ser así, Néstor, y de pronto todo extraño, todo borroso, todo de un tiempo que no era ese; de recuerdos e imágenes del

pueblo y de Néstor en la escuela, en los patios, en los juegos, en las galleras; y Néstor yéndose, apartándose de él y de todos para encontrar la muerte allí en los raudales, en la orilla de ese río que tanto vio. No tenía que pasar así; hay cosas que pasan, pero no tienen que pasar. Esas cosas que pasaron con Néstor no debieron pasar. Eduardo cerraba los ojos, recordaba, Eduardo lloraba; sin saber dónde estaba exactamente ese recuerdo en su cabeza.

Andrés había llegado al pueblo a cumplir sus labores como médico rural y enseguida se involucró con la gente y las tradiciones del pueblo. El Doctor Andrés, lo recordaba claramente Eduardo, era tenido como muy buen médico porque se involucró en aspectos que apuntaban a mejorar las condiciones de vida de la gente del pueblo. Ayudó a la organización de los jugadores de bolas criollas, ayudó a las señoras de la casa de la cruz a hacer las colectas y las ventas de dulces para lograr arreglos en la casa. Eso lo recordaba Eduardo y pensaba que Andrés, además, era muy bueno atendiendo a los niños, los heridos a quienes les daba las puntadas sin problemas; y fue capaz junto a la comadrona del pueblo de ayudar a nacer a más de cuarenta niños. Lo único malo del Doctor Andrés, decía Eduardo, era que no le gustaban los gallos.

Cuando llegaron con el cuerpo a la Medicatura, Ella le dijo al Doctor Andrés: esto aún no termina, parece una pesadilla. A Eduardo le dio como un ataque, se desmayó y ahora no reconoce a nadie. Está como loco. Recuerdo eso también, que por alguna razón decían: pobre Eduardo, se le puso la cabeza mala, se volvió loco. Eso decían aquel día.

Cuando cantó el alcaraván aquella tarde, Alcides le vio la cara a Ella como preguntándole algo. Ella no respondió nada. Cuando unos años después, ya como enfermera, le explicaba a Andresito por qué no le gustaban las peleas de gallos, le decía: perdí un hermano por las peleas de gallos, perdí un gran amigo por las peleas de gallos y tu padre debió dejar de ser médico en este pueblo por haber denunciado a una mafia de gallos que lideraba un Gringo.

Ella recordaba con nostalgia no haber podido decirle nunca a Andrés que esperaba un hijo de él y que la rabia de la Negra Isolina con Ella era por eso. Esa Negra sabía, lo intuía. Me había quitado a Eduardo y quería que no tuviera nada con Andrés, pensaba Ella, y volvía a sentir rabia. Nunca se supo cómo fue el accidente, solo que Andrés había salido a la capital a buscar unas vacunas, el vehículo se volcó y allí quedó otra vida y un montón de esperanzas, entre otras las de Ella, que aspiraba a que al contarle Andrés seguramente iba a decidir que hicieran una vida en común. Ella estaba segura de que los aliados mafiosos de El Gringo habían tenido que ver con ese accidente, porque se enteraron, con toda seguridad, sobre las conversaciones de las autoridades militares con Andrés. Eso de los gallos de raza era comercio, eso de los desafíos de gallos era una trampa, una mafia. No me gustan los gallos, Andresito, nos quitaron a tu padre, a un gran amigo y a un hermano. Eso recordaba Ella que le explicaba a su hijo en el propio lugar donde trabajó Andrés y donde después trabajaría Ella.

Eduardo recordaba que una vez recibió la visita de uno de los hermanos, quien lo llevó a la casa montonera, que lucía bastante abandonada; aunque Alcides había ayudado en el cuido de las gallinas y los gallos, sobre todo de El Zambo, que había quedado mal herido en el desafío. Caminó hacia la cuadra de los gallos y se dio cuenta de que algo había pasado allí, había menos animales. La Tía María le contó que sus hermanos y hermanas se habían dedicado a cosechar merey y que también recolectaban y vendían ciruelas, de eso vivían. Más del merey que de las ciruelas; tu vaca y tu marrano ayudaron mucho, le decía la Tía María. Esa morocota que al final debió reconocer El Jefe Civil sirvió para tu comida y los gastos de las medicinas. La gente cree que los enfermos no comen, la gente cree que los enfermos no usan ropa. Esos son gastos y para eso sirvió la morocota. Gracias a Dios y a ese Gallo Zambo con el que ganaste aquel desafío, le decía la Tía María. Y que después ganó otras más; Eduardo se repetía todas esas palabras en su pensamiento y

asentía con la cabeza. Era verdad lo que decía la Tía, porque a los gallos enfermos había que comprarles mejor comida, a los gallos enfermos había que comprarles sus vitaminas. La gente cree que los gallos no generan gastos, la gente no considera a los galleros. Eduardo la recordó de pronto a Ella y pensó que la única vez que le llevó la contraria fue cuando Ella se empeñó en decir que las peleas de gallos eran crueles, que los desafíos eran crueles para los gallos; que los galleros éramos gente cruel. Eduardo pensaba y no encontraba razón en eso. Decía: nosotros cuidábamos a los pollitos, cuidábamos al pollo, cuidábamos al gallo. No encontraba razón en que les dijeran galleros crueles. Él le dijo a la Tía María que era verdad que algunos galleros no jugaban limpio. Era verdad que algunos como El Gringo hacían trampas, era cierto que amañaban peleas y usaban dinero mal habido; pero no eran todos. No eran todos. No lo eran.

Eduardo miraba a la distancia el río, que le parecía más grande de lo que lo recordaba. La Tía María iba todas las mañanas y le dejaba preparadas las comidas, la veía ya mayor, haciendo un esfuerzo cada vez más grande para subir la cuesta. Se mostraba algo molesta desde que lo buscó en el sanatorio y él se negó a firmar los papeles a Margarito el abogado, para vender su parcela junto a la casa. Eso le hacía doler la cabeza. Recordar le hacía doler la cabeza; porque era doloroso que la Tía pensara que él podía vender la casa montonera. Ella se esforzaba, subía la cuesta y le preguntaba lo mismo cada día, luego de dejarle un vaso de leche tibia, una arepa con queso, o con algo de pescado. Eduardo, le digo al abogado que venga, le preguntaba, o la Tía le preguntaba que si podía decir al abogado que ya quería firmar; pero Eduardo se decía: y por qué Eduardo debe firmar, por qué no firman primero todos los hermanos y le muestran que todo está listo. Eso no lo entendía tampoco; porque ahora sí venían y lo veían raro cada día. A él le parecía que era para saber si estaba bien de la cabeza. Él veía las piedras, veía la arena de río, veía el río. Su cabeza se aturdía y el cuerpo se le ponía malo.

Entendió lo que le había dicho el Doctor sobre las peleas de gallos antes de dejarlo salir del sanatorio; pero no creía que iba a resultarle fácil cumplir su promesa.

Aunque ya no estaba Néstor, él sabía que Alcides había aprendido bastante de gallos, él mismo también tenía bastantes conocimientos como para reiniciar la cría y conformar la cuadra nuevamente. El espíritu de Papito seguro iba a guiar a Alcides, El Viejo nunca le había abandonado en realidad a él y seguía aconsejándole todo el tiempo. Eso decía Eduardo, mientras caminaba por la casa montonera y arreglaba algunos troncos, miraba varias gallinas culecas pasando a cada rato por delante del viejo Gallo Zambo, ahora padrote, de casi cinco años. Si alguna pone un huevo de ese gallo, sería suficiente para empezar de nuevo, pensaba. Entró a la casa y por la ventana a lo lejos miró el río, que parecía otro, aunque él sabía que en esencia era el mismo. Las piedras imponentes de los raudales se mostraban inmutables, aunque sabía que también sufrían por algunos de los recuerdos que guardaban. Lo distrajo de su pensamiento la figura de Ella, que pasaba como en otras tardes uniformada de enfermera y acompañada de un niño que caminaba dando tumbos de forma graciosa como los becerros chiquitos. De pronto se dio cuenta Eduardo de que en su letargo no tenía claro qué había pasado con Ella durante su ausencia, ni por qué aún no se habían encontrado para aclarar todo lo que había quedado flotando entre los dos. Hay tiempo aún para eso, solo tengo que atreverme. Así pensó Eduardo y lo repitió en voz tan alta, que el eco lo sorprendió en medio de aquella soledad. Solo tengo que apartar ese miedo que siempre le tuve a Ella y atreverme, pensó.

Parado allí solo, miraba con nostalgia el cuadro del Gallo Zambo joven, sonrió recordándolo ganador en aquel desafío y sintió en todo su cuerpo la certeza de estar vivo y de poder volver a intentar andar el mejor camino posible, en compañía de ese río inmenso que rugía, gritándole que la vida estaba allí, para beberla, como el agua que llega después de momentos de mucha sed.

Índice

PRÓLOGO 7

Temporada de gallos I
Capítulo I 17
Capítulo II 20
Capítulo III 22
Capítulo IV 25
Capítulo V 28
Capítulo VI 37
Capítulo VII 42
Capítulo VIII 48

Temporada de gallos II
Capítulo I 53
Capítulo II 57
Capítulo III 60
Capítulo IV 63
Capítulo V 66
Capítulo VI 69
Capítulo VII 72
Capítulo VIII 75

Temporada de gallos III
Capítulo I 81

Capítulo II 85
Capítulo III 89
Capítulo IV 94
Capítulo V 99
Capítulo VI 103
Capítulo VII 105
Capítulo VIII 108

Temporada de gallos IV
Capítulo I 113
Capítulo II 117
Capítulo III 120
Capítulo IV 123
Capítulo V 127
Capítulo VI 131
Capítulo VII 135
Capítulo VIII 139

Temporada de gallos V
Capítulo I 145
Capítulo II 149
Capítulo III 152
Capítulo IV 154
Capítulo V 158
Capítulo VI 161
Capítulo VII 163
Capítulo VIII 168



Pluma negra
Se imprimió en el mes de septiembre de 2026
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, edo. Miranda, Venezuela
son 1.000 ejemplares

COLECCIÓN
CRIATURAS DE PETRÓLEO

Desde los primeros destellos del sig
la identidad venezolana se edificó n
sobre su pasado épico, sino sobre l
Rodolfo Quintero bautizó como «La c
del petróleo».

Más allá de la deriva económica, la nar
el ensayo, la poesía y la dramaturgi
sido los verdaderos laboratorios d
esa metamorfosis social pasó de s
dato para convertirse en una encru
disruptiva y política: una manera si
de pensar, sentir e imaginar a Venez

Criaturas de petróleo congrega
consagradas y miradas contempor
en un espacio de resonancia com
través de distintos géneros, esta cole
no busca simplemente compilar t
sino poner en diálogo las obsesione
grietas y las ficciones de un país moc
por el eterno sueño de la riquez
esfuerzo.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

LUIS LIRA

Pluma negra

En esta novela, Luis Lira Ochoa retoma una ruralidad poco común en nuestra literatura actual, tan pagada de su carácter urbano. Haciendo acopio de memorias y vivencias, el escritor ubica a sus personajes en un ambiente que recuerda, en cierta forma, el escenario de algunas de nuestras novelas más aguerridas del siglo pasado, empeñadas en la denuncia de la pobreza, el abuso gubernamental y el asedio de las compañías petroleras.

Luis Lira (Pariaguán, Anzoátegui).
Entre su extenso recorrido profesional destacan su formación como médico cirujano y especialista en Psiquiatría (UCV), doctor en Auditoría de Estado, mención Salud Pública, creador del Servicio de Psiquiatría del Hospital Los Samanes del estado Aragua, fundador de la Misión Barrio Adentro, director del Hospital Universitario de Caracas y profesor de Psicopatología en la UNERG. Es autor de las novelas *La muerte que no fue* y *El rostro de un enigma* ; de los poemarios *Trazos límbicos* y *La isla que fuiste*.

9 789800 126370

Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.minculturagob.ve | @mincultura_ve